

En la casa vacía

MANUEL BAREA



EN LA CASA VACÍA

MANUEL BAREA

ALREVÉS
BARCELONA 2020

Primera edición: febrero del 2020

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2020, Manuel Barea
© de la presente edición, 2020, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-17847-44-9
Código IBIC: FA

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Manuel Barea (Sevilla, 1989) es profesor en la Universidad Pablo de Olavide, traductor y autor de las novelas *Vertedero* y *Desterro* y de la novela por entregas para Smartphone *Vieja entrepierna* humeante. Sus relatos han aparecido en las revistas *El Duende* y *Fiat Lux*, así como en la antología *Obscena*. Trece relatos pornocriminales. Le gustan los *White Stripes* y los *Simpson*. En la casa vacía es su cuarta novela.

«Tu cuerpo no es nada frente a un muro de hormigón.» ¿En qué momento exacto se torció todo? ¿En qué punto tu cuerpo se convirtió en un estorbo, en un cruel recordatorio de un pasado al que no tienes más remedio que volver? Posiblemente estas sean algunas de las preguntas que se hace Eva, la protagonista de esta novela, a quien el peso de las miradas, las palabras y los deseos ajenos resulta cada vez más insoportable. Presa de un dolor físico constante y de una rutina que tampoco parece tener fin, se ha visto obligada durante los últimos diez años a malvivir encadenando trabajos como chapuzas a domicilio y camarera, realizando día tras día el mismo trayecto sin escalas, ese que va desde la apatía a la resistencia y viceversa.

EN LA CASA VACÍA

,

NOTA DEL EDITOR

Querido lector,

Aunque cuesta creerlo, hace diez años que arrancamos nuestra modesta editorial.

Nuestra trayectoria, como la de cualquier proyecto dedicado a la literatura, ha experimentado diversas etapas y ha sufrido alguna que otra metamorfosis. Sin embargo, podemos decir que ya hace tiempo que decidimos apostar por los autores que escriben en castellano y en catalán porque profesamos, y seguimos convencidos de ello, que existe el talento suficiente en nuestros idiomas para encontrar grandes historias.

A modo de celebración, o mejor dicho, para conmemorar una fecha tan significativa, inauguramos en el 2020 una nueva imagen que además incluirá la numeración de nuestros libros.

En la casa vacía de Manuel Barea, junto a *La favorita del Harén* de Andreu Martín y *Sangre de liebre* de Juan Bolea, inauguran el nuevo diseño.

Gracias por vuestra confianza todos estos años.

EQUIPO ALREVÉS

PRIMERA PARTE

Algo frágil sostiene un peso insoportable.

La estructura metálica está tan oxidada que las rebabas de los listones de hierro se desmigán cuando los recorro con la mano.

Estoy acuclillada a un costado de la estructura. Llevo mi peto vaquero, el jersey de lana gorda y el chaquetón. También los guantes de trabajo.

Estoy en la azotea.

Inspecciono la claraboya.

He subido a pie los cinco pisos.

He cargado con la caja de herramientas porque, en algún momento de la semana, el ascensor ha dejado de funcionar.

Después tendré que arreglarlo.

Ahora debo centrarme en esto.

Ahora la claraboya es más importante porque estamos en enero y lleva diluviando desde el jueves y no parece que vaya a parar. El agua se filtra por la claraboya.

No he reparado una claraboya en mi vida.

Debe de pesar más de noventa kilos. No es muy grande. Pero sí pesada. Maciza. Antigua. Y se sostiene sobre algo frágil. Es peligroso. Ha habido accidentes. El suelo del pasillo se ha estado encharcando y ya se han caído dos propietarias.

Hay una fregona metida en un cubo, apoyada en el saliente del pasillo al final de la escalera, que nadie parece utilizar.

A la señora Rubio no le ha gustado nada que se hayan producido accidentes.

Tampoco al señor Rubio.

Ni pizca.

¡Eva!

El señor Rubio me llama por teléfono y vierte toda su frustración sobre mí. Se suceden varios gritos y órdenes. Yo simplemente digo:

Sí, vale, voy para allá.

Entonces llovía a mares. Ya solo cae agua pulverizada. Cuatro grados. El cielo es un terrón de cemento. Muy uniforme. Las 11:05. Llevo doce minutos acuclillada. A veces abandono la vista de la claraboya y hago oscilar la cabeza.

Destaco en la azotea, que es entera gris, por culpa de mis guantes de trabajo amarillos. Tengo el pelo húmedo hacia atrás y así es bonito. Llevo lentillas y botas de montañismo.

Los muslos se me están durmiendo.

Me pongo en pie.

Mi cuello agradece la reciente subida de temperatura corporal. Por eso casi siempre voy con bufanda. Gracias al calor, la rigidez disminuye un poco. Aunque el agarre trémulo permanezca. Incesante. Indescriptible.

En cualquier caso, el invierno nunca ayuda.

Abro la caja de herramientas después de unos pasos adelante y atrás por el largo de la azotea.

A veces las suelas de las botas patinan sobre la superficie de la azotea.

Por ejemplo, cuando me agacho.

Me agacho y encorvo el cuello y siento una contracción.

Empuño la sierra para metal. Empiezo a serrar una de las aristas de los listones más herrumbrosos.

Levanto ligeramente los ojos.

Como si ahí enfrente pudiera haber alguien que me dijera cómo hacer esto.

Pero solo tengo una mancha gris.

Me digo que es apropiado.

El edificio, visto desde aquí, tiene aspecto de búnker: como si la azotea fuera la tierra descolorida, ya que el único acceso es una escotilla situada en el suelo.

Para subir hay que utilizar unas escaleras metálicas que parecen sacadas de un submarino y que están en un extremo de la quinta planta.

El señor Rubio se encuentra en ese punto exacto, a los pies de la escalera, y de vez en cuando me grita preguntas por el hueco de la escotilla. El señor Rubio no quiere salir. No quiere mojarse. Durante los brevísimos instantes de silencio repara en el enjambre de motas cristalinas pegándose a la lámina de la escotilla y a los últimos escalones hacia la azotea.

¡Eva!

El señor Rubio vuelve a gritar —¿Qué estás haciendo ahora?!— después de escuchar el chirrido de la sierra.

No contesto de inmediato. No me gusta mantener conversaciones con el señor Rubio, en especial si estas tratan sobre mis métodos para el mantenimiento del edificio.

Lo que contesto al cabo de unos segundos es:

Voy a intentar quitar lo podrido.

Mi respuesta no surge al mismo volumen que el que emplea el señor Rubio, o al menos no al volumen que el señor Rubio espera.

El señor Rubio grita de nuevo:

¿Qué?!

Resoplo.

Repito mi frase alzando la voz. Muy atenta a lo que hago. Continúo serrando. La lluvia aprieta de nuevo. A la azotea, de repente, la inunda un brillo escandinavo.

Dejo la sierra a un lado con la máxima suavidad, sin emitir sonido alguno, después de comprobar que mi esfuerzo no está sirviendo para nada.

Nunca he visto una claraboya tan de cerca, y menos una así de maltrecha.

Si vuelvo a subir los ojos, si estiro más el cuello, tan solo veré el grueso trazo vacío del cielo

que se extiende sobre la azotea, como si —de nuevo— esta fuera el suelo, la tierra pálida, y el pretil que destella al otro lado, el horizonte.

Pero es simplemente un edificio que construyeron hace mucho en las afueras y punto.

De hecho, el único edificio habitable tan a las afueras.

Antes parecía que lo lógico era levantar miles de ellos, pero ya no.

Antes era un edificio con piscina, yo me encargaba de ella, pero ya no.

La piscina sigue ahí abajo, desde luego, pero ahora está llena de agua estancada y de agua de lluvia y de verdín.

Lo sé. No necesito asomarme para comprobarlo.

Como tampoco necesito volver a subir los ojos.

No voy a examinar el aspecto del cielo o el horizonte del pretil.

Chorradas.

El dolor ya está propagándose hacia la coronilla y los pómulos y la sien.

Cuando esto ocurre, mi respiración tiende a acelerarse, mi pulso aumenta, empiezan las sudoraciones, el hormigueo bajo la piel, la presión en el pecho.

Un estrujón.

Solo pienso en ello.

En los huesos que empujan la carne encendida y tierna desde el interior de mi cara.

El calor de la cabeza dilatando cuanto esta contiene.

Quiere salir porque necesita aire.

¿Qué podrá ser?

Inclino el cuello a la izquierda, hasta que percibo esa mínima y fugaz descompresión, después de elegir la calafateadora de silicona. La coloco en la junta de un listón y el cristal gordo que se tambalea y comienzo a inyectar. Aplico muchísima más silicona de la necesaria. Por todas partes. Pero la estética importa ahora infinitamente menos que nada, como el motivo de que esté cayendo agua del cielo.

Estoy comiendo encima del sofá.

Con las piernas en cruz y la mirada al frente.

Con la mirada perdida en la tele.

Estoy pensando en el despertador de mañana a las 6:00 y en la temperatura de la calle y en la niebla de la calle una hora más tarde y en el autobús y en el único edificio habitable tan a las afueras y en aquello que me espera dentro y en el búnker de la azotea.

Noto en la nuca y en el hombro una rigidez y luego un arrastre que parece tener vida propia y agitarse y reptar y trepar por la espalda. De vez en cuando también pienso que tiene colmillos, y esos colmillos, algún tipo de veneno.

Suena la alarma —tiru-tatiru-ta-ti-tu, tiru-tatiru-ta-ti-tu— y ahí está.

El dolor.

Un avispero.

Se extiende hasta la sien.

En el móvil: 6:00.

No.

Otra vez no.

Hinco la nuca en la almohada, donde se hunde como en agua. Me cubro la cara.

Mi aliento apesta.

Dientes podridos.

Agujones que saben a metal.

Saboreo el interior de mi cuello.

Por favor. Hoy no.

Ahora no.

Desactivo el soniquete y dejo el móvil en la cama y me levanto con pausa. Enciendo la luz de la mesita de noche. Aprieto los párpados.

Está amaneciendo.

Abro el cajón.

Una cápsula bicolor.

La vomito enseguida. En esos casos vuelvo a tragarme otra.

Rebusco en el armario. Me visto. Las botas. Huelo una sudadera. Contorno visual borroso. Respiración pesada. Las paredes son blancas y se contraen. Van y vienen. Las paredes están desnudas. Me tiendo en el colchón.

Las piernas colgando. Un pie en el suelo. Así da la sensación de que el vértigo remite y de que por fin existe algo tangible fuera de la cama.

El resplandor de la calle está fundiendo el cristal de la habitación.

Voy al cuarto de baño.

Una manopla bajo el agua del grifo, después sobre mi frente.

De vuelta a la cama.

Apago la luz de la mesita de noche y me deslizo bajo el edredón. La piel vibra, inflamada.

Sollozo.

No es un lloriqueo o un lamento, solo la simple expulsión de agua por los ojos.

Que de vez en cuando estos se enrojezcan y se produzca un leve moqueo o que sorba por la nariz es lo único que denota cierta aflicción.

Por lo demás, solo es agua salada brotando del ojo.

Me quedo muy quieta, en posición fetal, mientras sollozo y moqueo y sorbo.

Tomo el aire con ímpetu, intento hacerlo solo por la nariz, la voz del señor Rubio no deja de rebotar en mi cabeza, de acá para allá, a velocidad constante e implacable.

Siento la necesidad de alcanzar el teléfono a mi espalda, entre algún pliegue de sábana a mi espalda, pero no puedo moverme.

No soy capaz de cambiar de postura ni de sacar las manos de entre los muslos.

Me pican los ojos.

Toso.

Me estremezco.

Crepito.

Soy esa bolsa de supermercado que guardas en casa llena de tornillos, puntillas y alcayatas.

La mayoría, después de un tercer o cuarto uso.

Cubiertas de caliche y óxido.

El colchón cede, la almohada se deforma lentamente.

Se hunden.

Hay una ligera sensación de ardor y cosquilleo en el entrecejo y el puente nasal. Después no queda mucho más.

Cuando despierto me encuentro en la misma posición solo que mirando al otro lado.

Atrapo el móvil, que está cerca de la rodilla. Lo coloco frente a los ojos, el brillo hiere, pero no tanto como cabe esperar.

Las 17:08.

En algún momento, la manopla ha resbalado de la frente y ha caído sobre la almohada. Ese lado de la almohada está mojado.

Voy a prepararme una tostada con mantequilla y me la como de pie en la cocina acompañada de yogur líquido de fresa y un plátano.

Me sueno los mocos repetidamente.

Abro uno de los cajones del mueble de la tele. Un ibuprofeno. Es probable que haya una tableta en cada cajón de la casa. Bebo agua.

En la nuca, una especie de empuje sutil. Casi el mismo de siempre.

Solo conozco variaciones de una única sensación.

Me froto el cuello y los hombros con crema antiinflamatoria. El tubo está en las últimas.

Telefono al señor Rubio. Me excuso por no haber aparecido hoy por el trabajo y por no haber avisado durante la mañana.

Le cuento el motivo.

Soy yo.

Con otras palabras.

Al mismo tiempo me arrepiento de contárselo todo con una voz quebradiza que sin embargo considero recomendable.

Frases cortas.

El señor Rubio profiere sonidos igualmente cortos mientras hablo y al final me interrumpe aunque es evidente que ya estoy terminando.

El señor Rubio me dice que no me preocupe.

Me dice que no me moleste en aparecer nunca más por su edificio.

Regreso a la cama.

Sé que lo más conveniente es mantener la calma, la mente en blanco.

De lo contrario, volverá el dolor.

Pero es imposible.

Desconozco la manera de deshacerme por completo de él.

La sábana por encima de las cejas. El párpado superior izquierdo vibra sin cesar. Permanezco inmóvil pero al instante decido salir del edredón y llamar de nuevo al señor Rubio. Los tonos se suceden y finalmente salta el buzón de voz.

No dejo mensaje.

Lo intento otras dos veces.

Cuelgo y voy al salón y me siento en el sofá y suelto el móvil en la mesa.
Estoy en penumbra. Tengo frío. Fuera ya es de noche.
Respiro de forma errática mientras me llevo la mano a la frente y luego a los ojos.
Presiono con la palma como si pretendiera contener el envión.
Aprieto la mandíbula.
Bufo, toso.
Me abrigo.
Por la noche ceno cruasanes y zumo de marca blanca y me duermo pasadas las cuatro y media.

Termino y guardo mis herramientas y cierro la caja de herramientas y me incorporo.
Levanto un poco la barbilla.
Sí. Advierto la sensación familiar.
La goma picada entre los hombros.
Me echo el pelo hacia atrás, me quito los guantes y los encajo en el bolsillo del chaquetón.
Asomo la cara por la escotilla.
Me inclino como puedo.
Logro vislumbrar al señor Rubio.
Dentro de la oscuridad cebrada del descansillo del quinto piso.
El señor Rubio no ha encendido ni enciende la luz.
El señor Rubio pregunta:
¿Ya?
Asiento de forma casi inapreciable.
El señor Rubio es una persona enorme. En el sentido literal, no el que se le viene dando últimamente de «persona magnífica o extraordinaria»: de un tamaño excesivo, fuera de lo normal.
Me mira con compasión y asco.
De la manera en que contemplarías a un pequeño erizo moribundo o ya en descomposición.
El señor Rubio está expectante y decidido a cuestionar cualquiera de mis actos. Pregunta:
¿Seguro?
Cruzado de brazos.
Tenso.
Las franjas tenues y grisáceas que se precipitan al descansillo desde la azotea rayan su barrigón.
Pienso en cebras malencaradas.
Distingo el barrigón del señor Rubio con más claridad que el resto de su cuerpo.
También puedo percibir su pestazo.
Asiento de nuevo.
Me estoy empapando.
La lluvia ya cala en el jersey de lana gorda.
Pesa como mil demonios.
El señor Rubio me dice que no he estado ahí fuera ni media hora.
Bajo, dejo caer las botas de montañismo sobre los escalones metálicos, que se sacuden.

No separo los ojos de los escalones metálicos.

Paso de largo el barrigón de cebra del señor Rubio. Le digo que creo que lo he arreglado.

El señor Rubio me sigue con la mirada y me pregunta:

¿Lo crees o lo has hecho?

También señala las goteras y luego los charcos en el pasillo.

Él no será quien pase la fregona para evitar más accidentes.

Le digo que está arreglado. Me doy la vuelta.

Poso la vista en la gigantesca papada con barba de varios días.

Digo:

Lo he sellado, pero tiene que secarse. Y con esta lluvia podría tardar.

El señor Rubio repite:

Podría tardar...

Se vale de un tono mucho menos neutro que el mío.

Cercano al desprecio.

Acto seguido, mete la mano en el bolsillo como si lo que tuviera dentro le repugnara.

Y asiento sin moverme.

Nunca emito facturas. Y no porque no quiera o no sepa, sino porque los propietarios y gestores de la finca Campo Alegre 39 desean que nunca las emita.

De modo que voy a salir del edificio con dos billetes de cincuenta doblados en el monedero.

Desciendo por las escaleras del bloque hasta la planta baja.

Mi mochila está en el cubículo que solía ser la garita del portero. Ya no hay portero. Me pregunto por qué he traído la mochila. Me la cargo a los hombros. Por el hueco de la escalera descendiendo otro grito.

Pregunta por el ascensor.

Guardo silencio.

Al cabo, respondo que lo arreglaré mañana.

¿Mañana?! ¿Qué te crees que es esto?!

Me disculpo.

Lo siento. Mañana. Sin falta. No me he traído las herramientas del ascensor.

Silencio.

Y, a continuación, un murmullo desde el final de la escalera.

El runrún de una maquinaria averiada.

Me pitan los oídos.

Yo también murmuro, solo que para entonces ya estoy fuera, bajo la lluvia.

Después espero durante veinte minutos en la parada del 155.

Paso el bono transporte por el detector con forma de tostadora y tomo asiento.

Los cristales están empañados y no puedo ver el exterior y esto me agobia.

Paso los dedos por el cristal sudado a mi izquierda y me los llevo al cuello.

Al bulto que también suda.

La esquirra enquistada.

Apuesto a que el agua se evaporaría al más mínimo contacto con ella, como con las piedras de

una sauna.

La mochila descansa en el asiento contigo, la caja de herramientas abajo, entre mis botas.

Trato de entrever el exterior a través del vaho y las hebras de agua. Me retrepo como puedo. El asiento es rígido y está desgastado.

Encojo un hombro con lentitud, casi regodeándome en ello, y luego el otro.

En el autobús hay muy pocos pasajeros. Ninguno detrás de mí. Abundan limpiadoras y ancianos.

Como siempre, me bajo en la primera parada de la avenida 28 de Febrero.

Vuelvo a cargar con la mochila a la espalda.

La caja de herramientas en una mano.

El ligamento tira.

Zarandea.

Con la mano libre alejo el flequillo mojado de la cara.

Como siempre, subo la cuesta de José Payán Garrido y giro a la derecha en Conde de Barcelona.

Como siempre, hago una parada en el bazar del chinito.

Él mira receloso el reguero de agua que estoy dejando sobre su felpudo improvisado con cajas de cartón y también sobre el suelo del pasillo de comida precocinada y el de las galletas y las cajas de cereales.

Agarro un vaso de fideos y un paquete de galletas de chocolate.

El chinito y yo ya nos conocemos aunque nunca hayamos hablado, a excepción del precio y las gracias y el adiós maquinal, y por tanto él sabe bien que yo siempre agarro esos mismos productos y conoce de memoria la cantidad a cobrar.

Me la indica en cuanto me ve aproximándome al mostrador.

Pago con uno de los billetes de cincuenta que llevo doblados en el monedero y una especie de mohín que quiere decir:

Lo siento.

Echo mano a la bolsa de plástico verde, cruzo Conde de Barcelona, me meto en casa, dejo las botas, el chaquetón, la mochila y la caja de herramientas en el recibidor, me quito las lentillas, me seco el pelo, caliento en el microondas primero el agua para los fideos y después un cojín térmico con semillas de lavanda que ya no huele nada bien y que me cuelgo del cogote mientras como con las piernas en cruz encima del sofá y la mirada perdida en la tele, y por último me preparo una infusión, me froto enérgicamente parte de la espalda y los hombros con crema antiinflamatoria, me sueno y me acuesto.

Me despierta el aullido triste de un perrillo. Queda amortiguado tras varios muros y, de vez en cuando, por el tráfico.

A los pocos minutos, la alarma.

Tiru-tatiru-ta-ti-tu, tiru-tatiru-ta-ti-tu.

Hace frío y las sábanas están húmedas y huelen a mentol, igual que la almohada.

Los vecinos de la casa de enfrente son una pareja joven y de aspecto moderno que acaba de mudarse y de adoptar a un cachorro de braco al que suelen dejar solo en casa para ir a algún sitio

donde los perros no son bienvenidos.

El tacto de la almohada es gelatinoso y al mismo tiempo áspero, de la manera en que lo es una roca en la playa.

Mis dedos y los pelillos de la nuca y de detrás de las orejas también huelen a mentol.

Me doy una ducha y me visto con rapidez y salgo a la calle con la caja de herramientas y con otra bolsa en la que guardo lo necesario para reparar el ascensor.

Acaba de amanecer. La calle está cubierta de rocío y niebla.

La niebla me empapa pronto.

Me echo el pelo hacia atrás y espero el autobús de pie. Con los bultos en el suelo.

Cuando me siento en el autobús intento secarme los cristales de las gafas. Se me ha olvidado ponerme las lentillas. Y lavarme los dientes.

Aunque estoy acostumbrada a no enseñar los dientes.

También se me han olvidado mis guantes de trabajo y las llaves de la azotea, aunque esto aún no lo sé.

Flexiono el brazo y lo apoyo en la ventana.

Deslizo los dedos por el cuero cabelludo.

Palpo bolitas sólidas.

En las yemas de mis dedos aparecen como huevos diminutos.

Pienso en insectos.

Aprieto la mano todo lo que puedo y percibo el endurecimiento de la piel y cómo palpita y se calienta.

Pienso en puñetazos.

En lo que antes hacía con y contra ellos.

Qué curioso.

No soy una persona precisamente corpulenta, pero sí, digamos, atlética.

O solía serlo.

También soy alta, pero me encorvo.

Ahora mismo peso 54 kilos y mido 1,83.

Mis músculos abdominales y oblicuos están definidos y poseo un bajo índice de grasa corporal.

Nadie conoce esto.

Tampoco que cuento con varias cicatrices repartidas aquí y allá.

Sin embargo, si quisieran, los demás sí podrían reparar en el volumen de mi espalda ancha y en el de mis muslos y bíceps incluso durante el invierno.

Por lo general, me visto con mangas largas.

Mis dedos están unas veces hinchados y, otras, callosos. Mis dedos son grandes y robustos y pienso que quizá poseen una cierta cualidad vegetal.

Mi estructura corporal es firme y compacta.

Sin muchas curvas, exceptuando glúteos y pechos, que en principio quedan disimulados tras prendas holgadas y gruesas.

Así es fácil tener calor.

Ya he empezado a sudar.

La piel del cuello no deja de despedir olor a mentol, se humedece, su temperatura aumenta bajo la lana de la bufanda.

Quiero volver a casa.

Y, a pesar de ello, sigo avanzando por el sendero con losas engastadas de yerbajos.

Hace tiempo el señor Rubio me dijo que tampoco «me molestará» con trabajos de jardinería.

Igual esas no fueron sus palabras.

Continúo andando.

Entretanto, miro en varias direcciones y me sacudo el flequillo mojado.

Finalmente, detengo la vista en el edificio que se levanta solitario al terminar el sendero, cercado por la hierba alta.

La hierba me llega por las rodillas.

Este es un lugar fiel a sí mismo.

Campo Alegre 39.

No quiere que lo observen. El bloque misántropo. Te da la espalda.

Te ignora.

Quizá incluso te odie.

¿Y por qué no habría de hacerlo? Si ya no existen motivos para lo contrario.

El agua de los charcos en los bordes del sendero y en los socavones es de una tonalidad parda, como cuando un cigarro se deshace en el fondo de un retrete.

Coca-Cola floja.

Las ráfagas de viento transportan un ligero aroma salino. Hay grava y folletos desmigándose en algunos charcos. El sendero es largo y su superficie está agrietada.

Quiero volver a casa.

Pese a ello, sigo adelante.

Esquivando solo los pedruscos de mayor tamaño. Con el resto de escombros no tengo tanto cuidado.

A veces trato de vaciar los charcos de refresco sucio y a veces trato de tronchar los tallos y pisoteo y desperdigo la grava y los fragmentos de ladrillo.

Lo hago o bien inconscientemente o bien a propósito pero sin entusiasmo.

Alcanzo el final del sendero y tomo la rampa al garaje.

Los regueros de agua marrón se precipitan hacia los usillos bajo enormes puertas basculantes.

No es posible entrar por el garaje.

Las puertas están obstruidas.

Óxido y gravilla y arena mojada.

Apenas hay coches en el garaje. Es posible que ya solo quede chatarra.

Tuerzo a la derecha pasados los setos silvestres y atravieso la cancela y abro la puerta de servicio. Me interno unos metros, agacho la cabeza.

Un pasillo estrecho me conduce entre sillas rotas amontonadas, colchones roñosos, un buen puñado de cubos de limpieza, recogedores y cepillos y restos de electrodomésticos hasta otra puerta y una escalera que desemboca en el cuarto de contadores.

Salgo y esquivo un par de cubos de basura y una escalera plegable y más cepillos y fregonas y me detengo frente al ascensor.

Suelto los bártulos en el suelo sin demasiada delicadeza.

Extraigo una de las llaves de la bolsa que contiene lo necesario para reparar el ascensor y abro la puerta, que se desliza con soñolencia.

Asumo los ojos al interior del cajón, con un pie dentro y la mano extendida sobre el lateral.

Introduzco medio cuerpo y pulso los botones del primer, segundo y tercer piso.

Los bordes de los botones se iluminan en rojo.

Aguardo unos segundos. Después subo la mirada y presto atención.

Oigo un rumor procedente de la parte superior de la gran caja metálica.

Salgo.

Me quedo apoyada en la puerta, que permanece abierta e inmóvil, la cabeza gacha.

Resoplo. Me echo el pelo humedecido hacia atrás.

Miro de nuevo hacia arriba. Con pesadez. Doy otra vuelta a la llave.

Retiro la mano del borde de la puerta.

Saco algo de masilla adhesiva de la bolsa y aprieto el pegote manoseado contra el panel del botón de llamada.

Luego también saco de un dossier que nunca uso un folio con los bordes amarillentos y rizados y lo extiendo bien y lo pego en el bolo de masilla.

El folio dice, en letras rápidas a bolígrafo:

«En mantenimiento. Disculpen las molestias.»

Quiero volver a casa.

A pesar de ello, atrapo la bolsa y la caja de herramientas y subo los cinco pisos.

Rebusco en todos los bolsillos y concluyo, pasándome los dedos por el cabello apelmazado, casi arañándome la piel de la cabeza, que he olvidado las llaves de la azotea en vete tú a saber dónde.

La escotilla queda asegurada mediante un simple candado Tesa nada difícil de forzar.

La plancha de acero de la portezuela tiritita.

La pintura negra sobre ella ya ha empezado a desprenderse en láminas menudas.

Hago más ruido del que deseo.

La escalerilla se tambalea. Soy consciente de que si parase por un momento de hacer lo que estoy haciendo y guardara silencio, podría oír tras las puertas de seguridad a los dos o tres vecinos que todavía quedan en esta planta y las vaharadas de aire cargado que expulsan por la boca.

Curioseando.

Tal vez preguntándose si deberían salir al descansillo a echar un vistazo.

Una observación directa, sin el hándicap de los siete centímetros de grosor de una puerta de seguridad y la distorsión de barril que provoca la mirilla entre sus ojos y aquello que creen que deben vigilar.

Yo vuelvo a lo mío.

Vuelvo a hacer más ruido del que deseo. Y luego mucho más.

Me doy cuenta de que tampoco he traído conmigo los guantes.

Estoy retorciendo mi navaja dentro del candado.

Arriba, abajo.

Adelante, atrás.
Más y más.
Sacudiendo ese chisme.
Maldiciendo.
Desesperándome.
Sin un mísero átomo de paciencia.
Porque soy yo.

Estoy retorciéndome dentro de esa cerradura y sintiendo el calor que produce el rozamiento de la hoja contra la cerradura e imaginando que soy yo la que saldrá de aquí envuelta en llamas y sin embargo tan entumecida y olvidándome de que tengo dedos, y entonces la punta de la hoja se chasca y se mella y se desliza como sobre hielo y sale despedida directa a la yema de mi anular izquierdo y la taja.

Ya lo recuerdo.
El dolor es la información que necesito.
Retrocedo.
Un respingo.
Un grito ahogado y la yema a la boca.
Chupo.
Salivo.
Gemidos entrecortados.
La navaja ha caído.
Aterrizo en uno de los escalones de abajo.
Un repiqueteo.
Rezo por que no haya dejado manchas de sangre.
Entonces escucho el aullido del señor Rubio desde la planta baja.
Amplificado por el hueco de la escalera.
¡Pero ¿qué coño es esto?!
La yema está levantada. Falta una porción. Las fibrillas de rojo brillante al desnudo.
Un fluido transparente, sanguinolento, reluce.
Palpita.
Quema.
Las yemas de la otra mano al cuello.
El cuello mojado y rígido.
Saboreo un ligero dulzor succionando del tajo con la boca en forma de embudo.
Mi primer impulso no es realmente un impulso.
Más bien inacción.
Aquí estoy de pronto, encogida en la penumbra de la escotilla cerrada, chupándome el dedo.
Reacciono cuando advierto los pasos del señor Rubio remontando la escalera.
Un jadeo y un rumor incesante y de algún modo equivalente al de la maquinaria del ascensor estropeado.
La herida ya está fuera de mis labios y escuece.
La sangre mana descontrolada y se cuaja al tiempo que fluye hasta la punta del anular y ahí

frena y permanece boca abajo en forma de gota gorda y opaca que se bambolea pero no llega a desprenderse.

Me apresuro a recoger la navaja.

Luego vuelvo al quinto piso y pulso el timbre de una de las puertas tras la cual estoy segura de que vive gente que ahora se encuentra fisgando al otro lado.

Llamo y llamo y llamo.

Por favor.

Hundo el dedo en el timbre.

Toda la planta zumba.

Nadie responde.

Mis bártulos continúan a los pies de la escalerilla de metal que conduce a la azotea.

El señor Rubio ya está en el rellano de la quinta planta aferrándose todavía al pasamano de la escalera.

Con una bola de papel amarillento arrugada en el puño.

Resollando como un elefante herido.

Una bestia enferma por volumen, por trastornos físicos y mentales.

Quizá por eso ya no estalla en alaridos y todo cuanto tiene que decirme, de hecho lo último que me dirá jamás, lo pronuncia en un tono más sereno de lo acostumbrado.

El señor Rubio me observa ahora de cara a la puerta del E aunque la luz del pasillo esté apagada y, fuera, el sol siga sin dar señales de vida.

Es posible que ni siquiera me vea.

Que solo hable y no mire.

El señor Rubio pregunta:

¿Se puede saber qué coño haces?

Estaba arreglando...

No.

Iba a arreglar el ascensor, señor Rubio...

No.

Es que no tengo las llaves...

Te dije que no volvieras.

Me he hecho daño, señor Rubio, ¿tiene algo...?

Que te vayas de una puta vez y no vuelvas.

Enmudezco.

Creo que es la primera vez que lo oigo hablar así.

No parpadeo.

Contraigo los músculos.

Estrujo el mango de la navaja.

Abrasa.

La sangre envuelve el mango y me tiñe la palma de la mano.

No me he movido de la puerta.

Estoy encarándola.

Por fin cierro los ojos, inclino el cuello.

Respiro hondo.

Traga, Eva, me digo entonces, sabes cómo hacerlo, tienes experiencia de sobra.

Trágate todo.

Digo:

Lo siento, señor Rubio.

Lo sé. Y ahora, largo. Ya me buscaré a alguien que pueda arreglarme las cosas en condiciones y no se escaquee cada vez que le duela la cabeza.

Hay algo en su voz. Lo detecto en este preciso momento, por alguna razón.

¿Le tiembla?

¿Es que acaba de reparar en aquello que estoy sujetando?

¿O quizá en la sangre?

Me retiro de la puerta del E con el cuello aún inclinado y abro los ojos y los fijo en mis bártulos.

Los cojo y me coloco delante del señor Rubio.

El señor Rubio se aparta rápidamente y sin mirarme.

Es capaz de figurarse lo que me muero por hacer ahora.

Y, pese a todo, nada.

Pese a todo, cabeceo y me encorvo y avanzo.

Todavía sostengo la navaja.

Aunque la sostengo en la misma mano con la que agarro la bolsa para reparar ascensores.

Así que bajo las escaleras y dejo al señor Rubio atrás, en la quinta planta, recuperando el aliento, de improviso enormemente interesado en un punto muy concreto del rodapié.

Inicio el camino opuesto al que emprendí hace poco.

Sé dónde termina.

Me detengo y cierro la navaja y me la guardo.

Dedico unos segundos a examinar mi mano coloreada.

Reanudo la marcha, vuelvo a casa.

Limpio la cocina, me ducho, recojo los pelos del desagüe.

Me echo desodorante, me peino frente al espejo del baño.

Me miro desnuda en el espejo del baño.

El mapa de cicatrices.

Decido no depilarme.

Vierto desinfectante con lejía y aroma a pino en el váter y me planteo limpiarlo esta tarde de una vez por todas.

Hay un poco de zumo de naranja en el frigorífico. También el último yogur.

Desgarro el plástico del paquete de papel higiénico y me pongo a colocar los rollos en la cesta de mimbre azul que la tía Viki me regaló por mi cumpleaños. No es una tarea fácil. Me encantaba jugar al Tetris cuando era una cría, pero ya no es una tarea fácil. Son muchos rollos y es una cesta pequeña con adornos horteras que anulan cualquier capacidad funcional.

La cesta de mimbre, como regalo de cumpleaños, contenía paños de cocina.

Estos se encuentran ahora en uno de los cajones de la cocina.

La tía Viki quiso regalarme la cesta para el ajuar. Esto me lo dijo cuando me los dio.

Ajuar.

Sonreí al recibirla y no recuerdo haber dicho nada.

Termino de apiñar los rollos en la cesta. Han sobrado nueve.

Permanecen dentro del plástico.

Dejo la cesta en el armarito del baño y el plástico en otro armario en el salón.

He comprado un paquete grande, veinticuatro rollos de papel higiénico de doble capa, y supongo que este es el motivo de que hayan sobrado tantos.

Y, sin embargo, no durarán mucho.

Me tomo una infusión y me como una tostada y cago y después me echo colonia.

Es un frasco turquesa.

Redondeado, delicado.

Deslizo la puerta del armario del dormitorio y con la mano paso revista a aquellas prendas más o menos elegantes que todavía puedan sentarme bien y que no se hayan quedado demasiado anticuadas.

El interior del armario huele a mustio, a moqueta polvorienta.

Dispongo unas cuantas prendas sobre la cama.

En el cuarto de baño, a la luz blanca de un flexo que apunta hacia arriba desde la tapa del váter, me ajusto los guantes finos de látex y aplico tinte negro sobre mi pelo, aplasto y separo mechones con la mano embutida en el látex fino y me parece estar hurgando entre algas bañadas en chapapote en busca de los restos de algún ave marina.

Termino y me envuelvo la cabeza con plástico azul igual que un jamón y me desprendo de los guantes y los arrojo a la papelera.

La punta del dedo anular de mi mano izquierda tiene una tirita enrollada.

Apago el flexo.

Salgo del baño hacia el dormitorio y me dirijo al armario y paso revista a aquellas prendas más o menos elegantes que aún puedan sentarme bien y que no se hayan quedado demasiado anticuadas.

Desenrollo la cinta americana y sello la ventana del dormitorio.

He bajado la persiana, he corrido la cortina, he pegado la cinta.

Meriendo una infusión y las campurrianas que quedan.

He desenrollado la cinta americana y luego la he pegado en los bordes de la cortina del dormitorio.

Por ahí se colaba el sol.

Hace un buen día.

Me echo en la cama pero no me duermo.

Estoy tumbada del costado derecho, con un brazo bajo la almohada y el otro extendido en dirección a la ventana. Mis ojos también apuntan en esa dirección.

El dormitorio está completamente a oscuras, pero a mí no me lo parece.

La puerta está cerrada, el teléfono sin batería. El reloj de la cocina marca las 16:41.

En la casa de enfrente, el perrillo llora sin cesar.

Quejidos agudos semejantes al sonido del funcionamiento de instrumental quirúrgico como sierras eléctricas oscilantes para yesos y autopsias.

La radial de mi padre.

Me levanto, me enciendo un cigarro. Noto un inexplicable cosquilleo y también sed y una sensación de serenidad alígera y artificial.

Abro la puerta del dormitorio y me encamino hacia el otro lado de la casa, y allí me siento a fumar y a observar con aire ausente el origen del gemido animal hasta que atardece e intento encender la luz.

Ahora mi pelo es muy negro y está grasiento y en él no hay una cana a la vista y la persona que está sentada delante de mí, al otro lado del escritorio gris de formica, carece de cualquier atributo facial.

Ojos, nariz, boca, cejas, bigote.

Nada.

No podría decir si es hombre o mujer salvo por su ropa.

Igual que un maniquí. Cuyos rasgos solo pueden asociarse a los de una figura humana, probablemente de mujer, gracias a unas protuberancias que simulan orejas, un casco que se correspondería con pelo en la cabeza y luego extremidades y un torso y más protuberancias que me figuro que serán un mentón y una nariz y un par de tetas y por último una vestimenta que tradicionalmente se atribuye al sexo femenino.

Esta persona tramita mi solicitud sin emitir sonido alguno.

Al final dice algo y su voz es aguda y tirando a meliflua y con ello quizá también me esté indicando que pertenece al sexo femenino.

Llevo una falda de lana granate, una camisa negra, medias negras y tacones negros de ante.

Tengo calor.

Mi blazer negro en el regazo.

Cruzo las piernas después de sentir una humedad pegajosa en las corvas y en el interior de los muslos.

También me sudan las axilas y la espalda.

Es probable que la persona al otro lado del escritorio gris de formica transporte de forma periódica su mirada hacia la musculatura nervuda de mis brazos, que mantienen mi bolso nuevo estrujado contra mi pecho.

Intento concentrarme en las manos y en las uñas largas y brillantes sobre el teclado de la persona al otro lado del escritorio gris de formica.

Cuando pongo un pie fuera de la oficina de empleo, la lluvia fina empapa de inmediato mi pelo untado de brea.

Me lo echo hacia atrás.

Tacto apergaminado.

Las briznas de agua resbalan.

Se me ha olvidado coger un paraguas.

Me ajusto el blazer, echo a andar.

Los tacones duelen.

El sudor se enfría.

Al terminar con el trámite, la persona sin apenas atributos físicos al otro lado del escritorio gris de formica ha dicho algo que ha sonado a disculpa primero y a orden después.

Como respuesta, he asentido cabizbaja y he formulado una especie de pregunta retórica.

Sí, ha dicho la persona al otro lado del escritorio gris de formica, tienes que volver a pedir cita y venir con la tarjeta de demanda de empleo. Y luego, si eso, ya te llamaríamos.

Acaso lo único que ha pronunciado en casi cinco minutos con las manos y las uñas largas y brillantes sobre el teclado.

Dejo de andar.

Me hago a un lado y observo el escaparate.

Entro en la tienda.

Nada de paso decidido.

En el cristal del escaparate hay varias pegatinas gigantes.

Círculos de colores que encierran un «50%» en blanco.

El único dependiente de la tienda está detrás del mostrador y, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, tiene alrededor de cuarenta años.

Lleva argollas en ambas orejas y un moñito y barba densa recortada al milímetro y viste con una camiseta blanca de algodón muy ancha y con escote.

El dependiente me sonrío.

Me dice:

Buenas tardes, bienvenida.

Giro el cuello hacia él y también sonrío.

Sus pantalones son pesqueros y extremadamente ajustados.

El dependiente me pregunta:

¿Puedo ayudarte en algo?

Giro de nuevo el cuello y niego.

El dependiente vuelve a hablar y al mismo tiempo balancea los brazos en varias direcciones y termina entrelazando los dedos sobre el mostrador y elevando los hombros:

Vale, pues si tienes alguna duda o lo que sea, aquí estoy.

Sus brazos están más tatuados de lo que puedo soportar.

Tal vez la imagen que proyecta sea la de algún cantante pop que alcanza la fama durante la segunda legislatura de Aznar y que después de fracasar decide sobrevivir vendiendo ropa.

La tienda es diminuta.

Una chica alta y dentada atrapa un jersey donde se lee bien grande: «*Always with you*».

Lo sostiene colocándose encima y le pregunta a una mujer de mediana edad si sabe lo que significa.

La mujer de mediana edad esboza un mohín con el que parece manifestar que acaba de asaltarla una idea asquerosa.

La tienda tiene dos largos percheros a los lados y tres al fondo, más cuatro formando dos equis en el centro.

Repaso con una mano las prendas colgadas.

La chica alta y dentada y la mujer de mediana edad se marchan despidiéndose de nadie en concreto.

El dependiente contesta con aire distraído.

Me detengo en una falda de lana granate y luego en un blazer negro y le pregunto a Fran Perea si el probador es eso de ahí.

En este momento no hay nadie en la tienda salvo yo.

El probador es un cubículo de espejos excesivamente iluminado.

Una cortina de terciopelo polvoriento.

Me meto en el probador y corro la cortina y me bajo los pantalones y me pongo la falda y me quedo un rato mirándome en el espejo que tengo enfrente.

La comisura derecha del labio encogida.

Después el blazer.

Los bordes del espejo que tengo enfrente están descascarillados.

A un lado hay un taburete con un par de perchas y mi mochila encima.

Otras dos perchas en el suelo, con pinzas en los extremos.

Me paso la mano por la cintura.

Observo mis piernas y siento una picazón en la nuca que sospecho que se debe a la etiqueta monstruosa del blazer.

He dejado mi pantalón en un gancho metálico atornillado a un rincón.

Otros dos a mi espalda.

Estoy descalza y la luz cenital acribilla y es de una tonalidad que oscila misteriosamente entre el amarillo y el verde pálido.

Un hilo musical tecno muy repetitivo del que ahora soy consciente.

Mi cuerpo arroja una sombra lata en el suelo alrededor de mis pies.

Me acerco al espejo después de mirarme las piernas.

Me levanto la falda.

No mucho. No es necesario.

Puede que lo mejor sean unas medias.

Muy tupidas.

Ladeo la cabeza contemplando mis piernas e ingles peludas.

Suspiro.

Me llevo la mano a la nuca y me rasco y manipulo la etiqueta.

Echo la cabeza a un lado con un movimiento rápido y percibo en la base del cráneo ese chasquido seco tan frecuente y sosegador.

Desplazo la vista hacia el espejo contiguo y examino cómo me sientan en perfil de tres cuartos el blazer y la falda, que elevo por detrás hasta dejar al descubierto casi la totalidad del bíceps femoral.

Por los bordes desconchados del espejo se desprende un plástico adhesivo que debe de recubrir el cristal y que está carcomido y retorcido.

Igual que esos plásticos adhesivos que recubren las pantallas de los móviles y los televisores nuevos.

La música repetitiva y ese plástico mugriento dan asco.

Salgo del probador con la mochila a la espalda y sosteniendo la falda y el blazer y el dependiente me pregunta qué tal y respondo:

Bien.

Deposito las prendas en el mostrador.

Nos sonreímos.

Me ajusto una de las correas de la mochila y señalo la pared tras él.

Son bolsos colgados de más ganchos metálicos como los del probador.

¿Te gusta alguno?, me pregunta el dependiente mientras se da la vuelta.

Quizá exhibiendo un leve atisbo de asombro.

Traza una S con su torso y extiende un brazo a lo Apolo Sauróctono.

A ver, dime cuál.

Escojo uno de color negro. Hecho de un material que imita al cuero.

Imagino que combina con lo demás.

También elijo unas medias.

Deslizo la mano bajo el nailon y alargo mucho los dedos dejando un buen espacio entre ellos para comprobar cuánto pueden llegar a transparentarse.

El dependiente parece ponerse a salivar.

Sigue sin haber nadie más en la tienda.

Por último, le pido si por favor puede enseñarme unos tacones que he visto antes en el escaparate.

Me siento en un taburete que el dependiente saca de debajo del mostrador.

El tacón izquierdo.

Al introducir el pie siento cómo se me clavan los rebordes del escote y el remate del contrafuerte.

Se hincan en el tobillo, los meñiques y los pulgares.

Siento cómo la piel tiene que arremangarse y apartarse para poder entrar.

Como un líquido turbio.

Al ponerme en pie puedo detectar más o menos el origen del escozor por el roce y dónde se producirán las potenciales ampollas y la carne viva.

Doy unos cuantos pasos y aprieto los dientes tratando de ocultarlo con una mueca plana.

Los zapatos también acaban en el mostrador.

La sonrisa del dependiente parte la barba por la mitad.

Pregunta:

¿Algo más?

Niego.

La cantidad total asciende a 88,50.

Inclino la cabeza.

Los dedos pellizcando la costura del monedero.

Le digo en voz baja al dependiente que lo siento.

Que quite los zapatos.

El dependiente alza una ceja y continúa sonriendo, aunque no tanto como hace unos segundos.

Dice:

Vale, no hay problema.

Pago en efectivo y me marcho de la tienda con una punzada en la parte alta del espinazo.

De pronto, la mochila y el brazo con el que sostengo la bolsa con mi ropa y bolso nuevos pesan como cascotes.

Estoy a cuatro patas sobre los canalones de la casa del señor Torrubia al final de la calle Verde Menta.

Llevo mi peto vaquero, el jersey de lana gorda y el chaquetón.

Primero utilizo una paleta de jardinería para extraer la plasta de mugre cenagosa y rascar los residuos hechos costra, que suelto en una bolsa de basura, y después un estropajo empapado en aguarrás para frotar el fondo y las paredes del canalón.

Llevo una de esas mascarillas que utilizan los asiáticos que aparecen en reportajes de telediario sobre altos niveles de polución o brotes de enfermedades relacionadas con animales de granja y también Michael Jackson en imágenes de archivo.

Llevo guantes de goma de un naranja reluciente cuando meto el estropajo en una cubeta con aguarrás y luego, después de frotar a conciencia y rebañar y avanzar como buenamente puedo, en un cubo con agua ennegrecida.

Aunque se diría que refresca, el señor Torrubia viste unas calzonas del Betis de hace más de veinte años y una camiseta de propaganda de 7Up.

Ambas están descoloridas y le quedan demasiado grandes.

El señor Torrubia enseña unos codos rugosos y unos brazos enjutos y unas pantorrillas moteadas y traslúcidas y espolvoreadas con pelusilla.

Debajo de su piel parecen disponerse pequeños carapachos irregulares y convexos acoplados al azar entre las fibras de colágeno y las venas y los ligamentos subcutáneos.

El señor Torrubia me invita a un vaso de Kas limón y a una mazorca de maíz que ha calentado en el microondas con un chorreón de aceite y una pizca de sal y él se come otra mazorca y se bebe otro Kas limón acompañándome a la mesa de la cocina de su casa al final de la calle Verde Menta.

El hule de la mesa de la cocina es blanco con melocotones.

Un blanco amarillento y rancio.

El señor Torrubia saca las mazorcas de un envase de plástico al vacío de la nevera, luego dos latas de Kas limón.

También dos vasos del escurreplatos.

La nevera del señor Torrubia no abunda en provisiones y cría hielo maloliente al fondo.

El señor Torrubia estudia mi rostro mientras arranco y mastico los granos de maíz concentrando mucho y adrede mi atención en la mazorca, el plato, la mesa y el vaso de Kas limón.

Dudo sobre si debería proponerle al señor Torrubia que yo misma me encargara de hacerle la compra todas las semanas a cambio de un poco de dinero o parte de la comida que traiga del súper.

El señor Torrubia me dice que ya tiene a una chica que lo ayuda con esas cosas.

El señor Torrubia estira sus labios resecos y brillantes.

Elevo lentamente un hombro y después el otro.

Dejo la mazorca en el plato y asiento y trato de sonreír y agarro una servilleta y me limpio los

dedos uno por uno.

Me lleva dos días, mañana y tarde, acabar con la limpieza de los canalones del señor Torrubia.

Un fin de semana entero.

Durante ese tiempo, el señor Torrubia me da de comer y de beber y me deja utilizar el baño cada vez que lo necesito.

En ocasiones, el señor Torrubia sale a ver qué tal estoy y a preguntarme cómo va la cosa y si necesito algo, pero por lo general, y así me lo hace saber al principio, está en el sillón del salón con el fútbol o documentales de fauna salvaje o catástrofes naturales o coches, fumando y ojeando periódicos deportivos.

Cuando termino de limpiar los canalones del señor Torrubia, le doy las gracias por la comida y por su amabilidad y el señor Torrubia dice:

No, no, por Dios, gracias a ti, *miarma*.

El señor Torrubia me da un billete de cincuenta y uno de diez.

Subo el puño con el que recibo los billetes, zarandeándolo ligeramente, doy de nuevo las gracias y emprendo el camino a casa.

Lo recorro a pie.

Con mi mochila y una bolsa de deporte.

La casa del señor Torrubia está a más de cincuenta minutos andando de la mía en la calle Conde de Barcelona.

Pero creo que es bueno caminar.

Estoy cargando con un barreño lleno de vasos semivacíos mientras sorteo personas que se agitan y bailan y deambulan en una amplia variedad de ángulos y direcciones.

Atrapo con los dedos los bordes pringosos de tres vasos sobre una mesa alta y también pringosa.

La punta de uno de mis dedos tiene una tirita alrededor.

Llevo una camisa negra y pantalones vaqueros.

En la discoteca Caja Negra.

Me dedico a recoger los vasos semivacíos de los que la gente ya no quiere seguir bebiendo.

Algunos todavía están por la mitad.

Un líquido que es el resultado de cubos de hielo derretidos mezclados con cubata y fruta y saliva.

El resultado de la indolencia y la despreocupación absolutas.

No presto atención al móvil.

No me está permitido.

Debo limitarme a ir de un lado a otro por el interior de la discoteca Caja Negra describiendo todos los vectores posibles.

Esquivando a mujeres y hombres que bailan y gritan y se apelonan y también marchan de un lado a otro.

Uno de ellos —un borracho con zarpas— me agarra y me dice que veinte euros si me voy un rato con él a la parte de atrás.

Me detengo.

Lo observo.

Sonrío.

Dudo.

(¿Por qué coño dudo?)

Doy media vuelta, me alejo.

Afortunadamente, no insiste.

No me sigue.

Envidio a mi móvil porque se queda en mi mochila, porque aguarda en el rincón de un cuartucho al que se accede traspasando la barra y luego una especie de trastienda y que está repleto de porquería que en su día fueron taburetes de metal con el asiento en perfecto estado, refrigeradores industriales que refrigeraban, máquinas para picar hielo que picaban hielo, exprimidoras que exprimían, cojines y pufs donde alguien podía sentarse, velas que alumbraban y Lacks con todas sus patas intactas.

También hay cajas de refrescos y palés no muy grandes que tal vez sí continúen sirviendo para algo.

Mi móvil es el único modo que tengo de saber qué hora es.

En el instante en que alcanzo los bordes pringosos de esos tres vasos sobre una mesa alta y también pringosa son las 3:19.

Cinco horas después, un hombre emperifollado que se encuentra tras la barra me da cuarenta euros en efectivo.

El taxi que cojo de vuelta a casa son veinte.

Veinte putos euros.

Tengo los pies muy fríos cuando me meto en la cama por la mañana y siento que pasa una eternidad hasta que entran en calor.

Estoy arrodillada en el hueco entre la caldera y la pared ampollada del sótano de la casa del señor Guerra en la calle Fuenteclara.

Debajo de las escaleras.

Llevo mi peto vaquero, el jersey de lana gorda y mis botas de montañismo.

El señor Guerra supervisa y al mismo tiempo cuestiona todo cuanto hago.

Cuestiona mi respiración, el movimiento rítmico de mis extremidades, la razón de que acaricie el vientre metálico, de que recorra las tuercas y arandelas del lomo y la tubería de gas de la cola con mis dedos enguantados, el mismísimo acto de alcanzar la llave dinamométrica en mi caja de herramientas y de desplazar los alicates, destornilladores y tenazas de mi cinturón o el suelo a las tripas del monstruo que gotea.

El señor Guerra vigila de pie e inmóvil y con los brazos en jarras y luego en cruz y a menudo opta por dar un par de pasitos cortos a izquierda y derecha para al final acabar en el punto de origen de pie e inmóvil y con los brazos en jarras y luego en cruz.

A veces doblo el cuello y levanto la barbilla de forma imperceptible y finjo que compruebo algún detalle importante en la mitad de la caldera que, desde mi posición, se halla en perspectiva con la silueta difusa del señor Guerra.

Es un movimiento fugaz, casi inexistente.

Y sin embargo ahí estoy yo, inspeccionando las entrañas corroídas sin poder quitar ojo a la figura del señor Guerra.

Entonces me da por pensar que el agua es un elemento —un enemigo— demasiado perseverante.

Entonces me sonrío.

Estoy sumida en la oscuridad.

No digo nada.

Las fuentes de luz son:

-una bombilla desnuda sobre el señor Guerra y

-una ventana a la altura del nivel del suelo al otro lado del sótano.

El señor Guerra advierte la expresión en mi cara.

Pregunta:

¿Qué pasa?

Me asomo.

Las cejas apuntando hacia arriba.

Las orejas de un animal de repente alerta.

No sé qué responder.

Decido de manera instintiva guardarme para mí el pensamiento sobre el agua y su paciencia, su perseverancia o lo que sea.

Qué más da.

Reclino la cabeza.

Un mohín breve.

Parpadeo insistentemente. Me paso el antebrazo por la frente.

Tengo la frente y el pelo y las axilas y la barriga y la espalda bañados en sudor.

Mi pelo húmedo y negro como la brea.

Abombado, hacia atrás.

¿Qué?

El señor Guerra insiste.

Inquieto.

Las manos ahora en los bolsillos y un tono de voz seco.

No contesto de inmediato.

Titubeo.

Al fin digo:

Bueno... A lo mejor tiene que comprarse otra.

El señor Guerra repite:

¿Qué?

Con mayor vehemencia.

Imagino que el señor Guerra no es un hombre elocuente.

Me pregunto si el señor Guerra llegará a pagarme.

No lo conozco demasiado bien.

Quizá solo de vista.

El señor Guerra me ha llamado porque Pepo, el del estanco, le ha dado mi número.

Tengo claro que soy su ultimísima opción.

El señor Guerra me dice que ya me puedo ir.

El señor Guerra no tiene ni cuarenta años.

Va bien peinado, la barba muy cuidada.

Se está quedando calvo por la frente.

Dientes perfectos.

Las orejas algo despegadas de la cabeza.

Gafas negras rectangulares.

Camisa a cuadros. Cara.

Causa una impresión similar a la de esos treintañeros que van por la calle con una cartera cruzada al abdomen golpeándoles la cadera al ritmo de sus zancadas.

Con el puño apretando la correa.

La camisa a cuadros que lleva el señor Guerra me hace sospechar, por algún motivo, que quizá sea homosexual.

Muy a su pesar.

El señor Guerra es de los que enseñan mucho las encías cuando sonrían.

Las encías del señor Guerra están en cierto modo des-proporcionadas con respecto a sus dientes perfectos.

Yo también le sonrío a él.

Con su misma falsedad.

Ahora estamos los dos en la puerta exterior de la parcela de la casa del señor Guerra en la calle Fuenteclara.

Estoy abrochándome mi chaquetón.

El señor Guerra saca veinte euros de su billetera y me dice:

Por las molestias.

Mientras sube las escaleras de su sótano, el señor Guerra masculla:

Lo sabía, al final es que debería haber llamado a un tío que sepa de estas historias...

Yo asiento en la oscuridad y recojo mis cosas y me quito los guantes.

Más tarde me guardo el billete de veinte en el bolsillo dando las gracias.

Estoy de rodillas, encarando la cerradura.

Llevo mi peto vaquero, el jersey de lana gorda y mis botas de montañismo.

Una chica dice:

Menos mal.

Contesto:

No es nada, tiene solución.

Cuento con un juego de ganzúas, rompecilindros y tornillos de extracción, otro juego de tarjetas y agujas de apertura, cuchillos para tuercas, láminas deslizadoras, una llave universal y otra de construcción, un extractor de campana, otro juego de giradores, una amoladora recta a batería y una llave combinada.

Seguramente puedo abrir cualquier casa de cualquier vecindario.

No es algo que pretenda comprobar.
He tenido que sustituir el cilindro y darles llaves nuevas a las chicas.
También he tenido que lubricar la cerradura.
A conciencia.
Hay manchas de aceite en el suelo.
Digo:
Lo siento.
Las dos chicas insisten en que no me preocupe.
Me dan las gracias repetidamente.
Termino de recomponer la cerradura.
He tenido que limar los huecos de los cerraderos en el marco de la puerta con un formón y el martillo.
Hay virutas de madera en el suelo.
Las dos chicas parecen universitarias.
Me pregunto por qué habrán escogido un lugar como este para vivir.
Una caja de zapatos.
Con la puerta —la cerradura— hecha una mierda.
Hay gente que ha decidido poner este sitio (en semejante estado) en alquiler.
En un barrio como este.
A saber cuánto piden al mes.
No digo nada de lo que pienso.
Las dos chicas me dicen que pueden facilitarme el contacto de su casero para que sea él quien me pague.
Las palabras no me salen con facilidad.
Tras un instante de balbuceos, les digo que no puedo hacer eso.
Encojo los labios y los hombros.
Digo:
Lo siento.
Una de las chicas se encierra en una habitación y sale a los pocos minutos vestida con unos vaqueros y zapatillas y un anorak.
La acompaño a un cajero.
Por el camino, la chica trata de evitar cualquier tipo de silencio incómodo.
Me habla de la cerradura y de la puerta y de la angustia de no poder salir de casa.
Al menos creo que es a mí a quien habla.
No lo parece.
Pero la reflexión es divertida.
La angustia de no poder salir de casa.
Ella no puede permitirse perderse un segundo ahí fuera.
Tiene un pelo castaño precioso.
También ojeras muy pronunciadas.
Nos damos las gracias mutuamente cuando nos despedimos en el cajero.

Nos damos dos besos.
Esto me sorprende un poco.
Les doy a las chicas sus nuevas llaves y compruebo varias veces si la cerradura funciona.
Aunque no ha quedado perfecta, estoy segura de que las dos podrán echar el cerrojo sin temor a ser luego incapaces de abrirlo.
Nadie quiere quedarse encerrada en casa.
Supongo.
Me froto los ojos y empieza a lloviznar.
Antes de coger el autobús, me como la mitad de una barrita de cereales con frutos rojos que está tirando a rancia.

Tengo que sacar la basura.
Podría decirse que es algo urgente.
Ya hay tres bolsas que huelen mal en el trastero más otra más en el cubo de la cocina.
También está la bolsa de la papelera del baño.
Los contenedores más próximos se encuentran donde termina la cuesta de la calle Castilla, en la boca de la Glorieta de Clara Campoamor.
Justo enfrente de la Esquina del Gato.
Estoy caminando en esa dirección con dos bolsas de basura en cada mano.
Luego tengo que dejar la mitad en el suelo junto al contenedor porque el sistema de apertura —un pedal con forma de barra metálica— no funciona.
Tengo que levantar la tapa con la mano.
Cuando termino, dejo caer la tapa.
Echo un rápido vistazo a la plaza y a la esquina.
Algunas personas que la ocupan me devuelven la mirada.
Me apresuro de vuelta a casa.
Vuelvo a casa y me dirijo hacia el dormitorio y me siento un rato en la cama.
Me sostengo la cabeza.
Espero a que mi respiración se acompañe.
Después cambio las sábanas que huelen a mentol y me pongo a limpiar el baño.
Vierto desinfectante con lejía en la bañera y en el váter y por los rincones.
Olor a piscina pública.
Me ajusto unos guantes de goma mitad verdes mitad amarillos y me agacho.
Comienzo a rascar roña negra con un cepillo de mango largo.
Tengo que sentarme en el suelo contra la pared helada cuando el pinchazo de la espalda ya es demasiado intenso.
Flexiono las piernas y hundo mi cara entre ellas.
Percibo la rigidez en el extremo superior de la media dorsal.
Entumecido.
Apenas puedo cambiar de postura.
Aspiro profundamente y retengo el aire y aprieto la mandíbula y lanzo el cepillo de mango largo.

No sé adónde.

Como galletas y tomo unos sorbos de infusión.

La infusión se llama Infu Relax.

Mis ojos cerrados dejan escapar el agua que producen.

Espiro.

Oigo el repiqueteo del mango largo del cepillo que rebota en algún rincón del cuarto de baño, sobre cerámica, tal vez el bidé o detrás de este, irónicamente uno de los puntos con mayor concentración de roña negra.

Sorbo mocos y saboreo la mezcla de:

agua salada que mana de los ojos

+

agua salada que mana de la nariz.

Abandono el baño.

Apago la luz.

Bajo la cabeza.

Con delicadeza, aplico presión sobre las superficies abultadas de cuello y hombros.

Entro en la cocina y caliento en el microondas mi cojín térmico terapéutico con semillas de lavanda primero y un vaso con agua después.

Sumerjo en el agua caliente una bolsita que saco de una caja de Infu Relax.

Abro un armario de la cocina y busco un paquete de galletas con la parte superior enrollada y sujeta con una pinza de la ropa.

Me siento en el sofá con las piernas cruzadas y la infusión y un paquete de galletas delante y exprimo el tubo de crema antiinflamatoria y echo un pegote en mi mano y me masajeo con cuidado el cuello y los hombros.

Los ojos cerrados.

Encima del agua caliente que se tiñe de color mostaza se mecen volutas de humillo.

El cristal se empaña y se adorna con gotitas menudas.

Las volutas se escuchimizan.

Estoy desnuda de cintura para arriba.

Llevo el pelo tirante, hacia atrás.

Recogido en la coronilla.

Empiezo a tener frío.

Al rato, la crema emite una gran cantidad de calor.

Y de los perfiles y ángulos del salón emerge la sombra periférica que afloraría en el improbable caso de que la luz fuese un líquido que se derramase y se estrellase contra el suelo desde el techo, salpicándolo todo con violencia.

Enciendo la estufa y me visto con la sudadera del pijama y una bata.

Enciendo el microondas y, cuando pita, lo abro y me coloco en el cogote el cojín térmico terapéutico con semillas de lavanda.

Enciendo el portátil y me lo apoyo en los muslos.

34% de batería.

Las 20:53.

Recorro ofertas de trabajo para
técnico de mantenimiento y reparación

camarera

lavaplatos

cartero comercial

repartidor

cerrajero

limpiadora

cuidadora

niñera

peón de albañilería

fontanero

pintor

ayudante de chapista

tapicero

alicatador

carpintero

escayolista

operario de mudanzas

jardinero

barrendero

basurero

auxiliar de fontanería

teleoperadora

ordenanza

cargador

conserje

soldador

electricista

técnico en climatización y calefacción

dependienta

cajera

lavandera y planchadora

cristalero

techador

...

Veinte minutos después, solicito cita previa en la oficina de empleo.

Cierro el ordenador justo antes de que vaya a apagarse.

El cojín térmico terapéutico con semillas de lavanda está enfriándose.

Pesa sobre la nuca.

Al sacarlo del microondas huele a palomitas recién hechas.

El hemisferio izquierdo de la cabeza late con ritmo rápido.
Centelleante.
Me tumbo en el sofá, apoyo los tobillos sobre el reposabrazos.
La infusión tibia.
Observo las imágenes que se suceden en la tele sin prestarles atención y me quedo dormida.
Las manos entrelazadas sobre el vientre, igual que los muertos en los funerales de comedias de situación.
Tiesa como una cuerda.
Una estatua de sal.
Casi cuatro horas más tarde, despierto de una pesadilla.
Cubierta de sudor mentolado.
Me incorporo.
Exhausta.
Me sujeto la frente.
Me arrastro el pelo hacia atrás.
El pelo negro y empapado.
Los ojos asoman bajo mis dedos.
Al salón lo baña una luz fantasmagórica y nauseabunda.
Me siento enferma inspeccionando el salón.
Apago la luz y la estufa.
Tambaleándome.
Abandono la atmósfera viciada.
De camino a la cama, ladeo la cabeza.
Un movimiento involuntario.
Y el cuello chasquea.
Sostiene un peso insoportable.
Tan titánico y abrasador.
Me quito la ropa y me cambio de camiseta y de bragas sin poder escapar de la sensación de náusea.
Ya enterrada en el edredón, al tacto gélido de las sábanas me sobrevienen un siseo y un resoplido.

A veces imagino que el dolor dentro de mi cabeza son las chinchetas y las astillas y las limaduras de las minas de los lápices y las virutas de las gomas y las cuchillas de los sacapuntas y los capuchones mordisqueados y los manchurroneos de tinta en el estuche del colegio que ya nadie utiliza.

A veces pienso que, quiera o no, debo cargar con ese estuche de un lado para otro.
Ahora mismo, por los pasillos del Lidl.
Un cierto consuelo en que esto sea capaz de distraerme de los tacones.
Estoy paseando mi estuche viejo y mis medias y bolso y falda y blazer nuevos y mi cabello abombado hacia atrás y también aceitoso y negro como la brea por los pasillos del Lidl.
La sensación de que todo está cubierto por una pelculilla viscosa y traslúcida.

Incluida yo.

Regreso a casa con dos bolsas del Lidl llenas.

Las suelto en el recibidor.

No suelto las llaves en el recibidor.

Restriego las suelas de los tacones sobre el felpudo.

Estiro la garganta.

El sol está elevándose.

Brilla en las gotas y los charcos de la acera.

Me descuelgo el bolso y lo deajo en el recibidor.

Me quito el blazer y los tacones y los aparto con las bolsas.

Me calzo mis botas de montañismo.

Salgo de casa, cruzo, deajo atrás la calle Conde de Barcelona.

Tuerzo a la derecha y lleao al estanco de Pepo y pongo un pie dentro y permanezco quieta frente al mostrador.

Al principio, Pepo parece no reconocermee, pero cuando hablo —un paquete de American Legend, por favor— pega un respingo.

Me pregunta:

¿Cómo tú por aquí?

No contesto de inmediato.

Me distraigo

—o finjo distraermee—

con los productos promocionales del mostrador.

Al cabo, consigo decir:

Ya ves.

Trato de sonreír.

Muevo los ojos hacia Pepo.

Me encojo.

Añado:

Aquí estoy.

Pepo levanta el puño y lo detiene brevemente junto a su cara.

La cara de Pepo está —un pensamiento algo a la ligera— muy cerca de la de Sam Elliot en *El Gran Lebowski*.

Solo que con menos pelo en la cabeza.

Pero luciendo el mismo bigote, esa cornamenta gris un tanto alicaída de pionero de la fiebre del oro.

Igualmente, a Pepo también suele vérselle con un sombrero o algo parecido, ya sea uno de esos de paja como los que llevan algunos ancianos en la playa o bien una gorra plana a cuadros como las que llevan algunos ancianos si refresca.

Esas gorras que ahora se han puesto de moda entre chavales larguiruchos con chalequillo y botas Chelsea y minis de Heineken que arrastran los pies por el recinto de algún concierto de Leiva.

El estómago del estanco de Pepo es lóbrego y en él predomina el color marrón.

Me escuecen los lacrimales.

El (para el contexto en cuestión) particular aspecto de Pepo y, por tanto, su posible «estilo de vida excéntrico» (eufemismo burdo para «homosexualidad») son combustible para cotilleos habituales en el barrio.

Es frecuente que los vecinos observen con detenimiento a Pepo si coinciden con él en la cuesta de José Payán Garrido cuando este la remonta de camino a su estanco o a su casa.

Otro cotilleo habitual se fundamenta en la sospecha de que Pepo consume drogas, razón por la que a menudo se le puede ver a horas intempestivas en los alrededores de la Esquina del Gato.

En el barrio también hay cuchicheos similares sobre mí.

Tal cantidad de ojos.

Es el nuevo Infierno.

El que opina sobre mi aspecto y mi comportamiento y mis hábitos.

Quizá hay vecinos que preferirían que tanto Pepo como yo nos fuéramos a vivir un par de calles más arriba.

Casi ningún vecino va más allá de la paralela que traza Conde de Barcelona.

Antes Pepo y yo teníamos una relación más estrecha.

Hablábamos al menos una vez cada dos días y aquellas conversaciones acostumbraban a ser más largas e interesantes que esta de ahora mismo.

Pero lo encuentro normal.

El intercambio rutinario y hasta cierto punto incómodo de frases ridículas.

Hace bastante tiempo que no nos vemos.

Hay gente que dice que si te encuentras de repente con alguien a quien hace bastante tiempo que no ves tienes la obligación de mantener una conversación animada con esa persona.

Hay mucha gente que dice muchas gilipolleces.

Los brazos de Pepo son delgados y largos y lampiños y deshuesados.

Como tentáculos.

El suelo de su estanco reluce en la penumbra.

Le tiendo un billete de cinco.

Los dos sostenemos una sonrisa convencional.

De la calle entra una mujer en chándal que empuja un carro de la compra de lona gris.

Se para en seco al verme.

Me mira con atención.

Agacho la cabeza y dejo caer la sonrisa.

Recojo el paquete de American Legend del mostrador.

La señora transporta la mirada hacia Pepo cuando paso a su lado al salir.

Pepo me recuerda que estoy dejándome el cambio de la siguiente manera:

-levantando el puño y deteniéndolo brevemente junto a su cara.

El gesto inmediato de la señora en chándal es de condescendencia.

Me doy la vuelta.

Ya estoy en la calle.

Estoy observando el interior del estanco.

La imagen del interior del estanco es aterradora.

Le digo a Pepo que no se preocupe.

De forma atropellada.

Le digo:

Bueno. Sí. Quédatelo.

Una vez solos, la señora en chándal que empuja el carro de la compra de lona gris le pide a Pepo un cartón de Winston.

La expresión de quien acaba de presenciar el trastabillar y la consecuente caída de culo de un bebé.

Pepo le extiende el cartón y ella lo atrapa y aclara que es para su marido.

La mayoría de las vecinas que entran cada día en el estanco hacen aclaraciones de este tipo.

Entro en la farmacia y compro:

-tiritas,

-cremas antiinflamatorias y analgésicas,

-parches térmicos y

-apósitos para las ampollas que están creciéndome en los talones y en los dedos de los pies.

La farmacéutica es —en esta ocasión— una chica joven y encuentro en ello una rara sensación de alivio.

Quizá porque quien está ahí casi siempre es el señor Martos.

Un hombre achaparrado y vanidoso que nunca ha manifestado intención de relajar el ceño (un error de fabricación, es de suponer, o la secuela de alguna clase de parálisis facial) al menos en mi presencia, incluso a pesar de mi empeño por forzar un gesto amable, como tampoco ha pretendido mostrar jamás una actitud particularmente educada en los momentos en que prefiere preguntarle a los demás por sus hijos y nietos mientras espero a ser atendida en una cola que no existe.

En casa me desnudo y me pongo cómoda —siento especial placer al despegarme las medias— y adhiero los apósitos a los talones y meñiques y pulgares de los pies y me pongo a fumar un cigarrillo tras otro.

Pronto tendré que volver a visitar a Pepo.

La idea no me agrada lo más mínimo.

A veces me quedo ensimismada mirando por la ventana y fumando.

Estoy buscando el cenicero por todas partes.

No recuerdo dónde lo escondí.

Estoy convencida de que ese lugar es bajo la pila, pero no.

He tenido que conformarme con un trozo de papel de aluminio que moldeo en forma de cuenco y que coloco en el alféizar de la ventana al lado del mechero largo para encender el hornillo y el termo.

Atiborro de colillas el cuenco de papel de aluminio.

Más allá del cristal de la ventana —al principio abierto; entra olor a ajo, a guiso; hora y pico después hace frío y está cerrado y el humo se concentra y solo huele a tabaco— me centro en un amplio y profundo patio conquistado por flora silvestre.

Donde solían jugar los niños.

Empieza a anochecer.

A llover de nuevo.

Cuando me despiertan los quejidos agudos del pequeño braco al otro lado de la calle, me percató de que estoy a punto de acabar con el paquete de tabaco.

Entonces me dirijo a la cocina y abro una botella.

Estoy frente al espejo del cuarto de baño, sobre el lavabo.

Desenrollando y despegando la tirita del dedo anular.

Aspiro intensamente.

Y gruño.

Voy vestida con una falda de lana granate y una camisa y medias negras y mis botas de montañismo.

Dejo en el recibidor los tacones —tras mucho rebuscar, están en una caja al fondo del hueco inferior del armario del dormitorio— y el blazer y el bolso.

También las bolsas de la compra.

La piel alrededor del tajo en la yema del anular está inflamada.

Del tajo supura un líquido gelatinoso.

Recuerda a la carne de pollo pasada la fecha.

Sobre todo cuando la oprimo y veo cómo estalla un grumo de pus.

Más sangre.

Chupo del tajo y escupo al lavabo y chupo una vez más.

Y gruño.

Me soplo el dedo.

Me echo a un lado.

Encorvada.

Cabeceando.

Como si husmeara el aire.

Abro el grifo del lavabo y me enfundo una manopla y echo un buen chorreón de gel y froto la yema del anular con furia.

Rezongando.

Rechinando las muelas.

Arranco la piel despegada que rodea y recubre a medias el tajo.

Termino de frotar, enjuago.

Dirijo el agua —con toda la presión que es capaz de reunir esta mierda de instalación— hacia la herida.

Alejo la mano.

Tanteo un armarito en busca de algodón y agua oxigenada.

Agarro el bote de agua oxigenada y rollos de papel higiénico.

El alfiler de agua oxigenada entra en la herida, donde enseguida burbujea una espuma de un blanco nuclear.

El anular caliente, con pulso propio, martillador.

Soplo.

Contemplo (me maravillo con) mi carne viva y humorosa.

Ese líquido que soy yo y que fluye sin parar.

Metal derretido.

Minutos después, salgo de casa.

Varias bolas de papel higiénico se desmenuzan en el desagüe del lavabo.

Junto a la manopla mojada.

La botellita de agua oxigenada también dentro del lavabo.

En el chinito compro galletas y barritas de cereales con frutos rojos y una botella de Negrita y otra de Smirnoff y litro y medio de Coca-Cola y una bolsa de hielo y un tetrabrik de concentrado de naranja.

En total, 28,50.

El chinito tiene que echar mano de la calculadora.

No exterioriza su sorpresa.

Ni siquiera cuando cruzo la puerta sin mediar palabra.

Mi compra lo satisface enormemente.

Eso es todo cuanto importa.

Me asomo a la ventana.

Alguien de por aquí cerca está escuchando zarzuelas a todo trapo.

Alguien de por aquí cerca está sepultando quejidos de perrillo semejantes al sonido del funcionamiento de instrumental quirúrgico o de albañilería.

Mi frente suda y se recalienta.

Estoy intentando fregar los platos —una gran cantidad de platos y cacharros sucios en remojo.

Al atardecer.

A la luz de las velas.

Dejo la tarea a medias.

Me froto las manos ahora entumecidas y las acerco a una vela.

Encuentro dos velas en un cajón de la cocina y cojo otra del mueble de la tele y las enciendo con el mechero largo para el hornillo y el termo y mis cigarrillos mientras observo la llama con atención.

Diría que hace frío.

Pero mi frente suda y se recalienta.

Me quito el jersey gordo de lana y me quedo en tirantas.

No puedo evitar el vistazo fugaz al antebrazo.

Cuando pulso el interruptor de la pared, no pasa nada.

Lo acciono una vez más.

Hago lo mismo con los interruptores del pasillo y de mi dormitorio y las lámparas no se encienden.

Me siento mareada.

Desactivada.

Cada cierto tiempo llevo el mocho de la fregona al charco a los pies del frigorífico.

Tengo calor aunque la estufa está, sin duda, apagada.

Estoy lavando a mano y a la luz de las velas mi ropa nueva.
Estoy escurriendo la ropa en la bañera y colgándola del tendedero.
Estoy sacando las medias negras del barreño y asomándome a la ventana abierta.
Oigo zarzuelas a todo trapo y detengo los ojos en el destello violeta del horizonte y en las motas luminosas que lo perforan pasando el río.
Paso la fregona por el suelo del frigorífico.
Arrojo dos bayetas.
Las extiendo.
Me doy una ducha que acaba helada.
Se me agarrota el pescuezo.
Me envuelvo en la toalla y permanezco así un buen rato.
Quieta y encogida.
A la luz de las velas.
Ya no tengo calor.
Abro la toalla y contemplo el reflejo fantasmagórico del espejo.
Las sombras bailan.
Las figuras que proyectan se deforman al son de las llamas.
Las cicatrices oscilantes sobre la piel atigrada.
Me recojo el pelo.
El cogote parece ahora convertirse en flan bajo el parche térmico.
Estoy hecha de vainilla.
Soy dulce y delicada y cremosa.
Y sobre mí flota un olor similar al del carbón o la leña o cualquier otro aroma de refugio de montaña.
La casa es, de repente, una sala de calderas.
Todo se derrite aquí dentro.
No solo el hielo.
Sustituyo la tirita del anular por otra.
Al menos, bajo el centelleo anaranjado, su aspecto mejora.
Echo ron en el vaso que estoy usando.

Despierto de una pesadilla.
El aullido del pequeño braco se propaga por toda la calle Conde de Barcelona.
Una onda expansiva.
Me levanto de un salto.
Corro a vomitar al baño.
No suelto casi nada.
Hilos de líquido agrio y babas que escupo con insistencia y estremeciéndome.
Luego bebo del grifo del lavabo.
No puedo volver a dormirme.
Me concentro en mi propio peso sobre el colchón y en el regusto agrio en mi boca.

El perro no se calla.

Me pongo a dar vueltas en la cama.

Me cubro la cabeza con la almohada.

Noto cómo los músculos de mis hombros se estrechan sin cesar, retorciéndose compulsivamente.

Mi almohada mentolada.

Asfixia.

Mis dedos mentolados se arrastran por la sábana.

Me incorporo y alcanzo a tientas el mechero largo para el hornillo y el termo y los cigarrillos después de palpar el paquete de American Legend y el vaso y el cenicero de papel de aluminio.

Enciendo la vela en la mesita de noche.

La cinta americana de la ventana se ha desprendido de una de las jambas y está suspendida en el vacío.

Doblada hacia atrás.

Las fibrillas sintéticas y el pegamento al descubierto.

El aullido de la casa de enfrente es penetrante y rítmico y acuchilla.

Me pongo mi jersey y las botas de montañismo.

Me encamino al salón a oscuras, enciendo un cigarrillo.

Echo un vistazo afuera.

Soy una extraña con media cara oculta en una cortina.

La casa de enfrente también tiene las luces apagadas.

El aullido es tan agudo que de alguna manera consigue traspasar los muros y tabiques y llega a mi salón tan nítido como si el perro fuera mío.

Bajo la mirada.

Me asalta una idea.

Me inclino sobre la bolsa que contiene lo necesario para arreglar cerraduras.

Saco mi juego de ganzúas y mi llave universal.

Diría que con ello puedo abrir cualquier casa de cualquier vecindario.

La calle está desierta.

Salgo de mi casa y entro en la de enfrente.

Al cruzar la puerta y cerrarla tras de mí, el ladrido se vuelve aún más afilado.

Por dentro es una casa muy parecida a la mía.

Al menos a ciegas.

Me encamino con paso lento hacia el origen de los aullidos.

Llego a un patio interior.

Me interno en una burbuja de aire pesado y maloliente.

Cuando me ve, el braco se calla.

Piso algo resbaladizo.

El braco me lame los dedos.

Sus uñas rechinan contra las losas del patio.

Comienza a gemir.

Un gemido nervioso y quebradizo.
Me acerco.
Despego la bota del suelo.
He espachurrado uno de los excrementos pequeños y blandos del perrillo.
Lo cual no es nada difícil: el cachorro está completamente rodeado por sus propias deposiciones.
Algunas han caído sobre papeles de periódico.
Otras, no.
Se ha estado dedicando a desperdigar las páginas de periódico.
Intentaba ir de un lado a otro.
Está atado con un collar al pie de hormigón de un parasol.
Me acucillo.
Le acaricio el hocico y las orejas y el cuello y el lomo.
Siento un pelaje suave, aterciopelado, muy corto y denso, y también un cosquilleo en la palma de la mano.
El perro deja caer la pata sobre mi mano y me la lame.
Esbozo una sonrisa en la oscuridad.
Desato el nudo del pie de hormigón y atrapo la correa y cojo al perro en brazos.
Apesta.
Susurro:
Vamos.
Sorteo los excrementos y me quito las botas de montañismo.
Salgo de la casa de enfrente y me detengo.
Contemplo al cachorro de braco a la luz mortecina de las farolas.
La calle aún desierta.
El braco tiene los ojos celestes y sigue lamiéndome los dedos.
Uno de ellos tiene una tirita enrollada.
Estoy sujetando las botas con la otra mano.
De repente pesan.
Demasiado con que cargar.
Me siento incómoda.
Cuando llego a casa, meto las botas en una bolsa del Lidl y dejo al perrillo en el suelo.
Me mira meneando la cola.
Arrastrando la correa por el suelo.
Sus garritas lo rasguñan.
De algún modo, parece estar sonriendo en el claroscuro que siembra la vela.
Me yergo.
Incrédula.
Un breve y paralizante torrente de algo que no alcanzo a definir.
Puede que esté a punto de echarme a llorar.
Trago hondo y aguanto la respiración.

Durante más tiempo del que sería posible.
Una contracción en la espalda me saca del estupor.
Recorro el pasillo.
El pequeño braco me persigue.
Dispongo dos fiambreras de plástico sobre el suelo de la cocina, una con agua y otra con leche, y una toalla encima del sofá.
Escucho el chapoteo a lo lejos mientras me deshago del jersey.
Cuando el perrillo llega al sofá, lo engancho y lo subo y lo dejo a mi lado y le doy pedacitos de una barra de cereales con frutos rojos.
Estoy sonriendo.
El braco termina de comer y se pone una vez más a lamerme los dedos.
La sonrisa en mi rostro empieza a borrarse.
Le quito el collar y le rasco el cuello.
Me levanto y voy derecha al tendedero y recojo mis medias negras y tupidas.
Están húmedas.
El cachorro de braco me persigue a todas partes.
También hasta el recibidor.
Olisquea la bolsa que manipulo.
De la que extraigo una barra Halligan y mis guantes de trabajo.
Me los enfundo con parsimonia.
Me concentro en mis movimientos.
Cuando termino, permanezco muy quieta, a la espera.
Empuñando la barra.
Tal vez tratando de concebir los posibles rasgos faciales del amo cabrón de un perrillo triste.
El aspecto del Padre Todopoderoso y los motivos para su eterna y todopoderosa indolencia.
El perrillo acerca el hocico a la hoja y el pico de la Halligan, que apuntan al suelo, y husmea.
Después comienza a protestar.
Lo chisto.
Digo:
Venga, a dormir.
Alzo la Halligan y la cabeza en dirección al salón.
Venga.
La luz de la vela tiembla y proyecta manchas sobre el pelaje plateado del cachorro y sobre mi piel rígida.
El cachorro primero se sacude y después se echa a mis pies.
Se enrolla.
Estaré esperando así durante buena parte de la noche.
Hasta que las luces de la casa al otro lado de la calle se enciendan.
Entonces me serviré un vaso de vodka con naranja, luego otro, y negaré con la cabeza.
Tapándome la boca con la mano.
Tratando de aplacarme con el olor del alcohol en mi aliento y el olor acre y aceitoso de mis

guantes de trabajo.

Estoy ordenando el trastero de mi casa.

Apaño un hueco para un colchón cubierto por la toalla del sofá y para la fiambarrera de plástico con agua y la fiambarrera de plástico grasiento donde a veces echo albóndigas de lata o potitos o leche en la que también a veces mojo pan duro o deslío copos de puré de patata.

Al perro no parece agradarle demasiado el hueco que le apaño en el trastero de mi casa.

Solo se queda ahí para beber o comer.

De lo contrario, siempre me acompaña.

Adondequiera que voy.

Duerme conmigo encima del sofá y en mi cama.

En ocasiones me quedo mirándolo.

Hablo con él.

Le hago preguntas.

Le doy los buenos días y las buenas noches.

Procuro que nunca ladre.

Le fabrico un par de juguetes caseros con trapos de cocina y calcetines agujereados.

En la casa de enfrente, sobre la acera, un día llega a detenerse un coche patrulla.

El braco juega con los juguetes caseros que le fabrico.

Corretea por el pasillo.

Yo sonrío.

La ropa sucia se amontona en la pila.

Estoy frotando y refregando las prendas con mis puños.

Con la pastilla rosácea de jabón de Marsella.

Los lunarcitos de sangre reseca en las mangas de los pijamas.

Estoy enjuagando y escurriendo en la bañera y estoy abriendo el tendedero para colgar la ropa, que aún gotea.

Me paso un buen rato fregando y recogiendo el agua que encharca el suelo.

El perrillo a mi lado, mordisqueando y babeando los trapos y los calcetines.

Enciendo velas.

Casi siempre, ya acercándose el final del día, acabo con el cuello molido y con los ojos como platos.

Cuando esto ocurre, echo mano de una hipodérmica y de un vaso con hielo.

El cachorro me lame los dedos.

Los dos terminamos roncando en el sofá.

Sé que no voy a poder quedarme dormida.

Cuando la luz al otro lado de la calle se enciende, enrosco el puño con firmeza en torno al mango de la Halligan.

Hay voces al otro lado de la calle.

En la casa al otro lado de la calle.

De desconcierto.

Balbucesos etílicos a un volumen alto.
Para mi sorpresa, duran muy poco.
Me sirvo un vaso de vodka con naranja, luego otro.
Me los trago con varios cigarrillos.
El cristal trémulo en mi mano.
El tintineo del hielo.
El vaso inclinado sobre el vacío.
Casi vacío.
Estoy en el sofá, restregándome la frente.
Doy una calada.
Resoplo.

Niego con la cabeza tapándome la boca con la mano, que conserva el olor acre y aceitoso de mis guantes de trabajo.

Mi aliento es amargo.
Amarillento.
El braco se hace una bola.
Cierra los ojos al instante.
Para mí no será tan fácil.
La vela de la mesa a punto de consumirse.
La llama también desea descansar.
Las luces al otro lado de la calle se apagan.
El desconcierto borracho dura un suspiro.
El silencio vuelve a apoderarse del barrio.
No voy a tener una oportunidad mejor.
Pero no puedo arriesgarme a que el perro despierte y comience a aullar.
Así que agarro la toalla.
El cachorro se endereza enseguida y eleva el morro y las orejas.
Lo envuelvo en la toalla como si fuera un bebé humano.
Hago lo posible por que apenas asome el hocico.
Lo sostengo entre mis brazos.
Un amago de acunar.
Y un hondo ahogo en el pecho.

Me calzo unas zapatillas desgastadas y miro dentro de mi monedero y saco unos billetes y salgo de casa.

Las 3:49.

Voy derecha a la Glorieta de Clara Campoamor.

En este momento, en la Esquina del Gato hay dos chavales apostados en extremos opuestos de la calleja.

Me observan sin disimulo.

Ambos visten unas sudaderas enormes y pantalones holgados.

Ambos fuman canutos del tamaño de un lápiz de cera blanda.

Me descubro meciendo con suavidad el bulto entre mis brazos.

Abro como puedo uno de los contenedores de la plaza y tiro la bolsa del Lidl con mis botas de montañismo.

El pequeño braco desenrolla la lengua.

Chasquidos.

La iluminación de la glorieta es brumosa y enfermiza.

Miro a un lado.

Le hago una señal con la cabeza al chaval que tengo más cerca.

Con eso basta.

Porque ya nos conocemos.

Me acerco.

Los internamos en la calleja.

Casi a oscuras.

El chaval suelta una gracia sobre el bebé-perro mientras le paso los billetes.

No presto atención.

Estoy diciéndole:

El lote completo, Currito.

El chaval suelta otro comentario que no escucho y me da el pico de una vez.

El chaval se sobrecoge y quema ansioso el canuto mientras nos internamos en la calleja.

Voy andando por detrás.

Después nos detenemos y el chaval se da media vuelta y en lo que queda de noche duermo como un bebé-perro.

Estoy debajo de un fregadero.

El fregadero del señor Navarro.

Estoy debajo del fregadero del señor Navarro porque el fregadero del señor Navarro está totalmente atascado y, cuando su mujer ha puesto la lavadora, aquello ha empezado a inundarse con agua jabonosa y a ratos cuajada y que apesta a vómito.

Estoy aflojando las juntas cuando la materia atascada sale a presión.

En todas direcciones.

De poco ha servido pedir un cubo para colocarlo debajo de la tubería.

Me incorporo y escupo repetidamente.

Levanto la vista.

Durante un segundo, mi mirada confluye con la del señor Navarro.

Una papilla parduzca desciende por mis pómulos y mentón.

Estoy apretando los labios.

El señor Navarro aguanta el estallido en carcajadas de esa forma tan familiar y defectuosa consistente en:

-una especie de pedorreta,

-un carraspeo forzado y

-mirar hacia otro lado.

Recojo mis cosas y me largo sin decir nada y también escupiendo y restregándome la cara con

la mano y la manga.

Compro la *Telva* y el periódico sospechando que esto carece de sentido.

Porque, por ejemplo, mi teléfono móvil ya no tiene batería.

Y también porque, a pesar de que me hayan cortado la luz, no deseo permanecer demasiado tiempo fuera de casa.

Me tomo una infusión en la barra de una cafetería de la calle Antonio Eslava en la que tarde o temprano todos los rostros y ojos convergen sobre mí.

Una y otra vez.

La gente está comiendo platos combinados.

Conversan, ríen.

Crean hacerlo de forma discreta.

Estoy inclinada sobre la barra.

No aparto la vista de mi taza, que se vacía con rapidez.

Pago con calderilla y suelto la chatarra en la barra y esta resuena y los rostros y los ojos convergen nuevamente sobre mí.

Regreso a casa aprisa.

Me tumbo en la cama.

Bajo la persiana de la ventana de mi dormitorio y sello la cortina con cinta americana.

Mis heces huelen realmente mal y tienen una consistencia líquida.

Estoy sentada en el váter, con los pantalones y las bragas por los tobillos, ojeando el periódico sobre mis muslos.

Tengo un lápiz en la mano.

El braco junto a mis pies, tumbado, pendiente de mí.

Menea el rabo cuando le devuelvo la mirada.

He terminado de cagar hace un buen rato y, sin embargo, aquí sigo.

Están a punto de empezármese a dormir las piernas.

Me pregunto también si existe alguna razón para estar sentada en el váter un buen rato después de haber terminado de cagar con el periódico y un lápiz a ras de la sección de anuncios por palabras.

Me bajo los pantalones y las bragas y me siento y enciendo una vela cercana y sospecho que esto carece de sentido porque resulta que hoy en día leer prensa escrita es una pérdida de tiempo y también una causa perdida.

Tengo los pies fríos y ese frío sube y se contagia al resto del cuerpo.

Aprieto el periódico.

Cruje.

Una sacudida.

Están llamando a la puerta.

La golpean.

El cachorro levanta las orejas.

Suelto lo que tengo entre las manos y me limpio a toda prisa y busco unas mangas largas.

La puerta suena de nuevo.

Grito:

Vale.

Repito que ya voy.

Mientras tanto, cojo en brazos al pequeño braco y lo llevo al trastero.

Tiro mendrugos de pan en la fiambarrera de plástico grasiento y encierro al perro.

Susurro:

Aquí callado y bueno.

Aprieto el paso de camino a la puerta.

Me frote la cara y me aparto el pelo con ambas manos y resoplo.

Las manos en el pelo.

Me hablo.

No es esencial aparentar seguridad.

Pero tampoco estaría de más hacer el esfuerzo.

Ya en el recibidor, me freno en seco.

Me pellizco la nariz y sorbo.

Me yergo todo cuanto puedo.

Algo se remueve entre mis hombros y mi bajo vientre.

Llaman por última vez.

De manera insistente.

Abro.

Una sonrisa.

Al otro lado de la puerta está la señora Villegas.

La señora Villegas es una mujer muy cordial, amistosa e indescifrable.

Quizá por lo desconcertante de su conducta y su apariencia anodinas.

También es una mujer excesiva.

Excesivamente impetuosa, excesivamente frívola, excesivamente cargada de bártulos e intenciones.

Y, con todo, de semblante sereno y modales afables.

Tiene algo de tía abuela dándote el aguinaldo.

Siempre viste con leotardos y alpargatas y gruesas faldas de lana y jerséis de cuello de cisne y un abrigo polar que con seguridad es un regalo de algún familiar más joven que ella.

Le echo cincuentaimuchos y su visión me provoca desasosiego.

Siempre viene en coche y el coche siempre lo conduce su marido.

Ahora mismo, la señora Villegas no presenta ninguno de los rasgos habituales en ella.

Incluso va con otra clase de ropa.

Su mirada recoge tristeza y el reflejo de las nubes planas sobre nosotras.

Detrás de sus hombros puedo ver un coche patrulla aparcado sobre la acera de enfrente.

La señora Villegas guarda silencio.

Podría estar preguntándose por qué todavía no he dicho nada y por qué parezco empeñada en mirar a través de ella.

La señora Villegas inclina el rostro con la esperanza de introducirlo en mi campo visual.

Me pregunta:

¿Te encuentras bien, cariño?

Entonces abro mucho los ojos y relajo el cuerpo y me muerdo el labio inferior y, ya con la mirada puesta en la señora Villegas, asiento con ímpetu.

Consigo decir:

Sí, sí.

Me quedo quieta un momento.

Aprieto la boca.

Doblo poco a poco la espalda.

Y pronuncio su nombre, insegura, como si no acabara de reconocer a quien tengo delante:

Señora Villegas...

La señora Villegas encoge las cejas.

Me paso una mano por la sien y me echo el pelo hacia atrás.

Luego me froto esa mano contra la cadera.

Digo:

No la esperaba hoy.

Bajo la vista. La subo enseguida hasta el nivel del tabique nasal de la señora Villegas.

Extiendo el brazo hacia atrás abarcando el interior de la casa.

Vuelvo a bajar la vista.

Pase, pase, por favor.

No, no, guapa, no puedo quedarme.

Asiento una vez más con un ímpetu idéntico al de antes.

Claro, claro...

No nos miramos.

Estamos muy interesadas en el aspecto del suelo.

Calladas.

Hasta que la señora Villegas cambia de postura y coloca la mano en el dintel de la puerta.

Alzo la barbilla y digo:

¿Qué pued...?

Me interrumpe:

El timbre no suena.

Aparto la cara.

Oh, perdona, hija, añade de forma atropellada, dime, dime.

Respondo:

Ya.

Las cejas de la señora Villegas continúan fruncidas.

Estoy señalando el timbre. Diciendo:

Ya, es verdad. No funciona, tengo que arreglarlo.

Ella dice, tajante:

No tienes luz, ¿verdad?

Vacilo.

Niego.

Agacho la cabeza.

Me dice:

Eva, cariño, sé que lo estás pasando mal...

No se preocupe, de verdad, no...

Eva, no puedes seguir así.

Tiene usted razón...

Eva.

Ahora es la señora Villegas quien pronuncia mi nombre.

Lo hace con rudeza.

Por un instante ya no hay ni rastro del candor en la voz que suele caracterizar cualquier enunciado que sale de esa boca enana con apariencia de anacardo.

Levanto la mirada como un cachorro de braco al que acaban de llamar la atención.

Un par de segundos después, la señora Villegas suspira y relaja el tono.

Matices que rayan absurdamente en lo misericordioso cuando me dice:

Te estoy diciendo que no puedes seguir así. *Aquí.* Lo siento, cariño. Mi sobrino va a casarse. Necesita la casa. Va a formar una familia y es mi regalo de boda. Lo entiendes, ¿verdad?

Entiendo que al fin y al cabo la señora Villegas nunca deja de tener algo de tía abuela dándote el aguinaldo.

Quizá me empeño en darle vueltas a ello durante demasiado tiempo.

La señora Villegas empieza a impacientarse.

Prosigue:

Me sabe todo muy mal, cariño, ojalá pudiera darte más tiempo y así solucionabas todas tus, tus cosas...

Se detiene brevemente para recapacitar y retener el aire, y agrega:

Acuérdate de que me debes noviembre y diciembre...

Dice:

Te acuerdas de eso, ¿no?

Me centro en su cara, que ha comenzado a perder todo cuanto hacía de ella una cara y se está transformando en una masa de carne sin atributos faciales.

Una colmena borrosa.

Y me paso la mano por los ojos, que ya están humedeciéndose en exceso.

Y asiento con mayor ímpetu que antes.

Desconozco cómo soy ahora...

Cómo es que soy ahora capaz de articular palabra.

Lo sé, lo sé, señora Villegas... Es solo que...

Sorbo.

Me estrujo los ojos con dos dedos.

Extiendo la mano como sosteniendo un cuenco invisible.

Callo.

Trago saliva.

Lo siento, Eva, de verdad que sí. Pero... Bueno, no sé qué decir... Iba a decirte que así son las cosas, pero no sé...

Niego.

Digo:

Disculpe, ni siquiera... Verá, por favor, la invito a un té...

De nuevo alargo el brazo hacia el recibidor.

Digo:

La invito a un té y así se lo explico, pero no, es que no puedo...

Lo siento, cariño. Mi sobrino necesita este sitio. Ya se lo he dicho a él.

La señora Villegas me atrapa la cabeza.

Me estruja los mofletes.

Posa los labios en mis mofletes y los besa.

La señora Villegas es una mujer muy amable y cariñosa y atareada.

Le quedan más cosas por hacer.

Pero todavía tienes un mes entero para buscarte otro sitio, ¿vale?, me dice a la cara, que tiene aún entre sus manos.

Mi cara se mueve arriba y abajo.

Ánimo, guapa, seguro que lo encuentras en un plis plas.

Me suelta.

No paro de asentir.

La figura de la señora Villegas desaparece en el repentino brillo solar que ahora me deslumbra.

Adiós, ¿vale?, y ánimo.

Ya vendré a finales de mes y te digo cómo está yendo todo.

Agito la mano.

Una sonrisa ridícula en los labios.

Cegada por la niebla hasta que esta se disipa al poco tiempo.

Una aparición funesta.

Me restriego los ojos.

Hay un coche patrulla aparcado en la casa de enfrente.

Doy media vuelta y pego un portazo.

Vista al suelo.

La mano al cuello.

Estrujo.

Un nudo gordiano.

Ya no tengo hogar.

Solo existe un lugar en el mundo que me recuerda mínimamente a eso.

Y, de repente, el Infierno.

Los dedos agarrotados ya se despegan de la nuca.

Los ojos ya cerrados y liberando sal.

Encerrada en mi propio cuerpo.

El peso de la casa sobre mi cuerpo.
El peso de todas las miradas.
Otra vez.
Me meto en una bañera que ya no es mía.
Lleno de agua una bañera que no es mía.
No hay derechos ahora.
Nunca los hubo.
Igual que hace años.
Me digo que acudir al pasado es alimentarse de carroña.
Tantas aves carroñeras.
Picoteando imágenes imborrables en mi cabeza.

*Ven a mi cocina,
usaremos la sopa como gomina.*

Recuerdos atrapados bajo los escombros de sucesivos derrumbes.
Y el espectro de la señora Villegas arrancando el último cascote que faltaba por caer.
Solo yo puedo decidir entre una vida en ruinas y otra en el Infierno primigenio, bajo ese racimo enmohecido de ojos.
El derrumbe me expulsa; el Infierno me da la bienvenida y aprieta el nudo.
Tira de la soga.
Un aire que arde.
Trago lágrimas.
Desplazo la mirada hacia el estuche con mi jeringuilla y mis agujas hipodérmicas y mi cucharita.
Concentro la mirada en las burbujas de la mezcla que bulle.
En mis venas superficiales hinchándose y colmándose.
Mis dedos agarrotados se despegan de la nuca.
Sostienen el estuche.
Estoy en la cocina.
Sin la camiseta de mangas largas.
Deslizo la cremallera.
Me detengo en cuanto oigo al braco encerrado en el trastero.
Un lamento indeciso.
Abro el trastero y el perro se calla y me persigue hasta el cuarto de baño.
Tiro de la cadena.
El ambiente es denso.
Húmedo y enfermo.
El mal olor se ha extendido hacia el pasillo.
Deposito el estuche sobre el lavabo, al lado del vaso mugriento con mi cepillo de dientes extrasuave.
Tiro de la cadena.

Un repiqueteo.

El agua no sale.

Mis excrementos siguen ahí, en el fondo del retrete, mezclándose con el agua estancada.

Tiro varias veces más.

Primero con pausa.

Luego de forma insistente.

Grito pegando la barbilla al pecho.

Flexionando los bíceps.

Es un grito seco y duele.

Me acuerdo de las competiciones.

Mis dedos agarrotados.

El brazo sube el morro y ensancha sus ojos celestes.

Levanto la tapa de la cisterna.

Advierto que ya no contiene agua.

Manipulo el flotador

y la varilla

y la palanca propulsora

y la pera

y la válvula de entrada

y el brazo guía

y el tubo de salida.

Inspecciono la llave de paso.

Murmuro.

Me llevo una mano a la cabeza.

Me echo el pelo húmedo hacia atrás.

Miro al techo.

Una especie de súplica.

Vuelvo a tirar varias veces más de la cadena y la cisterna no se llena de agua por mucho que accione la manija.

Por mucho que la maldiga.

Bajo la palanca repetidamente y esta resuena.

El ruido de la palanca es insoportable.

Por mucho que la accione, no sucede nada.

Jamás sucederá nada.

Tu cuerpo no es nada frente a un muro de hormigón.

Entonces agarro la tapa de la cisterna.

La levanto por encima de la cabeza.

Algo chasquea en lo profundo de la base del cuello y se deshilacha y aprieto mucho la mandíbula y chilló con furia cuando estrello la pieza de porcelana contra el suelo.

El estruendo retumba por la casa.

Me sostengo la cabeza.

Los fragmentos de porcelana se propagan como una nebulosa a mis pies.
Se deslizan desde mis pies hasta el pasillo.

Un tintineo.

Huele fatal.

El cachorro de braco da un respingo y huye del cuarto de baño cuando las esquirlas de porcelana salen disparadas en múltiples trayectorias.

Me agacho frente al perrillo.

Lo acaricio por detrás de las orejas que cuelgan apuntando hacia abajo.

Digo:

Lo siento.

El perrillo me acompaña de vuelta al cuarto de baño.

Sorteamos la constelación sinterizada en las baldosas.

El braco me mira mientras me meto el pico y me meto en la bañera.

Los surcos de agua descendiéndome por el contorno de la cara.

Nos adormecemos al instante.

Horas después, guardo ropa en una maleta con ruedas.

De camino a la estación de autobuses arranco uno de los numerosos carteles de «Perro Perdido» hechos con folios que empapelan la calle Conde de Barcelona, la cuesta de José Payán Garrido y la Avenida 28 de febrero.

Leo con atención.

Llego al final del texto.

Por lo visto, al perro perdido todavía no se le había puesto el chip.

El cartel habla del perro en pasado.

Tengo la cara y las manos enrojecidas.

Entumecidas.

No soy del todo capaz de sentirlas.

No soy del todo capaz de sentir odio o rabia o amargura.

Todavía no.

Quizá debido al frío.

Las 19:42.

Bajo la mirada hacia la cabeza del bebé-perro.

El morro apenas asoma de la toalla enrollada que cargo en mi brazo.

Le digo:

Pues voy a tener que ponerte un chip de esos.

Luego hago una bola con el folio y la arrojo a un charco.

SEGUNDA PARTE

Hay, en la ventana del autobús, una pegatina de «Prohibido Fumar» que vibra, se comba, apunta hacia el interior, hacia mí, como si el cristal estuviera a punto de estallar.

Imagino: más cortes, más cicatrices, estas más visibles que las anteriores. Puede que eso sea lo que de veras me haga falta para dejar bien claras las cosas. Franqueza. Imagino que con ella todo cambiaría, no sé si a mejor, desde luego a peor es complicado; sin embargo, es preciso comprobarlo, tan solo necesito otro de esos zarandeos con los que el cristal tiembla y atruena, y sobre él el martillito ese para romperlo en caso de emergencia, y me pregunto qué constituye una emergencia y si en tales casos un martillito como ese sería útil y me digo: No, qué va.

Y me digo: Tan solo hace falta más presión para que mi cara se venga de nuevo abajo, una (otra) sacudida, un rebrinco y un petardeo.

¿De qué era prehistórica han sacado este puto autobús?

El autobús nos menea, nos mece y nos acuna, a mí y a mi bebé-perro, espatarrados (no por ello cómodos) en la última fila de asientos, tan solos, tan repanchingados, y al rato en forma de ovillo, cubiertos por cortinas de felpa preñadas de polvo, tan adormecidos, las cabezas a ambos lados, cayéndose, recostándose en direcciones opuestas aunque apenas puedo saberlo, la cabeza me pesa, embotada, más bruma en el contorno visual y arena en la boca, ojos y manos doloridas, el cambio brusco del viento frío a la atmósfera opresiva del autobús, el paisaje líquido que se expande por los límites de la ventana, donde se curva, abombándose, y donde se dilata y ondula con el bochorno que huele a sudor, tan vibrante, hasta desaparecer en un granulado blanco que se me mete en los ojos y me obliga a cerrarlos.

Los ojos me escuecen y me lloran y no es mi culpa, tan soñolienta y sin embargo tan alerta, la mano enroscada en el asa de la mochila que me sirve de modo defectuoso como cojín. Estoy ahí clavada, las espinas de mi espalda tiasas como picas, estoy alerta, erizada, igual que los lagartos con sus púas dorsales, pero las mías las llevo dentro, en las vértebras, y se proyectan hacia fuera y entonces me atraviesan la espalda, me atornillan a la última fila de asientos y la postura es siempre la misma, riego sanguíneo deficiente y el mismo paisaje durante todo el trayecto, y no me quejo porque mientras estoy despierta trato de descifrarlo, porque ya no reconozco el campo al otro lado del cristal que se está rajando con el traqueteo, o tal vez sí, poco a poco, conforme el bicho prehistórico que nos transporta y que muge de dolor por sus articulaciones desgastadas recorta kilómetros con nuestro destino.

Y me repito que más me vale reconocer tarde o temprano ese paisaje porque ahí tendrá lugar todo lo que viene, tuvo y tendrá lugar, quiero decir, si no precisamente en ese paisaje de ahí, en uno muy parecido, o quizá en el de una foto, en el de un álbum de fotos de reportajes bélicos,

porque es una *guerra*, así llaman a esto, y preciso: una guerra *sin fin*; a veces pienso que esto es correcto porque siempre estoy sola y sin embargo siempre (para siempre) tan rodeada de murmullos y de comentarios, de ojos fijos y de oídos bien afinados, y luego de bocas que parlotean sin cesar, capitaneadas por lenguas construidas con alfileres, y todas opinan, todas utilizan el símil bélico y dicen que es una guerra, dicen que mi cuerpo es el campo de batalla, y puede que tengan razón, pero ninguna menciona nunca mi cabeza, que quizá se lleve la peor parte, porque si mi cuerpo es el campo de batalla, entonces mi cabeza es la retaguardia, la que sufre de veras el desgaste, donde tienen lugar los interrogatorios, las torturas, los trabajos forzados en centros de reeducación, los bombardeos a medianoche. Eso lo sé bien, poseo nervios y siento el impulso, ese mensaje al que llamamos dolor y este me proporciona la información que necesito, otra cosa es que preste atención, que ponga verdaderamente de mi parte.

Pero de vez en cuando lo hago, para bien o para mal lo hago, y este es el motivo de que recuerde demasiado a menudo que he participado en luchas y, por tanto, sufrido derrotas, soportado desprecios y presenciado el absurdo, y seguramente en circunstancias de lo más variopinto, pero existe una constante, y es aquello que permanece. En mi caso siempre serán las voces y los sonidos, un rumor como de maracas: de vuelta a casa mi trastorno por estrés postraumático arrastrará el chaca-chaca de un sonajero, eso digo y no bromeo: escucho toda la metralla que contiene mi cuerpo, tan lleno de metal que hasta puedo saborearlo y olérmelo en la boca al levantarme por las mañanas, y siento cómo también se levantan mis esquiras de metal, ahí están, tiasas como picas, siento cómo atraviesan mi espalda y mi nuca y mis hombros igual que las espinas afiladas de los lagartos cuando no puedo permitirme ni siquiera ahora, todavía, un mísero segundo de paz, cuando pienso en ello, con más frecuencia de la que desearía, y digo: Lo que sea que reptas por el hueco de mis tripas, abriéndose paso a mordiscos mientras se alimenta de óxido y de fragmentos de munición, tiene comida asegurada para mil vidas. Siento cómo remueve las entrañas duras, puntiagudas, cómo abre la piel, entrando y saliendo a la fuerza y triturando y dejando detrás las cicatrices y las heridas mal cerradas. Cómo el sudor se vierte por los agujeros recientes y los más antiguos, los de los impactos de bala en la coraza, empapándome la sudadera con la que creo que pasaré desapercibida a mi llegada. Sí, creo reconocerlo: estoy viajando de vuelta al frente, cuerpo y mente una sola trinchera cavada y luego cosida a verdugones con forma de gusanos de seda, enterrando esquiras y obuses y casquillos que quedan sepultados, atrapados, *enquistados*, que se abren paso ansiando volver a la superficie para cogerme por el cuello y hacerme ver y hacerme recordar, y lo sé, lo comprendo, el dolor me proporciona la información necesaria, por eso temo que mi piel no sea la armadura antibalas que la mayoría se empeña en equipar para contener la avalancha de dentro y repeler los proyectiles de fuera.

Y, pese a todo, el campo al otro lado del cristal que se resquebraja está perdiendo la forma, se disipa, se está borrando frente a mis ojos inyectados. No tiene importancia: también es una vuelta a las viejas costumbres, que calan igual que esa niebla de ahí.

TERCERA PARTE

Tiene gracia: qué estupidez, observar una ventana. No a través de ella —a lo que hay al otro lado— sino *a ella*. A lo que sea que la conforma, que tiene o que es. Uno de tantos recursos narrativos. Hace tiempo que no mira esa ventana. Quizá nunca lo haya hecho. No del modo en que lo hace ahora. Me refiero a Eva. Y a la ventana de su dormitorio de niña, donde duerme y juega de niña y estudia de adolescente y que supongo que de vez en cuando se le viene a la mente ya de adulta. ¿Acaso se ha parado alguna vez a fijarse en ella? Lo dudo. Como acaso tampoco se haya parado nunca a fijarse en el resto de insignificancias que durante tanto tiempo la han rodeado y que ha estado dando por sentadas. Día tras día aquí dentro. Hoy es 26 de enero. Ya hace casi un año, ¿no es así? El aspecto demacrado de la madre de Eva es alarmante. No, no tengo hambre, dice Eva. Piensa: Incluso si la tuviera, no te lo diría. Las tripas de Eva se retuercen y tiemblan. La ventana en cuestión es una de esas en las que la pintura se descascarilla y se desprende en hojuelas de la madera y que se abre deslizándose hacia arriba mediante un asa de hierro en la parte inferior. También hay un gancho para bloquearla cuando está cerrada. Es una de esas ventanas que se instalan porque los inviernos tienden (tendían) a ser crudos. Es preciso, sin embargo, que quede un poco abierta: el ambiente de dentro —la habitación de Eva— sofoca. El radiador lo inflama. De manera que en la ventana siempre hay un hueco por el que pasa el aire helado, un hueco que ahora es del tamaño del grosor de una Biblia de tapas de goma azules —gruesa e infantil— con letras enormes. La mitad que sobresale afuera está escarchándose. Fuera hay un paisaje escarchado donde Eva tiene una foto con doce años y las pintas del muñeco de Michelin solo que de morado y con gorro de lana y unas gafas que parecen para bucear y los brazos extendidos igual que si estuviera clavada en una cruz invisible. Aunque en tal caso quizá mucho más sonriente. Ya cerca del aire del dormitorio, los cristales de la ventana se empañan y los cristales de hielo se derriten entre el hueco abierto y el alféizar y empapan las siete colillas de Nobel aplastadas sobre este. Eva mira afuera. Hacia una cuesta por la que discurren regatos de agua fría y que ahora está ocupada por sillas de madera plegadas, palés, apoyos de acero ajustables para andamios, abrazaderas, metros de malla de seguridad amontonados sobre el muro de ladrillo fungoso del almacén a oscuras y una furgoneta —posiblemente Citroën— mal aparcada y nada más. Aquí nunca habrá nada. Conque vamos, coge y sube y fúmate otro Nobel. Lleva los ojos más allá del callejón del antiguo almacén de aceite. Detenlos sobre la superficie inabarcable del embalse y siéntete sumergiéndote en él. En las profundidades de algo que siempre has tenido delante e ignoras. Y mientras tanto Jesús seguirá siendo el de aquel entonces. Con sus botas de fútbol hasta arriba de barro y aquellos vinilos de Camarón y AC/DC de la tienda de electrodomésticos de Eladio Hermida. Con el envoltorio de plástico fino y el papel sulfurizado y las letras sobre la

mesa y sentándose delante de ellas y abriendo a su lado el diccionario de inglés para ponerse a traducir sin estar muy seguro de lo que hace o de qué modo, quién sabe si porque como cualquier otro postadolescente se presume capaz de encontrarle explicaciones y soluciones y poesía y significado a cuanto ve y siente y piensa a través de la letra de las canciones que escucha con atención. Y en ese momento —cuando estés casi acabándotelo— tira el Nobel a una maceta con agua y colillas deshechas y entra en el lavadero y traslada la ropa sucia del cesto al tambor de la lavadora y echa un montón de suavizante —pásate de la raya— y activa el modo Eco/Exprés y escucha el traqueteo y el desaguar jaleoso igual que los cacharros de la cocina cayendo desde la encimera y también desde las manos de tu madre. Porque semejante estrépito desde luego no puede provocarlo nadie salvo ella. Calamitosa. Eso podría estar susurrándose Eva. En alusión a su madre. Una calamidad. La madre de Eva es una excelente costurera. Deja de coser cuando empiezan los achaques y (en especial) a aumentar las dioptrías. La madre de Eva se conforma con consumirse encadenando cigarros y programas del corazón y saliendo ocasionalmente a pasear y describiéndose a sí misma aquello que le resulta chocante (empleando esa misma palabra: *chocante*) y retransmitiendo en voz alta y a ningún receptor en concreto todo aquello que realiza por rutina o que debe realizar puntualmente a consecuencia de cierto fenómeno inesperado. No hay ningún receptor en concreto porque la madre de Eva se ha pasado los últimos diez años sola. La madre de Eva está en su sofá desecándose y fumando y viendo (quizá oyendo) cómo se infla la carótida de Mila Ximénez cuando Eva llama a la puerta de su casa diez años después. La madre de Eva no sabe que han sido en concreto diez años. Eva sí: ha hecho un cálculo rápido en el autobús —a la altura del peaje. La madre de Eva le pregunta a Eva por eso que lleva en brazos. Dile: ¿Es que no lo ves? Pues un perro. Eva se encoge de hombros y le pregunta si no le gusta. Eva se alarma por el aspecto demacrado de su madre. La madre de Eva abre la puerta. Al ver ahí plantada a su hija, un escalón por debajo de ella —la casa de los padres de Eva se encuentra un escalón por encima de la calle—, le resulta imposible ocultar una mueca de pasmo acompañada de ese típico gesto que denota extrañeza consistente en desplazar la nuca hacia atrás mientras se exterioriza dicha mueca. Eva opina que su madre es una mujer dada a la sobreactuación y que esta característica —como cualquier otra incluida en su personalidad— va desarrollándose en exceso con la edad. La madre de Eva ha dejado el cigarro en el cenicero gigante recuerdo de Ronda para ir a abrir la puerta. Al fin recupera la movilidad en manos y boca. ¿Cómo es que te han dejado llevar al perro en el autobús? Eva está mirando hacia arriba. Acuna al cachorro de braco. A su lado hay una maleta con ruedas. Eva no quiere permanecer más tiempo ahí parada, en la calle, con la maleta y el cachorro de braco y mirando hacia arriba a su madre en la puerta. Pasa, anda, pasa. Me dejarás que me quede unos días, ¿no? ¿En qué lío estás ahora? Eva tampoco quiere discutir. ¿No te gusta el perro o qué? Es muy cariñoso, dice. Me ha estado haciendo compañía. Eva sonríe y su madre tal vez se impresione con ello. Es difícil saberlo: podría estar disimulándolo muy bien. Se diría que es experta en ese tipo de cosas. ¿Has venido en autobús? Espera. Ahora, al entrar en la casa de tus padres, detente. Solo un segundo. Huele a leña y a algo parecido a resina o barniz o laca y a polvo y tabaco y cenizas. Un aire viciado —mórbido. Las habitaciones de un hospital. Piénsalo, adelante: nunca has visto esto así. Jamás. Pregunta (refiriéndote al perrillo): ¿Puedo dejarlo en el suelo? El cachorro de braco está inquieto. Se remueve en la toalla. Échalo al suelo, Eva. La madre de Eva sube los hombros. Eva responde: El chófer o ni se ha dado cuenta o es que le ha dado igual. Sonríe de nuevo. Esta sonrisa incluye agitación en el ánimo. Las dos mujeres se sientan en el sofá y la madre de Eva apura el cigarro y lo espachurra en el cenicero gigante recuerdo de Ronda. Eva alcanza entonces el mando y le baja el volumen a los gritos de Mila

Ximénez. La mesa del salón es más grande de lo que Eva recuerda y está llena de platos sucios, vasos sucios, bolsas de patatas fritas, botellas de plástico de agua y zumo vacías, facturas, estuches, tazas, prospectos, pinzas para la ropa, pinzas para el pelo, cables, revistas del corazón, libros de crucigramas y de sopas de letras, bolsas de la compra, cordones, alhajas, envoltorios de sobaos o minicruasanes o mininapolitanas o lo que sea, envoltorios de chokolatinas, fundas de gafas, migajas y mendrugos de pan duro, fotos, folletos, bolígrafos, tiques de lotería, trapos de cocina, servilletas usadas, papeles arrancados y garabateados, tubos de crema, monederos, cubiertos, unas tijeras, tiritas, pilas, llaveros, mecheros, paquetes de clínex, clínex usados, tabletas de comprimidos vacías, cajetillas de tabaco vacías, calderilla. Ponle la mano a tu madre en la pierna y regálale otra sonrisa amable, Eva, aunque sea extraño y aunque vuelva a sorprenderse. Dile: ¿Qué tal estás? Te va a mirar recelosa, es de esperar; te va a preguntar por qué y tú vas a decir: Por nada. Por saberlo. Y ella dirá: Bien, bien. Y quizá añada: Aquí, a mis cosas. Estas cosas no suelen ser grandes cosas. Aunque Eva piensa que tal vez ahora que el carnaval está al caer es posible que su madre se anime a salir y —quién sabe— divertirse. Sabe que esta palabra es casi desconocida para ella, y que probablemente solo pise la calle para hacer la compra y para coger el autobús siempre y cuando le dé por ir a visitar a la tía Viki y no sea esta la que venga a echar un vistazo. El cielo continúa exhibiendo esa consistencia sólida y uniforme. Pregúntale a tu madre si le apetece una infusión. El brillo opaco del agua que chorrea de una bayeta al escurrirla. ¿Tienes té rojo? Yo prefiero las infusiones al café. Di: Mamá, te preparo un té rojo. La madre de Eva dice: Pero si no hay de eso, Eva, ¿qué vas a preparar? Dile: Bueno, pues tendremos que comprar un poco, ¿no? El café me pone nerviosa. No sé si te acuerdas. Eva no recuerda que casi todos los materiales para la celebración del carnaval se guardan —los están guardando— a salvo de la intemperie dentro del antiguo almacén de aceite que ahora no tiene luces. El antiguo almacén de aceite está al otro lado del callejón. Donde solía aparcar su padre. Era una furgoneta Citroën. Ahora solo es un lugar en el que amontonar basura. Los materiales para la celebración del carnaval han estado reutilizándose y guardándose (y por tanto pudriéndose) bajo ese techo abotargado durante tantos años que ya tienen más en común con el moho a su alrededor que con adornos y armazones. Es curioso observarlos también ensamblándose y disponiéndose, bien ordenados, con cierta estética, de una manera armónica en tanto que repetida desde siempre —jamás se los ha visto en otra circunstancia, solo montados en ese lugar preestablecido (decretado) que es la plaza del Ayuntamiento, envueltos en ese aura despreocupada de día festivo—, para que así la gente no pueda ser muy consciente de ello, de esa naturaleza malograda suya, como si la fiesta los maquillara con los polvos de feromonas de Hiedra Venenosa. Sin embargo, la escarcha pronto se derrite. También sobre ellos. Acaban muy mojados y muestran su verdadera cara. Solo que ya no hay nadie para verlos a excepción de Eva y de quienes por enésima vez los encierran hasta el año que viene. En la cuesta, los regatos de agua comienzan a disgregarse. Hay dos hombres y un chico joven abriendo la puerta del antiguo almacén que enseguida se disponen a meter sillas de madera plegadas, tablones, caballetes, abrazaderas, palés, apoyos de acero ajustables para andamios... Acribillados, ruinosos. De vez en cuando, los hombres y el chico se paran a fumar. En la oscuridad del interior del almacén se vislumbran las motitas naranjas y luminosas de las que despegan frágiles hebras de humo. La lluvia golpetea en la calle y en la chapa y el vidrio de los coches de los hombres que han llegado y han estacionado donde solía hacerlo el padre de Eva. Los hombres se están calando. El aspecto enladrillado color té del almacén presenta el aire antediluviano e industrial de cualquier cervecería victoriana tipo *tower brewerie* que contrasta muchísimo con el resto de la calle Valle

de las Rosas, formada a partir de dos muros altos revestidos de cal con puertas y contraventanas cada pocos metros. También contrasta con un cartel de colocación reciente y muy colorido que durante dos semanas ha anunciado las festividades. Eva desea detenerse frente a él la primera vez que repara en lo que dice, pero no se atreve a hacerlo. Lee (entre otras) las palabras *Tapeíte* y *Varieté*. Hace tiempo que las esquinas del almacén han dejado de tener el color rojizo del té; a este lo ha sustituido el negro; tal vez por eso desentona con el cartel, que combina de modo discordante el verde, el rosa y el amarillo. Dibujos de antifaces, guirnaldas, papelillos y matasuegras. Los vértices de los muros de ladrillo con la acera parecen estar cubiertos de aceite cuajado. El agua patina sobre su superficie como en una sartén. Las motas naranjas brillan. Papá intenta resguardarse bajo la casapuerta mientras apura el sexagésimo cuarto Winston americano del día. Ni siquiera ha decidido ponerse un jersey. Saluda a otros hombres que fuman e intentan permanecer a resguardo en sus respectivas casapuestas. Más de una vez estalla y grita que esta es su puta casa y que no va a mojarse ni morir de frío y que va a fumar dentro de su puñetera casa (que ya bastante tiene con que ni siquiera se pueda fumar dentro del bar de la cooperativa) porque para eso esta es mi puñetera casa y la pagué yo. Esto último —todos lo saben, incluyendo Eva— es pura retórica. La casa es propiedad de los abuelos maternos de Eva, quienes se la ceden a la madre de Eva cuando esta se casa y queda embarazada. Veinte años después de eso, la tía Viki revela un paquete grande de papel cuché azul: Eva desenvuelve una cesta con trapos de cocina. Dicen: Para el ajuar, y sonríen. Están convencidos (sus tíos y sus padres) de que a Eva le falta poco para casarse. No te falta poco para nada. Si no quieres, no debes. Tan solo dile hola a la tía Viki, anda. Ya está. Lo normal en estos casos, lo respetuoso. Ahora la tía Viki viene sola. No le sorprende lo más mínimo que Eva esté en casa. Excusa a su marido con cualquier frase insustancial que equivaldría a: «Prefiere quedarse en el salón de casa pasándose las horas muertas delante de 13TV antes que venir a un lugar como este». La tía Viki llega con dulces de la Hortensia. Están buenísimos. Especialmente el bizcocho con pepitas de chocolate, esponjoso y compacto al mismo tiempo, con perfume a limón, fresquito en el centro. Eva hace café —«A pesar de que el café me pone nerviosa»— mientras la madre de Eva y la tía Viki hablan en el salón en voz baja. Luego ya no tanto. Cuando Eva dispone las tazas y sirve el café y la leche y se sienta con ellas a la mesa camilla a remover con la cucharilla y comer bizcocho. La madre de Eva —vete a saber por qué— dice que hace tiempo que esto no pasaba. ¿El qué? Se refiere a la merienda, a esto, de esta manera, con Eva, en su casa. Se acuerda de su marido y lo menciona. Hazlo tú también. Deja de pensar en los motivos por los que no convendría hacerlo. Julio Romero se levantaba a las cinco de la mañana, siempre antes del amanecer, fuese la estación que fuese. Se fumaba tres paquetes al día. Conducía su furgoneta Citroën. Desayunaba tostadas con zurrapa. Le encantaba ir a pasar el día a la granja y beber mistela y moscatel en las partidas de dominó del bar de la cooperativa y freír chicharrones y luego elaborar zurrapa con pimentón y la grasa resultante. Se sentaba a la mesa de la casa de su suegro a ver la tele con él, y también a fumar y a tomarse un par de vasos de manzanilla y a comer pistachos de una bolsa del eco. Rápidamente empezó a repetirse otro de sus pasatiempos preferidos: acudir a sepelios. Julio Romero almuerza con avidez, expulsa gases con entusiasmo, sale a la casapuerta a fumar, entra, se dirige a su dormitorio, duerme una hora, se va al bar de la cooperativa a echarse un café y un vino y la partida y está en la entrada de la iglesia cuando doblan las campanas y los hombres ponen un pie fuera con el féretro al hombro y lo introducen en el coche fúnebre. No falta mucho para que quien se encuentre dentro de la caja de pino sea el propio Julio Romero. El día ya está al caer. De un momento a otro. La marcha lánguida y cabizbaja hacia el cementerio. Varios transeúntes (vecinos)

se unen al cortejo y se aproximan a Eva y a la madre de Eva y les dan el pésame, de seguido dejan prácticamente de caminar y se retrasan y retoman el recorrido a paso lento y charlando por lo bajo. Pronto, lo que hay en la cola de la procesión es un avispero, una nube de zumbidos que pone enfermas a Eva y a su madre. Julio Romero se lamenta de que los entierros estén proliferando tanto. Sosteniendo (apretando) su gorra con ambas manos y mascando saliva espesa de cubata de DYC y calima veraniega. Cada día que llega a casa desde la granja, con él también llega alguna noticia del vecindario que habla del fallecimiento de este o aquel y de a qué hora será el entierro. Casi siempre las muertes se deben a que hace muchísimo frío o muchísimo calor. A que alguien se ahoga en el embalse. A que alguien se suicida en su dormitorio o en su cuarto de baño o en su puesto de trabajo. A ataques súbitos al corazón, cáncer, disgustos, etcétera. La madre de Eva dice: Hay que ver... Julio Romero dice: Es que es uno detrás de otro... Julio Romero deja a su mujer en casa y coge la calle para apostar al dominó y el cafelito de las cinco y la copita de después y las últimas actualizaciones sobre a quién le ha llegado esta vez el turno de irse a criar malvas. La respuesta, más temprano que tarde, será él. Asegurado el premio como está en la ruleta rusa. Al abuelo de Eva se le saltan las lágrimas con la visión de Eva y la madre de Eva contemplando cómo un albañil con la raja del culo al aire emplasta el hueco de entrada del nicho donde se ha encajado el féretro con los restos de Julio Romero. La tierra emite un calor asfixiante. Julio Romero está fumando y sudando; está conduciendo su tractor en el instante en que siente una especie de pisotón de caballo percherón en lo profundo del pecho y una ola de frío crudo desde dentro aunque su piel arde y también una aterradora falta de aliento, y se baja del tractor y se tambalea y entelerido se arrodilla sobre los surcos de tierra y se desploma de costado, mascullando. Sus labios tiritan y hay agua derramándose de sus ojos tristes. A veces su mujer y él ven hasta tarde programas de televisión donde aparecen individuos con peinados infames, la totalidad de la cabellera desplazada a un lado de la cabeza como la concha de un caracol marino, y niñas con las tetas infladas y duras y fuera del vestido, y él dice: La madre que los parió... El abuelo de Eva se lo huele a kilómetros, dan las dos y media largas y llama a la puerta de la casa de la infancia de Eva y pregunta: ¿Ha llegado ya Julio o qué? Dos horas más tarde, la madre de Eva está de los nervios y Eva avisa a Jesús y este los lleva en su coche hasta la granja de la familia y la madre de Eva chilla al distinguir el cuerpo de su marido sobre la tierra, de costado y con un brazo extendido y otro pegado al pecho, y un gato gris sentado encima del hombro y olisqueándole nariz y boca que se esfuma con un brinco cuando Eva se abalanza sobre su padre y lo llama como si existiera la posibilidad de que oyéndola pudiera reconocer el camino de regreso. Durante el funeral —la misa—, Jesús Agüero agarra la mano de Eva y Eva agarra la mano de su madre y su madre agarra la mano del abuelo de Eva y así todos crean, sin ser conscientes de ello (y de forma un tanto ridícula), una cadena humana que recuerda a campamentos juveniles y a clases de educación física. Marga es una de las primeras en acercarse para abrazar a Eva. Jesús Agüero clava su mirada en Marga sin importarle incomodarla. No oigas lo que Marga acaba de decirte, tan solo respóndele: Gracias. Y asiente. Suelta las manos que estás agarrando como el borde de una azotea con apariencia de búnker y toma el pañuelo del bolsillo y sécate las ojeras y suénate la nariz con delicadeza y sonrío como puedas después de mirar a Marga y sentir vergüenza. Ella también te mira. No dejes de sentir vergüenza de tu cuerpo maltrecho y apocado y de la aflicción que almacena con semejante capacidad. No dejes de sentir la infundada sumisión que te imponen los ojos que convergen en tu cuerpo. Y siente también (al mismo tiempo) el consuelo que se origina en la idea de que existen deseos que acaban destruyéndonos aunque sea por omisión. Estate segura de que este (Omisión) es un sustantivo perfecto entre los que elegir si

se pretendiera definir a tu familia y las vidas y ojos húmedos, los racimos de ojos de aves carroñeras, de este lugar. Estremécete al reparar en el vecino del final de la calle, ese niño grande con cara de pajillero y barriga inflada, propietario de una especie de águila perdicera o cualquier otra ave rapaz parecida que sobrevuela en círculos las azoteas de tu calle y que retorna al guante de cetrería de su amo y a la alcándara. Estremécete con la sonrisa del niño-hombre pajillero y con la sonrisa sombría del ave de presa que se dedica a cazar y a comerse las palomas de la calle y de las cornisas cuando el niño-hombre la suelta. Coméntaselo a la tía Viki y a tu madre — simplemente comparte tu preocupación en torno a la sospecha de que lo más probable es que el niño grande no tenga permiso para criar a un bicho así en su azotea; en torno a la sospecha de que los padres del niño grande hayan decidido regalarle una especie de águila perdicera para que los deje en paz y para que la suelte por la calle a caer en picado sobre las palomas— mientras mojas el pedazo de bizcocho en café. La tía Viki dice: ¡No me digas! Tal vez añada que eso es un peligro antes de continuar conversando con la madre de Eva sobre alguien del pueblo o sobre la hija o la hermana de alguien del pueblo. Un día después del funeral del padre de Eva, Jesús Agüero está sentado en el asiento del conductor de su coche junto a Eva y lanzando alaridos (que se ahuecan y se atenúan como desde dentro de una pecera a causa de las ventanillas cerradas) porque Eva le ha dicho que la noche anterior Marga la persuade para beberse varios cubatas en el Lamela y que por eso llega a su casa a las cuatro de la madrugada. Jesús Agüero pregunta que por qué. Por qué tan tarde. Jesús Agüero le hace preguntas a Eva sin mirarla a la cara. Aprieta los puños en torno al volante. Le pregunta si de verdad solo fueron cubatas. Si no hubo nadie más. El coche está aparcado en pendiente —en el cerro. Eva se baja aprisa y llora furiosa en el descenso hacia el bosque junto al embalse y acto seguido Jesús Agüero sale y la sigue hasta el bosque y al rato Eva también lanza alaridos. Eva dice: ¡Ya está bien, joder!, cuando Jesús Agüero la engancha y se pega a su cuerpo y se frota contra él y lo manosea y lo chupa y lo muerde. Jesús Agüero le dice a Eva que no puede seguir así. Que tiene que ser más responsable, más decente. Y que ni se le ocurra dejarlo. Le dice que se matará si lo hace y suena a burda mentira. Suena a que no está refiriéndose realmente a sí mismo. Ven aquí. Jesús Agüero atrapa la cara de Eva y le pregunta si lo está escuchando. Pues a ver si así te queda claro, le dice. Le dice: Aquí conmigo. Aquí conmigo. Lo repite varias veces (lo gruñe varias veces) mientras intenta quitarle la ropa. Esa noche, Eva se duerme pensando en Marga y también sueña con ella. La ve siendo acechada y de un momento a otro desollada, como apartada hacia las sombras y al mismo tiempo bailando y, en un pestañeo —un paso de baile, un movimiento, un zarpazo—, ¡zas!, sin piel. Eva aprieta el paso. Lloro de furia. De vuelta al coche de Jesús Agüero está cataléptica, muda. En un estupor. Como dormida con los ojos abiertos. Al fin despierta y no consigue distinguir en la oscuridad el lugar en que duerme. No reconoce dónde se encuentra hasta bien pasado el tiempo. Su cuello a punto de romperse elevándose y de repente cediendo por encima de la almohada. El cielo mantiene esa consistencia sólida y uniforme. El gris parduzco y de algún modo reluciente del agua que chorrea de una bayeta al escurrirla. De los restos de café que se pierden en el fregadero después de la merienda. Eva dice que prefiere las infusiones. El café me pone nerviosa. Mamá, te preparo un té rojo. Pero si no hay de eso, grita la madre de Eva desde el salón. Bueno, pues tendremos que comprar un poco, ¿no? La madre de Eva extiende la parte superior de la manta sobre la cama de Eva. Es una manta que la madre de Eva empieza a tejer cuando Eva no tiene ni cinco años. Parece estar compuesta de parches de crochet y retales cosidos entre sí. Sí, *almazuela*. Palabras que tu madre te enseña y que nunca usarás pero que recordarás amargamente en los momentos más inoportunos. Eva agarra la manta hecha a mano y la mete en una bolsa y la lleva al hospital para

tapar a su madre, que siempre tiene frío aunque no lo haga. En los últimos meses, Eva ha tenido que visitar ese hospital muchas más veces de las que desearía. Su abuelo sufre un derrame en plena madrugada y nadie se entera hasta las nueve de la mañana siguiente. Unos días después, el médico le dice a la madre de Eva que, dadas las circunstancias, solo pueden proporcionar cuidados paliativos. Habla de facilitar el *tránsito*. Quiere decir que el hospital necesita la cama para pacientes más importantes. Salvables. Eva cree que nunca ha visto llorar tanto a su madre. Durante el funeral, sin embargo, conserva un semblante mucho más sereno. En paz. Como ahora, solo que en esta ocasión es cosa de los fármacos intravenosos. A veces Eva se dirige al hospital en autobús y otras es el marido de la tía Viki quien le hace el favor acercándola en coche. Insiste demasiado y muy a menudo. Eva extiende la parte inferior de la manta sobre la cama (los pies helados) de su madre. Es una cama de hospital. Eva pasa las noches en la habitación que le han asignado a su madre en el hospital. La 344. En el trayecto en autobús o en el coche del marido de la tía Viki —en inexorable silencio o a lo sumo con esporádicos y vanos intercambios de frases cortas—, Eva aguanta más ganas de llorar y de estallar y aprieta la mandíbula rozando el bruxismo mientras percibe la fricción de las fibras aprisionadas en su cuello. Los rayos solares emergen del horizonte como cuchillas relucientes que se diluyen en una especie de bruma. No es una imagen tranquilizadora ni bella. Pero es la habitual durante las horas en que Eva regresa a su casa de la infancia para ducharse y reabastecerse de Red Bull, yogures y tabaco y para experimentar un breve y seco choque de nostalgia cuyos efectos se asemejan de algún modo a los de una patada frontal directa al abdomen. Dos horas máximo (eso se propone). Entonces la tía Viki se queda acompañando a la madre de Eva en la habitación 344. Como suele decirse: le da charla. A pesar de que con toda probabilidad la madre de Eva no la escuche. En el hospital, fuera del pueblo, a quince kilómetros de la casa de la infancia de Eva. El marido de la tía Viki espera en la cafetería de la calle Larga mientras Eva se automedica y se ducha y luego se pone ropa limpia y mete lo necesario en una bolsa. El marido de la tía Viki está solo en la barra mientras el resto de la clientela chacharea en las mesas y en la terraza. El marido de la tía Viki no separa la mirada de su cortado. Esa mirada pusilánime y a la vez despreciativa ensamblada a la cara. Acostumbra a darle a Eva unos cuarenta y cinco minutos. A veces Eva tarda menos y va a buscarlo a la cafetería y en esos casos toda la clientela menos el marido de la tía Viki se vuelve para mirarla y Eva se acerca a la barra y le dice al marido de la tía Viki que nos vamos. Eva abre el frigorífico de la casa de su madre. Después de un rato buscando por los armarios logra localizar el cartón de leche semidesnatada. Es de esos que hay que abrir con unas tijeras para el pescado o una navaja o un cuchillo de sierra. Sin abrefácil. Una de las aristas está deformada. Arrugada y hundida. Las paredes interiores del frigorífico desprenden un hedor punzante. Es debido, sin duda, a cualquiera de esas fiambreras que contendrá algún guiso de hace semanas. Una salsa a base de vino blanco y ajo. *Delicioso*. Eva vierte leche en un cuenco en el suelo y el braco bebe. Chasquea la lengua. Recuerda el traqueteo de la lavadora. Recuerda el traqueteo y el desaguar atronador y el estrépito de los cacharros de la cocina contra el suelo de la cocina. La reacción inmediata es (por una fracción de segundo): Qué calamidad de mujer... Y cuando cae la tarde en uno de los últimos días, Marga llama a la puerta de la 344 y entra en la habitación y permanece quieta en la entrada una vez que la cruza. El aire de la 344 está cargado, como el de un sótano o el de un invernadero o el cuarto de la caldera de un edificio viejo. El baño de la 344 es lo primero con lo que cualquiera se topa cuando entra en la 344. A la izquierda. Olor a lejía mezclada con algo dulce. Más adelante hay dos camas estratificadas en blanco y verde. Poseen atributos robóticos. En aquella más próxima a la puerta está la madre de Eva. Eva se levanta de un sillón contiguo y le da las gracias a

Marga. Antes la saluda. Marga no se separa en ningún momento de Eva durante la misa y durante el entierro de la madre de Eva. Ha acudido poca gente. Apenas hay hombres. Apenas cinco. Momentáneamente, uno más. Durante la misa y durante el entierro, Eva y Marga no ven a Jesús Agüero. Jesús Agüero se toma grandes molestias para que Eva y Marga no sean capaces de verlo. Se marcha antes de que la misa y el entierro finalicen. Eva y Marga caminan detrás del coche fúnebre al ralenti por la calle que conduce al cementerio. Muy poca gente decide acercarse a Eva para darle el pésame mientras siguen a pie a ese coche innecesariamente lento. Ningún hombre. Un cortejo inútil. Las dos (Eva y Marga) salen de la 344 y recorren los últimos pasillos del hospital de camino a la cafetería. Que está prácticamente vacía y donde los bocadillos embutidos en film transparente de los expositores lucen un aspecto artificial. La chica que atiende la cafetería va vestida como el personal del hospital y está de espaldas a la barra. Con su atención puesta en lo que da la impresión de ser la puerta de acceso a la cocina, lo cual es siniestro porque ahí no parece haber nadie. Debes alzar la voz dirigiéndote a la chica o hacer mucho ruido a sus espaldas para que te preste atención a ti en lugar de a la puerta. Dos cafés. ¿Algo para comer? No. (Ni aunque me torturen.) Marga y Eva están hablando sobre la hija de la frutera de la calle Larga. África o América o Asia. Vete tú a saber. Por lo visto, está aquí dando a luz o quizá ya lo haya hecho. Por lo visto, lleva ingresada desde el martes. Han tenido que practicarle una cesárea. Ha habido mucho trajín de médicos y enfermeros de un lado para otro. Le han hecho una buena escabechina. Tiene huevos. El otro día estuve hablando con su tía. Nos vinimos a tomarnos un Coca-Cola y nos fumamos un cigarro afuera. Estábamos las dos ya hasta el coño. Ya me entiendes... Es que por si fuera poco me dijo que también hubo algún problema con la anestesia o algo de eso. Un buen follón, ¿sabes? Ah, bueno, y además, lo típico: no saben del todo quién coño es el padre. Hay varios candidatos, pero, en fin, tú ya sabes cómo va esto... Sí, y tanto que lo sabes. Ofrécele un cigarro a Marga. Te lo va a aceptar. La auténtica madre de la criatura que está saliendo o que ya ha salido a duras penas del vientre de la hija de la frutera de la calle Larga, la madre *en la práctica* (la que cuenta), no va a ser la hija de la frutera de la calle Larga, sino la propia frutera de la calle Larga. Más o menos como pasó contigo y con más de la mitad de los treintañeros de este pueblo. Tres cuartos de lo mismo. Tu abuela es tu verdadera madre. La que te dice qué está bien y qué está mal y la que te pone un plato de garbanzos por delante. La que sabe cómo puñetas se preparan unos buenos garbanzos. La que no pierde los papeles ante cualquier estupidez. Lo mismo de siempre. Desde que el tiempo es tiempo. Asiente. Marga ya ha pisoteado el filtro contra el alquitrán. De modo que termínate tú el tuyo y volved adentro. Hay muchas caras relativamente familiares en el camino de vuelta a la 344. Salúdalas. Por los pasillos. Nacimientos y pérdidas. No llores la cuenta. No llores la mirada a Marga después de que todas esas caras os observen como a polluelos recién caídos del nido e inmediatamente rodeados de hormigas ladronas que forman una mancha carnívora. No te gustará su expresión —la de alguien que digiere con demasiada facilidad la lástima y altas dosis de desprecio y frustración. Así que déjalo. Piensa mejor que ahora deberías preocuparte por otras cosas. Por lo importante. Y sabes que eso, en este momento, es sobrevivir. Ganar dinero. Y en breve concluirás que lo único con lo que te permitirán hacerlo es cargando muebles de segunda mano y de ocasión medio rotos para una pequeña empresa local, cultivando espárragos en la granja familiar (presintiendo que esta no resucitará nunca) y sirviendo mesas en el bar de la cooperativa a cambio de las comidas. Creerás que has acabado teniendo suerte. (Por lo menos...) Porque no hay mucho donde elegir. Recuerdas a tu padre destrozándose el espinazo a base de trabajo duro en el campo y a tu madre temiendo la llegada de esos días en los que él no podía poner un pie fuera de la cama y que significaban

deudas. Recuerda a tus amigas del instituto esperando ansiosas la llegada de esos días en los que sus novios cobraban por ir a recoger aceitunas o fresas y que significaban vestidos, bolsos, gasolina, paseos en coche, cenas, cubatas, besos con lengua y un revolcón rápido que culmina con frases que se sacan de las películas. ¿Cuáles eran entonces los deseos de esas chiquillas? ¿Solo esos? ¿Tan sencillos? ¿No tenían sueños de verdad? ¿O es que han conseguido todo cuanto querían? ¿Es que todas han tenido hijas y maridos y se han quedado en este pueblo a hacerse viejas viendo pasar la vida corriente por delante de sus ojos a una velocidad de vértigo porque ese era su deseo? ¿O han capitulado porque esa es la única reacción posible? Es una idea reconfortante: ser consciente de que si fracasas no ha sido realmente por tu culpa, sino porque tu ingenuo yo de diecisiete años se dejó llevar, creyó que ser feliz era aquello (si es que alguna vez se preguntó si era feliz) y formó una familia con el primer capullo que le dijo una palabra amable y la abrió de piernas y le proporcionó un sueldo mensual y una casa y una barriga, y eso ni siquiera puede catalogarse de decisión estúpida, sino de algo que sencillamente *se hace*. Un acto reflejo. Un patrón perpetuo. Una rutina cómoda y estipulada. Una costumbre que no se cuestiona, punto. De vuelta a casa, Eva lava la manta de su madre. Al examinarla con detenimiento, lo cual no se le ha ocurrido hacer jamás hasta ahora, opina que es una manta psicodélica y se acuerda del cielo que existe más allá del que ella alcanza a ver y que descubre en alguna foto de algún libro sobre astronomía. Se acuerda de Urania, que también ha visto en alguna foto de alguna colección sobre arte grecorromano. Hay personas del pueblo que se dejan caer por la habitación 344 cuando los médicos confirman la noticia de que a la madre de Eva le quedan como mucho un par de días. Estas personas del pueblo saludan a Eva con gestos que dan la impresión de efectuarse por compromiso, de ser premeditados en exceso. Apenas se dirigen a Eva. No permanecen demasiado tiempo en la habitación. No le preguntan a Eva cómo está ella. En la tarde del funeral de su madre, Eva se siente febril y débil y con náuseas y prepara dos cafés, uno para Marga y otro para ella. El interior del frigorífico desprende un hedor a pasado. Todo cuanto ha cocinado por última vez la madre de Eva se ha echado ya a perder. Eva vierte leche en un cuenco en el suelo y el braco bebe. La noche del entierro de su madre, Eva fríe hamburguesas. Friega los platos, lava la ropa y el suelo y el baño. Barre. Está sola. El suelo de la casa tiene arena. Eva tiende. Plancha. Hace la cama. Hace la compra. Sabe que necesita sobrevivir y vende por una miseria la furgoneta Citroën de su padre que su madre por algún motivo (se imagina cuál) conservaba y emplea parte de ese dinero en comprarse una escúter de segunda mano. Los vecinos de la calle observan fumando, vigilando desde las casapuertas. A Eva le sorprende haber encontrado un comprador para la furgoneta Citroën de su padre, aunque se figura que ha sido así debido al precio de risa que ha pedido para asegurarse la venta. Al comprador, que no es del pueblo, le sorprende encontrarse con Eva (con alguien como Eva) cuando llega para comprar la furgoneta. Algunos vecinos están plantados como pasmarotes en sus casapuertas —fumando, apoyados en el dintel, fingiendo que disfrutaban del sol— vigilando la transacción, como si fuera su deber comprobar que esta se desarrolla Como Dios Manda. Más de uno está deseando intervenir y decirle a Eva cómo debería conducir la venta. Varios se preguntan (al pegar la oreja y escuchar el precio que se ha convenido para la furgoneta) si por algún tipo de mandato moral o pseudopaternal no están llamados a intervenir para evitar que a la pobre Eva la time un forastero. Como si solo pudieran timarte los forasteros. Por lo que a Eva respecta, cualquiera (en cualquier momento) puede dejarte en la estacada. Eva diría incluso que, en contra de lo que dicta el sentido común, cuanto más cerca de ti se encuentran los traidores, mayor es la probabilidad de que actúen. La tía Viki se marcha despidiéndose de forma brusca y acelerada y habiendo contribuido una vez más al ajuar de Eva.

Es la manera que tiene de normalizar la situación. Eva ha ido completando y engordando su ajuar durante toda su vida hasta que parece que al fin está dispuesta a utilizarlo: antes de marcharse del pueblo, hay hasta fecha para la boda con su novio de siempre, Jesús Agüero. A Jesús Agüero le gusta Camarón, follar en su cocina y en el bosque, decir gilipolleces que él considera graciosas, el fútbol y su coche. Tiene casa propia, que primero pertenece a sus padres y que él hereda al morir ambos. Esta es una costumbre muy extendida en el pueblo. Otro hábito igualmente extendido es que los chicos se reúnan para jugar al futbito en el campo de tierra que linda con el embalse y después beber litronas de Cruzcampo y comentar estupideces mientras las novias esperan limpias y emperifolladas a que las saquen a pasear y a magrearlas. Eso los fines de semana. También cuando no es temporada de recoger fresas o aceitunas o el trigo o la vendimia. En tales casos, los chicos se desloman de sol a sol para costearse los coches rápidos y las motillos trucadas, los lotes y las entradas en las discotecas de las naves, el tabaco y los *smartphones* que se renuevan cada año. Al final resulta que la boda de Eva no se celebra. La principal razón para ello es el aborto de Eva y su posterior marcha (huida) del pueblo. Antes de esto, los parientes de las dos partes están convencidos de que Jesús y Eva van a casarse, y puesto que desconocen las circunstancias en torno al aborto de Eva, no alcanzan a comprender por qué ella se ha ido. Me fui de Aquí por Alguien. Corrijo: me fui de Aquí *por culpa* de Alguien. A la larga, todos (absolutamente todos) culpan a Eva de lo ocurrido. Y la noticia, como cabe esperar, se extiende como la peste. Por el supermercado, la confitería, el estanco, los bares, las ventanas y las aceras. Los cotillas y las marujas del pueblo tampoco saben (por supuesto que no) que en los meses previos a la boda Eva está embarazada del hijo de Jesús, ni que aborta después de una paliza de este. Solo saben que ahora Jesús está abatido. No tiene ganas de vivir (eso dicen). Eva ha perdido a su primer hijo y se ha quitado de en medio. De la noche a la mañana, sin explicaciones. Lo ha dejado solo con sus recuerdos y con sus fantasmas y con su corazón roto. Y la madre de Jesús y la madre de Eva han perdido a su primer nieto y han visto como la chica normal, la hija del alma, la cariñosa prometida de su ojito derecho, se largaba para no volver y los abandonaba para siempre. Eva piensa (sabe) que la mayoría de las voces ignorantes también la condenan a ella por lo ocurrido, aunque quizá de otra manera, una más repugnante, condescendiente y lacrimógena; piensa que ese es el precio a pagar por no conocer la verdad y que, no obstante, de llegar a ello el peaje es todavía más alto: se preguntarán, a sí mismas y entre ellas, si realmente Eva no ha estado buscándose (su vida, esas palizas) por querer estar al lado de alguien como Jesús, por querer formar una familia con alguien como Jesús; y, por último, al caer en la cuenta, se preguntarán cómo es posible que alguien como él haya podido estar sacudiendo a *alguien como ella*. En el cuarto de la infancia de Eva hay una estantería empotrada que exhibe trofeos de kickboxing. El cuarto es muy pequeño y sencillo. Los trofeos de kickboxing son tres y están colocados trazando una pirámide imaginaria e imprecisa con sus respectivas alturas. Míralos. Prepárate para sentir los efectos de la abstinencia y luego acude a la fisioterapeuta por mucho que no quieras. La fisioterapeuta le practica a Eva el masaje de rigor con un aceite con aroma a alguna clase de fruta tropical o puede que sea lavanda y media hora después Eva se viste y paga en metálico. La fisioterapeuta dobla los billetes y se los introduce en el bolsillo trasero del pantalón. El aspecto de la (por así llamarla) consulta es semejante al de la habitación de un estudiante extranjero de intercambio, con un solitario póster de motivos geométricos coloridos que transmiten vagamente una estética asociada por lo común al movimiento rastafari, lámparas de vidrio de colores fabricadas con materiales reciclados y colocadas sobre taburetes aparentemente al azar (o tal vez allí donde hay enchufes a mano) y una mesilla de forja, un escritorio y paredes grises y detalles

aleatorios (esta vez sí) más propios de consultas de verdaderos médicos, como una maqueta en forma de busto de la anatomía del cuello humano (estructura ósea y musculatura) y un calendario de papel cuché a tamaño y formato esterilla con soporte portarrotulador patrocinado por Richelli's. La conversación que se desarrolla entre Eva (tumbada boca abajo sobre la camilla, embadurnada en aceite, desnuda de cintura para arriba) y la fisioterapeuta es incómoda y queda repartida en intervalos muy breves y en conjunto tan solo da para tapar de forma mediocre los múltiples silencios también incómodos. La fisioterapeuta es la hermana de una amiga de la infancia de Eva y aparta la mirada con rapidez y realizando un gesto extraño con los labios y los dientes en el instante en que Eva se deshace de su jersey, camiseta y sujetador y se da la vuelta y se tiende sobre la camilla en decúbito prono; entonces la fisioterapeuta regresa a su estado anterior y habitual de semiprofesionalidad más o menos constante. La consulta de la fisioterapeuta se encuentra en una vivienda unifamiliar de dos plantas ubicada en la zona nueva del pueblo, lo que no llega a transmitir por completo una sensación de absoluta profesionalidad. La fisioterapeuta no le comenta a Eva nada concerniente a sus problemas de cuello y espalda. No se origina un pequeño monólogo predominantemente científico o al menos divulgativo sobre el estado de la columna vertebral y el sistema muscular circundante de Eva y sobre las medidas futuras que deban tomarse para evitar más dolor. La sesión de fisioterapia solo dura media hora y tiene lugar dentro de una habitación del domicilio de la fisioterapeuta. Es evidente que se trata de una habitación más bien *anexa* a la casa. Que tanto su finalidad como su naturaleza provocan que en la mente de los habitantes de esa casa la habitación no se considere parte de esta, sino la oficina de mamá, el taller. El aspecto de la oficina o taller de mamá es bastante deprimente. Hace frío. Hay un radiador de calor halógeno que brilla como el demonio, velas y música zen. El escritorio es blanco, de Ikea, en concreto de los más pequeños y simples y baratos y fáciles de montar, tablón y patas por separado, porque así es el padre de esta familia, uno de esos hombres que conduce un monovolumen a por eso que él llama «los chollos Ikea» y que no puede esperar a estar de vuelta en casa para montar su chollo de mesa nueva sin dejar de repetirle a su hija de seis años que ella no puede ayudarlo, que se vaya a la cocina con mamá. Eva también decide pedir cita con el dentista porque su encía inferior está desapareciendo; la raíz de los incisivos inferiores es visible si tira del labio inferior hacia abajo y comprueba el aspecto de la encía en el espejo del cuarto de baño, lo cual hace todas las noches al cepillarse los dientes. Eva teme que al hacerlo se traiga consigo más tejido débil y medio muerto y fácilmente desprendible de la encía, de modo que hay noches en las que no se cepilla los dientes. Esto, unido a la proliferación de caries y llagas, invita a pensar que el estado de la boca de Eva es realmente lamentable. El dentista no menciona el motivo fundamental para ello, que tanto él como Eva conocen de sobra. El dentista le dice a Eva que lo más recomendable para tratar la enfermedad de las encías sería, en esencia, practicarle un curetaje y luego un injerto: se extirpa una porción de paladar que se cose a la encía inferior donde las raíces de los incisivos son visibles y la encía asimila el nuevo tejido, que con el tiempo se convierte en encía. Existe una probabilidad del cincuenta por ciento de que la encía inferior asimile el injerto de tejido nuevo del paladar. El dentista hace cuentas con una calculadora para muy miopes y le comunica a Eva el precio total del procedimiento (añadiendo, según él, un descuento que suele aplicar a este tipo de intervenciones) y Eva responde avergonzada que lo siente, que no puede permitírselo ahora mismo, y abandona la consulta dando las gracias y asintiendo sin contacto visual. El dentista le dice que ya cuando esté mejor... económicamente hablando (lo pronuncia cuestionándose cuál podrá ser la forma más conveniente de expresarlo), pues que no dude en volver a su consulta. Le dice que también hay que empastar.

Le dice que se cuide. Eva no para de asentir. Eva se tiñe el pelo de negro en su cuarto de baño, no en la peluquería en la que suele pedir cita. La jefa de esa peluquería es la tía de una amiga de la infancia de Eva. Teñirse le lleva a Eva mucho más tiempo del que recuerda. Recuerda que su madre se aplicaba el tinte en menos de veinte minutos. Eva se echa colonia en muñecas y cuello. Busca algo de ropa arreglada por la casa, lo que a la postre la obliga a acudir al armario de su madre y escoger prendas de ahí dentro. Esto le provoca a Eva que se le humedezcan los ojos y que se le revuelva el estómago y que evoque el efecto de recibir el impacto de una patada frontal en el abdomen. Frecuentemente: pérdida momentánea de la capacidad respiratoria. Hay tiendas en el pueblo que se han visto forzadas a cerrar, entre ellas la tienda de electrodomésticos de Eladio Hermida. La fachada del local ahora ruinoso, llena de metal y desperdicios, apela de manera inevitable a los decorados habituales de películas postapocalípticas. Al mismo tiempo, en el pueblo hay más bares que nunca. Para Eva son sitios donde buscar trabajo. El cielo gris ceniza parece estucado. La pendiente del cerro es pronunciada y termina en el bosque junto al embalse. Eva trabaja en la granja de su familia por las mañanas, desde muy temprano. Ahora está amaneciendo. Los rayos solares despuntan como hojas de navaja. No es una imagen tranquilizadora ni bella. Eva tiene callos en las manos. Los dedos doloridos. El aire es gélido y estruja el pecho. Eva observa la cicatriz como una roncha en la yema del anular, que le pica. A pesar del frío, el perrillo brinca y corretea por la granja desde una punta hasta la otra. Persigue su pelota. Con una energía inagotable. Las ráfagas de vaho emergen del morro abierto, de donde cuelga (se bambolea) su lengua larga y rosa. Después el braco se acurruca y duerme junto al fuego que ha preparado Eva. Los pies de Eva apestan igual que si estuviesen infestados de hongos pese a que no existen síntomas de ello aparte del olor. Los calcetines gordos se despegan de los pies de Eva del modo en que lo hace la ropa de las heridas supurantes cuando estas se resecan. Eva ha estado todo el día de pie, andando de acá para allá, calzando zapatillas de deporte baratas. Se las compra en el mercadillo de los jueves. Eva mete los pies en agua caliente y luego en unas babuchas que encuentra por su casa y que presume que pertenecían a Julio Romero porque le quedan algo grandes y son extremadamente sobrias, sin ningún tipo de adorno, y de color caqui con muchos años de polvo y naftalina incrustados. Eva dejará de cultivar espárragos y de recogerlos porque nadie se los comprará. Nadie va a tomar esos espárragos en serio y Eva presume la razón. Eva acude a la farmacia del pueblo a comprar medicamentos para el dolor muscular como cremas antiinflamatorias y analgésicas y también parches térmicos. En la farmacia la tratan como a una extraña. Las características de este tipo de trato son fáciles de identificar para Eva porque imagina que ella ha podido llegar a ejercerlo alguna vez. Piensa que es un comportamiento que forma parte de la configuración mental de la mayoría de los habitantes de este pueblo, en especial si pertenecen a una generación muy concreta. De regreso a casa encuentra caras de recelo por la calle. En el camino se tropieza con antiguas amigas del instituto, que la saludan con cortesía cruda y sin detenerse. Una noche en la que no tiene nada que cenar, Eva se dirige con paso ligero al único restaurante de comida rápida del pueblo, un kebab. En la carta ofrecen una (así está escrito) pizza kebab y Eva se sorprende con esto. Se sorprende más aún al ver a Jesús Agüero entrando por la puerta del restaurante mientras ella realiza su pedido al inmigrante ilegal sin posibilidades de integración en la comunidad local del otro lado del mostrador. Eva se dedica desde la hora del almuerzo hasta la hora de cerrar a servir mesas en el bar de la cooperativa a cambio de las comidas. Esa es la mejor oferta de empleo que puede ofrecerle Floro, el hombre que atiende la barra y que regenta el bar desde que a los miembros de la cooperativa se les ocurre la genial idea de montar uno para asegurarse un refugio a prueba de

los dardos envenenados que vuelan en el hogar familiar y de la soga al cuello de las obligaciones adultas. Ya pueden hacerse una idea de los años y la apariencia que tiene y del tipo de hombre que es Floro. Ningún otro bar o restaurante del pueblo llama a Eva para ofrecerle un puesto de camarera y, por tanto, Eva acepta la oferta de Floro de media jornada para tardes y noches a cambio de toda la comida que se cocina para los menús del mediodía y de los domingos que pueda meterse en el cuerpo. En ocasiones donde la mete es en bolsas que se trae de casa en su mochila. Antes eran fiambreras, pero Eva concluye pronto que con estas no es capaz de guardar tanta comida como necesita. La comida, por tanto, va a parar directamente a las bolsas, ya sean albóndigas, arroz, berza, ajo caliente, boquerones o picadillo, lo que sea, a Eva le trae sin cuidado. Solo le preocupa (y muy de vez en cuando) que las bolsas chorreen y que tenga entonces que meter la mochila una y otra vez en la lavadora para que no se acartone ni hieda. Los ojos de los hombres que frecuentan el bar de la cooperativa titilan y tratan de despejarse y se concentran en el culo de Eva mientras ella sirve las mesas. Hay dieciséis mesas en el bar de la cooperativa. Eva reconoce la mayor parte de los rostros. Pertenecen a amigos o conocidos de su padre. Ellos ya apenas recuerdan a Julio Romero, claro; su hija viva y caliente y al alcance de la mano es mucho más importante ahora, y la idea de su existencia no ofrece complicación alguna. Casi todos los rostros presentes manifiestan de alguna forma los síntomas de un apetito sexual estimulado por efecto del alcohol. Casi todos están hechos unos brasas. Encendidos y cargantes. Casi todos presentan ronchones en torno a la nariz, que a menudo es bulbosa y también está encendida. Son hombres mayores (varios de ellos ancianos) que juegan al dominó y beben vino y whisky hasta bien tarde. Como norma general conversan —a veces en voz baja y a veces en voz intencionalmente alta mientras observan de reojo a Eva con media sonrisa y casi una botella de manzanilla encima. Una tarde levantan la voz con motivo de una conversación que Eva escucha desde la barra porque está bastante segura de que se trata de una conversación cuyo propósito (entre otros) es que ella la escuche desde la barra. La conversación trata sobre mujeres. Mujeres *de verdad*. Estos hombres adultos, simplones, consumidos, sobrealimentados, calvos, afeitados a hachazo limpio y con una vestimenta pestilente y a cuadros, estos hombres hablan de Mujeres —dicen— Con Mayúsculas. Hablan de Señoras. Están (a falta de una palabra mejor) conversando sobre qué es aquello que hace que una mujer sea una Señora. Uno de ellos dice (lo suficientemente alto como para que Eva pueda escucharlo): Cualquiera pué shupá una polla, ¿zabe? Pero cociná una zarza pa mojá zopone... —Efectúa una pequeña pausa para contentarse con algo que solo se encuentra en su cabeza—. Ezo ya é otra coza, ompare ¿Mentiende lo que te quiero decí? Pronto la charla degenera en otra clase de temas. Como Drag Queens, Transexuales, el Día del Orgullo (aunque no mediante estos términos), Maricones o Camioneras (estos sí son los términos empleados). Tienen cosas importantes que decir sobre cada uno de estos temas, todos quieren (aparentan necesitar) dar su opinión particular con respecto a ellos. Estas opiniones tan importantes y necesarias incluyen naturalmente imitaciones paródicas, alusiones a programas de televisión y algún que otro partido o líder políticos y carcajadas estridentes. Eva siente como si, de manera simbólica y hasta cierto punto deliberada, estuvieran riéndose en su cara. Ella hace lo posible por no apartar la vista de las tareas que debe completar, a pesar de que muchas de estas tareas deban completarse demasiado cerca de las frases despreciativas a voz en cuello. Eva trabaja todo lo rápido que puede cuando trabaja en el bar de la cooperativa, en especial si las tareas involucran contacto directo con los clientes y transitar cerca de ellos. A Eva le recuerda a veces al trabajo de un pastor que tiene que trajinar a diario con bestias especialmente primitivas. Antes, en la granja familiar de Eva había gallinas, cabras, perros, puede que incluso un burro.

Ahora tan solo quedan cuatro gallinas. Eva recoge los pocos huevos que ponen y les echa los desperdicios de su almuerzo, sobre todo pan, tomate, lechuga, garbanzos o lentejas. Julio Romero llegaba incluso a darles huevo duro a las gallinas y esto siempre le ha parecido a Eva una atrocidad. Eva prefiere tirar a la basura algunos alimentos antes que dárselos a las gallinas. De algún modo extraño, Eva piensa en determinados animales como pensaría en determinadas personas, incluso aunque conozca al detalle el procedimiento que se sigue para que muchos de esos animales acaben en la mesa de un restaurante al lado de una botella de vino de cien euros. Antes, en la granja familiar de Eva se recolectaban almendras, pipas, trigo y aceitunas y también se cultivaban espárragos. Ahora Eva tiene que encargarse de la granja familiar y no sabe cómo carajo hacerlo y esto le provoca náuseas y a veces insomnio. Al final, Eva se decanta (sin saber en realidad por qué, quizá por eso de que algo habrá que hacer) por los espárragos. Es una decisión intrascendente. En la empresa de transporte de muebles de segunda mano (por no decir rotos) no hay ni una sola mujer. Al menos en el departamento que se dedica a la carga y descarga. Eva no habla con ninguno de sus compañeros de Carga y Descarga ni del Almacén, donde tampoco hay ninguna mujer trabajando, ni siquiera en el pequeño despacho portátil construido con materiales ligeros. Puesto que no habla con nadie, el descanso de media hora para comer es en cierto modo incómodo. Ir al baño durante la jornada laboral en la empresa de transporte de muebles de segunda mano es también incómodo para Eva, ya que en el almacén no existe un aseo para mujeres, solo uno con el monigote en la puerta que tradicionalmente se instala para los aseos públicos masculinos bajo la palabra *ASEO* y que después de que Eva ingrese en la plantilla de Carga y Descarga pasa a considerarse de facto un aseo mixto. A Eva casi siempre le entran apretones en mitad de su jornada laboral (no puede evitarlo, sus entrañas no soportan la abstinencia), pero se resiste con uñas y dientes a ir al baño por el lamentable estado higiénico de este aseo ahora mixto que nunca se ha concebido para ser utilizado por una mujer. Eva se pregunta si por lo menos tendrán por aquí a una chica de la limpieza. Cada vez que necesita orinar, Eva gasta una gran cantidad de papel higiénico. Eva teme que en cualquier momento el encargado reprenda al personal por la cantidad de papel higiénico que se está gastando a la semana y que entonces presuma que la principal culpable de ello es Eva. Lo que Eva más teme en realidad es que debido a esto ella se gane (de forma definitiva, piensa) el odio tanto de sus compañeros de trabajo como de su supervisor y que acaben echándola a la calle. Una mañana, Eva se presenta en la granja muy temprano y no hay rastro de sus gallinas. Eva comprueba la verja del corral y descubre un agujero de un metro de diámetro por el que seguramente se han colado de madrugada quienes han decidido que sería buena idea entrar por la fuerza en su granja para robar cuatro míseras gallinas. Eva es consciente de las miradas de sus compañeros de trabajo en la empresa de transporte de muebles de segunda mano y se imagina las conversaciones que pueden llegar a surgir entre ellos en el descanso para comer y en las noches en que se van de bares al terminar la jornada, cuando ella ya no está. En ocasiones, dentro del almacén hace demasiado calor y hay que ir en manga corta o tirantas. No queda más remedio. Eva es consciente de las miradas de soslayo que se generan cuando ella está acalorada y sudada y molida y no le queda otro remedio que desprenderse de la sudadera oficial de la empresa para continuar cargando y descargando sin desfallecer. A pesar del estado de la piel de sus antebrazos, en la que Eva intenta no pensar bajo ninguna circunstancia en este tipo de situaciones. Eva sabe que la mayor parte de sus compañeros de trabajo no han mirado de cerca la piel de sus antebrazos y que por tanto no han reparado en su estado y que por tanto se han quedado con una imagen superficial de su cuerpo sin las mangas largas. Eva ya ha llegado a la conclusión de que la mayor parte de sus compañeros de trabajo

quieren follársela. De que no les importaría hacerlo una o dos veces, aunque tengan pareja. De que fantasean con escenas propias de películas porno que se desarrollan en alguno de los rincones de ese almacén, contra alguna de las estanterías de metal, en el baño cochambroso, en la oficina de quita y pon del supervisor. Eva ya ha llegado a la conclusión de que en su trabajo en la empresa de transporte de muebles de segunda mano su cuerpo es un *asunto*. El tipo que le hace la entrevista de trabajo le pregunta si tiene hijos, y cuando ella se traga ese saco de amargura y responde que no, el tipo que le hace la entrevista le pregunta si tiene intención de tenerlos y Eva se petrifica durante una fracción de segundo en la que espera con toda su alma que el tipo no haya advertido dicha reacción, una de repugnancia mezclada con desconsuelo que oculta de inmediato con otra de complacencia fingida: una sonrisilla y un gesto de negación y un No, claro que no. La ropa de Eva normalmente consigue ocultar el físico de Eva. El cuerpo de Eva está rugoso a parches por efecto del tejido cicatricial, más encogido y flácido de lo que a Eva le gustaría; ella opina que esto es consecuencia de la abstinencia, de una alimentación más escasa y menos saludable que antes, de trabajos en los que más que ejercitarse, se descoyunta, y de una musculatura tan nudosa como colgante. Qué sorpresa: resulta que a fin de cuentas a Eva también le importa su cuerpo. Eva sale a correr cada vez que puede y durante al menos una hora. Suele hacerlo por el terreno de la granja, el bosque o alrededor del embalse. En especial cuando se siente sola. Eva tiene una complexión membruda, pero no tan atlética como antes. Ahora piensa que quizá esté oxidándose. Pero Eva no corre para ejercitarse. Eva corre para evadirse. Va a una velocidad alta. Resuella. Se siente desfallecer. Llega a la pendiente del cerro y entonces se detiene en seco. Observa los coches aparcados. Se queda mirándolos con atención, repasando el exterior de cada uno con el objetivo de distinguir el de Jesús Agüero. Eva acude al médico por el dolor de cuello que recientemente se ha extendido a los hombros, los brazos, la espalda y parte del abdomen. El doctor le dice que tiene escoliosis y una rectificación cervical cuyas causas pueden ser el estrés físico o emocional, llevar durante mucho tiempo la cabeza agachada o mantener posturas perjudiciales, la predisposición genética o un traumatismo. El doctor no le dice que también puede deberse a una personalidad contenida o cohibida en exceso. En la radiografía, Eva observa su columna vertebral y esta le recuerda en ese instante a una serpiente que muerde e inyecta su veneno en una fruta. El doctor le pregunta a Eva (con cierta grosería) por qué diablos no le recetaron un corsé de niña. ¿Por qué no? Eva se encoje de hombros ignorando lo afectado y vulnerable de su porte. El doctor no repara (o no le apetece reparar) en esta reacción. Le dice de forma tajante y directa que, claro, ahora estamos hablando de algo irreversible. Solo pueden aplicarse tratamientos paliativos. Antiinflamatorios, analgésicos, relajantes musculares, benzodiacepinas. Ninguno de estos fármacos va a proporcionarnos una recuperación o una cura. Solo procurarán en mayor o menor medida que su vida sea algo más llevadera. Eva pregunta: Entonces, ¿el dolor nunca desaparecerá? La adicción de Eva a la morfina nace tras varias lesiones en el tobillo izquierdo como consecuencia de la práctica del kickboxing, en concreto cuando una de estas lesiones es especialmente grave y precisa tanto de intervención quirúrgica como de un estricto posoperatorio y régimen de opiáceos, donde se incluyen dosis de morfina controladas. Después de un repunte del dolor con el empeoramiento de la S de la columna y de los músculos que la rodean y después del estallido definitivo tras el aborto, lo que comienza siendo morfina e hidrocodona por vía oral degenera en morfina por vía intravenosa y por último en heroína, más altas cantidades de diazepam y ocasionalmente marihuana para no solo anular el dolor físico sino también el emocional y para proporcionar una efímera sensación de placer tan falsa que pronto se convierte en apatía, de modo que no transcurre demasiado hasta que Eva admite que en su caso se

requieren varias dosis diarias para alcanzar y sostener la satisfacción e insensibilidad de otro tiempo. Eva se pregunta (no puede evitar preguntarse) si la ira voraz de Jesús Agüero vino provocada por llegar a la conclusión de que estaba a punto de casarse y tener un hijo con una yonqui. Eva se pregunta si se seguirá pudiendo pillar en este pueblo de mierda. Ahora como hace más de diez años. Si estarán los mismos de siempre o si esos (no sabe si llamarlos «colegas») ya habrán muerto y encontrado su relevo en nuevas generaciones con tan poco que perder como ellos. Una noche de insomnio (que achaca al café), Eva sale de casa bien entrada la madrugada y baja la cuesta de la calle Valle de las Rosas hasta la barriada en los alrededores del embalse. Hay socavones en el terreno. Hay que tener cuidado para no dar un traspies por los terraplenes. En la barriada se levantan muros de ladrillo sucios con puertas de hierro candadas. La calle está cubierta de maderos chamuscados, excrementos y restos de comida. Un tipo con cazadora y camisa a cuadros que le deja al descubierto el pecho canoso y una cadenilla con la virgen fuma un cigarro frente a la cancela plagada de yerbajos del antiguo sanatorio. Detrás de los barrotes hay zarzas y escombros y una pared vertical de tierra húmeda. Eva se acerca. Su paso es primero inseguro y luego, a mitad de camino, cuando cruza miradas con el tipo, decidido. El tipo pregunta: ¿Qué quieres? Eva responde: ¿Qué tienes? Es bastante tarde, Eva solo quiere cerrar el bar e irse a casa y tratar de dormir, pero nadie se marcha. Saben que es hora de cerrar y a ninguno de esos hombres le preocupa un pijo. Beben sin parar. Hablan estupideces a voces. Jesús Agüero está en el bar de la cooperativa dando el coñazo con su guitarra. Siempre acaba haciéndolo. Siempre acaba tocando «Almoraima». Jesús ha reparado en Eva y la tiene localizada en todo momento, pero actúa como si ella no estuviera allí. Cuando el vino le suelta la lengua, Jesús Agüero se pone a maldecir y a quejarse con insistencia de que algún cabrón forzó la cerradura de su casa en Nochevieja. Suelta fanfarronadas. Si cojo a ese cabrón... Lo típico. Luego advierte que Eva se dirige a la trastienda y la sigue y se detiene en el marco de la puerta para ocuparla entera. Eva se da la vuelta y al reparar en él se paraliza. Jesús Agüero le dice a Eva que no sabía que había vuelto y Eva asiente mientras responde que sí varias veces. Sí, sí, sí, aquí estoy. Eva se encoge. Está sudada. Su pelo hacia atrás húmedo y manchas de sudor visibles en su camiseta de trabajo, bajo las axilas y en la espalda. Jesús Agüero dice: Me alegro. Sonríe con inseguridad. Dice: Pues ya nos veremos, y regresa al bar con su guitarra y el resto de parroquianos escandalosos. Eva siente su ritmo cardiaco como un martillo golpeando un yunque y que el martillo lo empuña un maníaco. Eva se echa colonia en las muñecas y el cuello y se arregla con ropa vieja de su madre y se sienta a anotar en un trozo de papel el discurso que deberá pronunciar para pedir trabajo. A Eva no se le da bien mantener conversaciones con desconocidos o con gente a la que acaba de conocer. A la madre de Eva se le acaba el tabaco. Hay miradas levantándose y cabezas girándose en el instante en que Eva pone un pie en el estanco. Hola, buenas. Hola. Hola. En el estanco, la clienta que está delante de Eva conduce un carrito de la compra y está charlando con la estanquera. La estanquera no hace ademán alguno de zanjar la charla para atender a Eva y Eva debe esperar a que la charla finalice para poder comprarle tabaco a su madre. Para Eva, ni la estanquera ni la clienta tienen mucho que hacer. Hoy. Nunca. Eva se pregunta por la cantidad de tiempo que esta gente puede llegar a perder en conversaciones banales, una cantidad de tiempo a la que, por los motivos que sea, nadie parece atribuirle importancia. Eva sabe que esta es la práctica común para no desentonar. Es el comportamiento habitual si se quiere encajar en la comunidad. La costumbre. Las charlas. Saludos a discreción y una charlita de pocos minutos. La madre de Eva actúa así. La madre de Eva está en cierta manera obsesionada con cómo marcha el día a día, la existencia, en este pueblo. Se podría decir que está *enamorada* de su pueblo. Es una

mentalidad que relaciona de forma directa la seguridad y la comodidad de lo mil veces conocido con aquello que es importante de veras. Durante casi toda su vida, la madre de Eva se ha interesado enormemente por las noticias locales, por los nacimientos, las defunciones, los suicidios, las infidelidades, las compras, las quiebras, las aperturas, las bodas, los bautizos, las comuniones, las obras, las fiestas, el cura y el médico y ello la hace sentirse realizada porque no se piensa una ignorante. O, mejor dicho, una ignorada. Porque no está *al margen*. Paradójicamente, la madre de Eva no mantiene al mismo tiempo una actitud demasiado crítica hacia el estilo de vida o el nivel de bienestar o la mentalidad predominantes en su pueblo. No necesita mucho. Solo asegurarse de su propia ubicación, dónde pisan sus pies, y de que ese punto sea el que debe ser. Que es lo que comúnmente se denomina Todo El Cogollo. La madre de Eva es de esas mujeres que van a la compra y se animan en el momento en que se cruzan por el camino con una vecina, porque saben que ambas se detendrán y se pondrán a charlar para cotillear sobre los asuntos más mundanos, algo que en sus cabezas no es cotillear o hablar estupideces, sino estar al día de cuanto ocurre en el lugar al que ellas pertenecen y que de un modo similar les pertenece a ellas. Esto es así durante unos años muy específicos, aquellos que en gran medida se corresponden con los años de la felicidad: los años de juventud, los años de vida de Julio Romero y los años en los que estaba convencida de que su hija, como el resto de hijas de por aquí, se casaría y formaría una familia con un chico del pueblo al que todos conocen desde el día en que lo parió su madre (otra vecina de toda la vida, también conocida por todos, como sus padres y hermanos, a quienes no se apela mediante el nombre o el apellido, sino mediante un mote ancestral y de dominio público), una hija que le daría nietos y que se compraría una casa a la vuelta de la esquina. Pero al quedarse sola, con el mísero ingreso mensual del paro y después la prejubilación y la viudedad, señalada y manchada por lo que pasó hace diez putos años, resulta que ahora es ella la que languidece, la diana de las marujas que se ponen al día en la calle. Los rumores de desamparo son más devastadores que cualquier desamparo real. La madre de Eva se pregunta entonces a quién culpar. A la madre de Eva quizá empiecen a preocuparle ahora mismo, de repente, cosas tan *exóticas* para su antigua yo como las pensiones, las elecciones generales o los impuestos. Los horarios de los autobuses o si al final van a reformar o no el ambulatorio. La madre de Eva dice: ¿A quién se la tengo que chupar en este país para salir adelante? La reacción de Eva (exteriorizada sin rodeos) es de absoluta estupefacción. También de incertidumbre. Eva no sabe cómo conseguir que su madre sea verdaderamente feliz. (O de si eso es posible en absoluto.) Tampoco está segura de si esa es su meta, ni siquiera su obligación. Tal vez ahora, de adulta, Eva vea a su madre más bien como a una hermana mayor cargante que como a una madre. Eva no está dispuesta a reflexionar sobre cuál es el secreto para Tener Madera De Madre o para Ser Feliz. Eva considera que leer libros de autoayuda es un pequeño tormento al que sin embargo *sí* está dispuesta a prestarse. La mayoría de estos libros se resume en la teoría de que, por encima de todo, para Ser Feliz, es necesario alcanzar y mantener una actitud positiva ante la vida. Existe una amplia variedad de métodos para lograr (incluso merecer) dicha actitud distribuida entre todos los libros de autoayuda que posee Eva. Eva también tiene ediciones juveniles de *La Odisea* y de la Biblia para calzar muebles de la casa. En realidad, esta iniciativa es uno de tantos arrebatos chapuzas espontáneos de Julio Romero, pero Eva no encuentra inconveniente en conservarla. Eva está de pie frente a la estantería empotrada de su dormitorio en la que se exhiben sus trofeos de kickboxing y extrae uno de los libros y acto seguido, al sujetarlo, a punto de abrirlo, se pregunta para qué. ¿De qué sirve ponerse a leer? ¿Cuál es el sentido de sentarse ahora a leer si mientras tanto la casa se llena de mierda, si el cuarto de baño apesta a mierda? La utilidad de esta

estantería con libros y trofeos se manifiesta a través de una perspectiva esencialmente nostálgica. Que o bien duele o bien no despierta ningún tipo de sentimiento. De hecho, esta estantería con libros y trofeos no tiene una utilidad real. Ni tangible ni inmediata. Ni siquiera al acudir finalmente a las páginas de autoayuda. Estas son un placebo, a lo sumo. La relación entre la gente de este pueblo y los libros es de total aversión y es bilateral. Nadie de por aquí puede permitirse el lujo de perder el tiempo con las pajas mentales de una galería de mojigatos preocupados por la velocidad de su fibra o por cuántas conferencias pronuncian al año o por la educación de los hijos de los demás. Intenta educar a tu hijo con un horario de catorce horas. Intenta renunciar a tus viajes al Instituto Cervantes de Atenas y a las cenas y a las presentaciones con rioja y canapés gratis. Intenta renunciar a tu cómoda burbuja intelectual que solo genera problemas ficticios. Intenta preocuparte por algo más aparte del aquí y el ahora. Por algo que no seas tú mismo, tus libros, los libros de tus amigos. Por que tus padres no mueran ahogados en su mierda o por si serás capaz de cuidar de tu mujer anciana con tu espalda rota por la mitad. La gente de este pueblo no tiene ninguna paciencia con respecto a determinadas actitudes vitales. Opinan que existen formas de vida legítimamente censurables, acaso más características de otros puntos del planeta, de individuos privilegiados que en su caso sí cuentan con las oportunidades necesarias para detenerse a oler las rosas y a cuestionarse su lugar en el mundo. Marga es una mujer lesbiana y acompaña a Eva en la misa y en el entierro de su madre, episodios en los que la tía Viki opta por mantenerse alejada. Por el pueblo circulan rumores sobre relaciones sexuales entre Marga y Eva. Uno de dichos rumores contiene la hipótesis de que Marga es la razón por la que hace diez años Eva abandona como a un perro al pobre Jesús Agüero. Un buen número de personas en el pueblo, en particular hombres, piensa que tener un hijo maricón o una niña camionera es una de las mayores vergüenzas por las que puede pasar una familia. Uno de los mayores horrores que puede atravesar un padre y una madre. Este pensamiento aflora con cierta timidez en el momento en que Eva expresa abiertamente su voluntad de apuntarse a clases de judo siendo una niña y cuando comienza a interesarse por el kickboxing durante la adolescencia. Hay hombres en este pueblo que romperían a llorar si sus hijos e hijas decidieran salir del armario. Hay hombres en este pueblo que entienden que este tipo de inclinaciones y decisiones personales desafían de forma abierta todo aquello por cuanto sus padres y abuelos lucharon en el pasado, un resultado inevitable de los tiempos que corren, cuando lo único que realmente les importa a los jóvenes es una pantalla de móvil que les sirva como extensión de sus cuerpos para someter al resto, blindarse y follar. Estos hombres están seguros de que si un hijo les saliera maricón (literalmente: *un maricón cochambroso*) se morirían del disgusto. Y también sus padres y abuelos si estos continuaran vivos. Para ellos no tendría ni pies ni cabeza, sería una muerte producto del desconcierto. Les resultaría imposible comprender por qué los jóvenes de hoy en día hacen lo que hacen, dicen lo que dicen, experimentan (con) lo que experimentan. Por lo que a la mayoría de los habitantes de este pueblo respecta, la homosexualidad es un invento de *ahora*. En su configuración mental existe una conexión directa entre un determinado estilo de vida, un determinado bienestar fruto del progreso tecnológico y comercial, y la voluntad de reflexionar de manera repetida y consciente sobre asuntos estrictamente privados, si no tabú, como el amor, la sexualidad, la fe, las relaciones íntimas o familiares, la moral, la autoestima, el sentido de la vida o la muerte. En el pueblo reina la espantosa sensación de que los funerales están proliferando. En la misa y en el entierro de la madre de Eva, ni Eva ni Marga ven a la tía Viki ni a Jesús Agüero, que también ha asistido esforzándose por no ser visto. Jesús Agüero asiste al funeral de la madre de Eva acompañado de un niño de unos cinco años. Eva ha dejado al braco solo en casa. El bosque. El embalse. El jardín

bajo y el embalse. Un lago manso y bruñado como el mercurio, que refleja la luz solar igual que el mercurio. Un lago salado. Escupe las caras marchitas que se ciernen sobre él. Ponchartán. Y ella, Eva, está allí, bajo el edredón, sudando, revolviéndose como loca hasta que se queda inmóvil. Díganme si lo han oído antes: bajo el lago hay restos de un pueblo sumergido. Es de algún modo el mismo al que ha regresado Eva; tan solo pertenece al pasado. Un pasado medio borrado. Superado. La gente dice sobre este tiempo pasado al que pertenecen los restos del pueblo sumergido que era más *sencillo*. Tal vez solo era diferente. Entonces se tenían otras pesadillas. Distintas a esta: un unigénito. Su madre (lo único que parece que le queda) devorada por la dejadez y la pena que se origina en la muerte prematura del padre primero y en el abandono de su hijo después. Algunos dirán que se trata de una simple mala racha, pero en cualquier caso termina con su pellejo bajo tierra. Y la costumbre entonces es que el unigénito lo herede todo. Como esa casa. Eva la ha visto miles de veces. Ha aguardado en su interior a que Jesús el unigénito esté listo. Jesús se ducha y se rocía las axilas, el cuello, el torso y los genitales con cantidades excesivas de espray desodorante de marca blanca que imita a aquellos que abundan en discotecas con copas de balón y que basan sus fragancias en ingredientes como el chocolate o la vainilla. Jesús se abotona su camisa estrecha a rayas azul marino y blancas con puños de color celeste. Jesús se perfila su barba y sus patillas con cuchillas desechables y se peina con gomina amarillenta cuya consistencia y coloración se asemejan a las de la sopa de sobre fría y ya cuajada y se calza sus zapatos de imitación puntiagudos y se coloca su reloj con correa de acero bañada en oro. Jesús caza conejos, los transporta y los desuella. Jesús cena conejo. Todas están convencidas de que Eva y Jesús acabarán casándose: Mamá, la madre de Jesús, la tía Viki, Marga, mis antiguas amigas del colegio y el instituto... Hay sollozos y zumbidos y ojos curiosos en misa. Señor, Rey y Padre no engendrado, Verdadera Esencia de Dios, ten piedad de nosotros. Jesús está ahí de pie. En el kebab. Una pizza kebab. ¿Para llevar? Disculpa. Oye, disculpa, ¿para llevar? ¿Señorita? Eva es una estatua de sal. Jesús entra acompañado de un niño de unos cinco años y de una mujer. Están casados a primera vista. Esto es un razonamiento intuitivo. Igual que la mirada de pavor de la mujer que se casa con un hombre que ahora luce tatuajes en los brazos con los que sostiene un bote de dos kilos de suero Hydro Whey y glutamina en polvo y que viste camisas apretadas y horteras y camisetas en las que inexplicablemente se puede leer la palabra *Brasserie*. Ella lleva un camión rosa muy corto y quizá transparente. Los dos están encima de la cama. De rodillas. Un edredón nórdico a rayas azul marino y blancas. Una iluminación precaria. Ella se llama Sabrina, es profesora de infantil, tiene treinta y un años. Y ha accedido a casarse con un perfecto desconocido y que un canal de televisión le haga un contrato por diez mil euros brutos para grabar en camión corto y quizá transparente de rodillas sobre la cama. A Jesús le pone muy cachondo que Eva esté embarazada. Tras la noche en el bosque en la que Jesús se empeña en «disciplinarla» y follarla aunque Eva se resista, Eva se despierta cada madrugada dolorida y desorientada y aterrorizada y con ganas de vomitar y de chillar y chorreando sudor frío y busca a tientas sus pastillas. De un día para otro, tras el aborto, en la casa de tu infancia todo son discusiones, llantos, falta de concentración, lapsos en blanco, rígida en el baño, en el retrete, en la bañera, frente al espejo, gritos, lamentos, acusaciones y puñados de mechones de pelo entre los dedos, en el lavabo. También hay inyecciones. Eva sale por la puerta de la casa de su infancia con una bolsa de deporte, su bolsa de competición llena, y remonta la cuesta que desemboca en la plazoleta que sirve de apeadero de autobuses. El rocío de la medianoche penetra hasta los huesos y se entierra en ellos durante los días siguientes. Eva no recuerda cómo acaba de forma casi milagrosa, tiritando y con apenas un par de monedas en el bolsillo, en el salón desnudo del 77 de Conde de

Barcelona. Tampoco cómo acaba extendiéndole el puño que contiene un delgado canuto de billetes a uno de los chavales con sudadera XXL de la Esquina del Gato. Tampoco los tirones a los bolsos de las pobres señoras de apellido distinguido que pasean altivas y sin rumbo fijo por el Barrio Bajo. Sin embargo, hay recuerdos claros como el agua. Jesús le da una paliza a Eva. Jesús insulta a Eva y le escupe a la cara. Suelta la mano y el puño. Conduce hasta el bosque y allí se empeña en follarla aunque Eva se resista; se transforma en un animal iracundo y salido. Que se empeña en trascender. Descargando su fracaso crónico sobre Eva. La coge por el cuello. Luego, Eva siente una sacudida y oye una breve explosión que precede a un agudísimo pitido en los oídos. Voces sordas. A continuación, más sacudidas. Con la primera ha perdido una de sus lentillas. Y mientras llueven los puñetazos, se acuerda de las competiciones. El cielo se oscurece y no hay nadie en el bosque. Jesús grita y golpea a Eva. Eva es una estatua de sal. Tiene los ojos cerrados, los párpados muy apretados. Hay lágrimas derramándose hacia los lados de la cara. Eva se derrumba y se cubre la cara como suele hacerlo en los combates hasta que abandona. Un estallido hueco en la tripa, luego otro en el costado. Luego patadas y pisotones. Eva se deja sacudir como se deja sacudir en las competiciones de kickboxing, pero en esta ocasión no responde devolviendo los golpes igual que entonces. Más tarde, el pantalón vaquero se empapa. La sangre que bajará por el interior del muslo de Eva hasta la bañera dibuja quiebros con vértices nudosos a la manera de las patas insectoides de algún alienígena de película de franquicia multimillonaria. Se extiende sobre el agua como una raíz. Jesús Agüero jadea; le susurra a Eva (de forma entrecortada) que si ella dice algo de esto a alguien, la mata. Se muestra alterado. Sofocado. Le susurra a Eva (de forma entrecortada) que lo que van a decir es que ella ha dado un traspie y que se ha caído por uno de los muchos terraplenes junto al embalse. Una pena. Pero que por suerte él estaba ahí para ayudarla. *Hay que tener una actitud positiva ante la vida.* Al menos ahora puedes estar segura de que tu hijo no será jamás como su padre. No será, de hecho, como nadie, ni siquiera original como él solo, pues nunca existirá: conténtate con ello. Siéntete muy satisfecha con el hecho de que tu hijo nunca tendrá ese mismo comportamiento, nunca ejercerá ese tipo de violencia; nunca será cruel ni misógino ni un animal ni una lacra. No habrá jamás un Nene Agüero, el pequeño campeón de papá. Alégrate por ello, joder, y trágate el dolor. Eva y Jesús bailan en la cocina, hacen guarradas con restos de sopa por iniciativa de él, follan en la encimera de una manera más (por así decirlo) convencional, y por último Eva se siente acechada, como apartada hacia las sombras. Marga está con ella. El braco aún no lleva chip. Eva no ha tenido tiempo de acudir al único veterinario del pueblo, piensa que no le han concedido la oportunidad. Que ha estado demasiado ocupada con la granja, con los muebles de segunda mano, con las comandas y con los vasos de cerveza y de whisky y de vino y con los platos sucios en el bar de la cooperativa, con las visitas en vano al médico y a la fisioterapeuta, con tanto intentarlo e intentarlo e intentarlo y con tanto puto hospital y funeral y pozo sin fondo al que nos empeñamos en asomarnos una y otra vez. El braco gruñe y enseña los dientes al comprobar que Jesús Agüero acaba de entrar a hurtadillas en la casa de Eva. El braco está allí solo. Eva también está demasiado ocupada para cuidarlo. Así que Jesús Agüero lanza un zarpazo, un movimiento rápido, un pestañeo y ¡zas!, el cuello del braco roto. Jesús Agüero desuella al braco en el bosque junto al embalse y esa misma noche deposita el resultado frente a la puerta de la casa de Eva. Eva estruja el mango de su navaja. En Nochevieja, Jesús Agüero y la que a primera vista parece su esposa van a una de las discotecas de las naves a las que también va el resto de habitantes del pueblo por debajo de cincuenta años y dejan al niño durmiendo solo en casa. Eva no tiene más de cincuenta años, pero es igualmente de las personas que esa Nochevieja se quedan en casa. Eva no coloca decoración de Navidad. Apenas se mueve

del sofá o come o bebe. Se pregunta cómo es posible que un animalucho de mierda sea capaz de reconfortar tanto. Eva está aturdida. Lleva así varias semanas. Desde que cava un hoyo en el bosque para enterrar una bolsa de basura que contiene los restos del perrillo. En el camino de regreso a casa, se echa a un lado, se agacha y corta con su navaja un pedazo de aloe vera que crece junto al sendero. El pedazo de aloe vera produce en el corte de la planta un jugo traslúcido y de textura viscosa cuando Eva lo secciona y cuando lo estruja para que el jugo caiga en un bote de aceitunas recién fregado. Después de ducharse, Eva se frota las piernas y la cara con el jugo, que extrae del bote con los dedos. Marga ayuda a Eva a preparar el jugo de aloe vera mezclándolo con crema de aloe procesada de la que se compra en supermercados para que se conserve mejor y durante mayor tiempo, y después se lían un porro. Eva aún tiene tierra en las manos, en especial debajo de las uñas. La pala está en la casapuerta. Marga es la única persona con la que habla Eva. También es la única persona que visita a Eva. Eva le dice a Marga que nunca podrá tener hijos. Como Jack Lemmon al final de *Con faldas y a lo loco*. Marga se asombra (no lo demuestra con su expresión facial) de que Eva sea capaz de proferir comentarios relativamente jocosos en su estado actual. Que podríamos catalogar de *deplorable*. En Eva, los efectos más recientes de la abstinencia incluyen vómitos y temblores y a veces diarrea y cefaleas y, en conjunto, una figura demudada. Eva ya no corre. Los efectos de la abstinencia se manifiestan en Eva a un ritmo diario y temible. Eva entra en la iglesia sin saber muy bien por qué. Se sienta atrás durante la misa. Dios es un amo indolente. Sus perros siempre terminan en la calle, indefensos. Los atropellan los coches. Se secan en cunetas. La cara de Eva está convirtiéndose en cera fría. En otro mueble roto de una casa abandonada. Los cimientos y los muros quebrándose por la tierra que se acumula sobre el tejado. Hay telarañas y pececillos de plata por los rincones. Hay que hacer limpieza, fregar los platos, lavar la ropa, el suelo, la azotea, el baño, también cambiar la ropa de cama. Barrer, tender, cocinar, hacer la compra. Hay miradas vigilantes (acechantes) apareciéndose por los pasillos del supermercado que creen estar siendo discretas pero que de ningún modo lo son. Les hacen la competencia a las cámaras de seguridad. Son además, en su mayoría, miradas acusadoras. Pero es lo normal. Allí se va (inconscientemente) a eso. Nada de qué tal las niñas ni todo bien, ahí vamos, tirando. En cualquier caso, ese intercambio de frases constituiría una estrategia para sonsacar otro tipo de información. Más íntima y reservada. La profesión va por dentro (en lo hondo) y los dictámenes se agarran fuerte en el pecho, se reparten entre la gente de confianza igual que accesos vip, antes de sacarlos definitivamente a la luz. ¿Quién podría haber anticipado que una confitería es el mejor lugar para establecer un pequeño tribunal bufo? Las miradas más reincidentes son de clientas. Vecinas. Aves de rapiña. ¿Qué están pensando? ¿Qué están diciendo? ¿Qué conversaciones pueden estar manteniendo ahora? Son Señoras. Buenas Señoras de sus casas. Cualquier desgraciada puede chupar una polla, pero tener la casa impoluta y las camisas planchadas y un plato todos los días encima de la mesa para tu marido con una salsa para mojar sopones... eso ya es otra cosa. El ruido de las fichas de dominó chocando sobre la formica en las partidas del bar de la cooperativa es como el de rocas desprendiéndose y precipitándose por una ladera. O como martillazos, un taladro y todo eso. Quién sabe. Lo que quiero decir es que es el mismo ruido de la abstinencia de Eva. También el del silencio insoportable de las habitaciones y de los establecimientos cuando Eva irrumpe en ellos y el del único restaurante de comida rápida del pueblo (un kebab) cuando Eva decide marcharse sin su pedido y pasar apresuradamente de largo por delante de Jesús Agüero y de quienes a primera vista son su esposa e hijo. En el cuarto de Eva hay trofeos, fotos enmarcadas y pinchadas en un corcho, dos pósteres de Orlando Bloom, dos ángeles de cerámica sobre el cabecero de la cama,

un escritorio pequeño, una estantería con libros, peluches y un espejo. El espejo está tapado con una sábana vieja. Amarillenta. La habitación de los padres de Eva también reposa (respira) bajo una capa de polvo. Pueden verse las mesitas de noche, los mantelillos de encaje grisáceos, la última botella de agua que utilizó la madre de Eva, una de refresco de naranja que aún contiene agua, agua con burbujitas, agua estancada, y también las mantas sobre las sábanas hechas cartón, la máquina de *spinning* debajo de otra sábana, las sillas de madera con los asientos tapizados de flores que ahora excretan humedad, la cómoda con los calzoncillos de Julio Romero, el olor intenso a suavizante y a moho, el cuadro del Sagrado Corazón de Cristo con una de las aristas del marco abierta, la mancha parda en esa esquina del cuadro, la foto con arenilla de la madre de Eva embarazada delante del primer coche de Julio Romero y la foto de Julio Romero y Eva en el tren de la bruja, las fotos en marcos de plata de los abuelos de Eva cuando eran jóvenes, la estampa de Fray Leopoldo, las joyas de mamá, el misal. La almohada deforme y áspera. El armario es grande y muy antiguo y apenas se distingue contra la pared del fondo. La casa sola y fría. Eva compra polvos y maquillaje en el supermercado y se esfuerza por ocultar sus rasgos cerosos. Eva de pie en la iglesia. Jesús Agüero también. Zumbidos y ojos curiosos en misa. Santíguate y vete. Espasmos en la espalda y en el vientre. Prisas. Sed insaciable y urgencia. Una nube de sangre rosácea introduciéndose en el fluido que contiene la jeringuilla y que regresa al brazo con la lentitud ceremoniosa propia de las degustaciones de vinos y quesos. El efecto en el sistema límbico de Eva es análogo a esto. Un suspiro prolongado. Más tarde, de nuevo, la miseria. Eva le dice a Marga: Sigo llorando. No pararé hasta que me vacíe otra vez. Marga observa las jeringas y el estuche abierto con la cuchara y las agujas y el pedazo de papel de aluminio con pastillas en el lavabo del baño de Eva. Marga sabe que existe alguien a quien culpar de todo esto. Pero no (nunca) de manera exclusiva. No puedes tomarla con el tío al que culpamos de nuestros problemas. Espero que lo hayas pensado bien. Antes que nada ve a la policía. ¿Vale? Porque si no, esto es (en esencia) un suicidio. Eva dice: A lo mejor es eso lo que necesito. Eva mira por la ventana. *A la ventana*. Ya casi son carnavales. En Nochevieja, Eva fuerza con sus herramientas la cerradura de la puerta de la casa de Jesús Agüero y se dirige a la cama del niño que duerme solo. Eva estruja el mango de su navaja preguntándose si realmente es eso lo que necesita. Entremedias, Eva presta atención al gesto de felicidad del niño que duerme. Al final se echa a llorar en silencio junto a la cama del niño y se larga. Quizá las buenas acciones, a día de hoy, sean como mitos de la antigüedad. Leyendas que llegan a nosotros tan desfiguradas que solo pueden usarse para idealizar, engañar y entretener. La señora Villegas, la antigua casera de Eva, ha creído conveniente telefonar a la policía a razón de una vez por semana después de comprobar que Eva ha desaparecido sin dejar rastro. Este aviso a la policía no nace de la preocupación por parte de la señora Villegas hacia el bienestar de Eva, sino del interés por parte de la señora Villegas por obtener una indemnización en concepto de daños y perjuicios. La señora Villegas elige finalmente la rutinaria demanda. Para Eva no es tan fácil: permanece inmóvil casi diez minutos de cara a la fachada de la comisaría de policía del pueblo. Eva piensa que tendrá que ser de otro modo. Llega el carnaval. Eva va de pirata. Es un disfraz mal conservado y reciclado de su adolescencia. Hay un judoca, un (por así decirlo) Rafa Nadal, un jugador de la selección española sin identificar, un vaquero, un gánster, un grupo de Lacasitos, otro de lápices, un Drácula, un mecánico, una maleta con ruedas, una pareja de perros grises, un Nokia de los antiguos, un robot y un tiburón acompañado de alguien que se siente fuera de lugar e intenta sin éxito pasar por un Robert Shaw a punto de morir. Jesús Agüero va de algo parecido a un príncipe azul, la estética es defectuosa pero en cierta manera evoca al que aparece en *La bella durmiente* o en los paquetes de galletas.

Para el resto de clientes habituales del bar de la cooperativa, esta es una semana como otra cualquiera y, por tanto, continúan luciendo sus babuchas y sus camisas de franela y sus gorras y sus jerséis de lana de siempre. Con ocasión de la Ruta de la Tapa, el bar de la cooperativa sirve con cada botellín de Cruzcampo una rebanada de pan de ayer con una loncha de carne mechada y salsa verde sobre un puré de patatas líquido y frío. Esta noche sí es, sin lugar a dudas, como otra cualquiera; el bar de la cooperativa (el único trabajo que Eva ha sido capaz de conservar en parte gracias a los turnos de mierda) está a reventar. Los hombres se dirigen a Eva, que los sortea y atiende bandeja en mano, con apelativos como Guapa, Morena o Niña y con sonidos como silbidos y chicheos. Un buen número de clientes también se dirige a Floro para mencionarle determinados atributos físicos de Eva. Realizan esos típicos gestos con los globos oculares y las cejas y la cabeza que realizan algunos hombres para comunicarse con otros y señalar determinados atributos físicos de una mujer que se encuentra cerca. Ya bien entrada la noche, uno de ellos es incapaz de limitarse a mirar y babear y comentar sus fantasías con el resto y lleva su mano al culo de Eva cuando esta se dispone a recoger los vasos y platos de su mesa. Eva se da de inmediato media vuelta y aparta la mano del hombre atizándola con el antebrazo. ¿Qué cojones haces, niña? ¿Qué cojones haces tú? Eva se sorprende a sí misma pronunciando estas palabras. El hombre se levanta de golpe y se planta frente a Eva. Eva percibe el calor rojo y el pestazo a vino que emana de la cara del hombre. La cara de Eva también está roja. Está mirándolo a los ojos. El hombre dice: ¿Qué clase de camarera va por ahí dándole leches a los clientes? El hombre extiende los brazos. Está hablando muy alto, para que toda la parroquia asista al espectáculo sin complejos. Eva baja la voz. Te he apartado la mano, dice. La mano que me habías puesto en el culo. Eva mira a Floro y pregunta si a eso es a lo que se viene ahora a este bar, a ponerse cachondo a costa de ella. El gesto de Floro es de incomprensión y vergüenza. El hombre grita que Eva está loca, le ordena que deje de decir embustes. Floro le dice al hombre que se relaje, que si no estuviera tan tajao se habrían ahorrado este numerito. El hombre se revuelve y acusa a Floro de ponerse a defender a la puta esta en vez de a mí, que encima soy... Pero no le da tiempo a terminar la frase: Eva le empotra la bandeja en la cara. Eva oye un crujido y también lo siente en la vibración del metal, que se abolla con el impacto. El hombre se tambalea hacia atrás y debe apoyarse en una mesa cercana para no caer. Se lleva la mano a la nariz. La sangre no tarda en asomar por sus dedos hasta la muñeca. Salpica el suelo del bar. Los presentes se han puesto en pie brincando casi al unísono con una exclamación coreada, un cacareo de asombro y de aprensión. Floro atraviesa la barra y corre hasta el hombre, que lo rechaza con un manotazo al aire y coge el camino de la calle balanceándose y maldiciendo. Balbucea. No puede ni levantar la voz. Sus ojos enajenados son los de una bestia de tiro a punto de perecer. Floro se apresura hacia Eva y le comunica que está despedida. No la mira. Emplea las archiconocidas palabras: *A la puta calle*. La bandeja abollada cae con estrépito. Rebota. Eva está en la trastienda recogiendo sus cosas, haciendo lo posible por no destrozar cuanto tiene a su alcance. Se pasa de forma repetida las manos por el cabello para echárselo hacia atrás y aplastarlo. Está extrayendo ropa, artículos de limpieza, tampones y toallitas húmedas de una taquilla e introduciéndolo todo en una mochila junto a una bolsa de plástico con menudo. Las manos de Eva están grasientas y tiemblan. El corazón una ametralladora. Sabe que si para en seco para tratar de tranquilizarse o pensar con claridad, entonces no dejará de llorar y no piensa permitir que ninguno de los cabrones de ahí fuera la vean en ese estado. Solo accede a interrumpir sus movimientos cuando repara en Jesús en el umbral de la puerta de la trastienda. Eva aprieta los puños. De alguna forma, ahora está más serena que hace un minuto. Por lo visto, Jesús siente un cariño especial hacia esta trastienda.

Dice: Me han dicho que le han hecho algo chungo a tu perro. No sabía que tenías perro. Eva baja la cabeza. Tampoco va a permitir que Jesús sea testigo de su desconsuelo. Dice sin inflexión: Y ya no lo tengo. Venga —dice Jesús—, deja de ser tan siesa. Te invito a algo. Bien entrada la madrugada. Los dos van en el coche de Jesús. Cruzan el pueblo. El coche está parado, apagado. Hace frío. Están en pendiente —en el cerro. Están borrachos. Jesús dice sonriendo: Vaya hostia le has dado al nota ese... Hay risas y también roces. Hay una botella en el salpicadero. La mano de Jesús está sobre la pierna de Eva. Ahora acerca su boca. Eva pregunta: ¿Y tu mujer? ¿Esa? Esa no es nadie. Eva pregunta: ¿Y entonces no tienes un hijo? Jesús dice: No, es suyo. Y además, estoy harto de él. Es un porculo. Jesús vuelve a reír y luego se pone serio y mira a Eva a los ojos. Fijamente. A ella le recuerda a un hipnotizador. Jesús le dice a renglón seguido: No entiendo por qué te fuiste de aquí..., de mi lado. No estuvo bien. Lo sabes, ¿verdad? Eva asiente. Jesús añade: Ahora te vas a quedar, ¿verdad? Eva asiente y también sonríe. Se besan. Follan. Jesús deja la huella de su mano en la nalga de Eva. La agarra por la garganta. Los dedos de Jesús se untan de maquillaje barato y el rímel se diluye y se extiende alrededor de los ojos de Eva. Es un polvo rápido y guarro, bastante mediocre. Cuando terminan, Jesús sale a mear a unos arbustos frente al coche. Dice: Espero no congelarme las pelotas. Se ríe con su propio comentario. Eva siente náuseas y, a pesar de ello, localiza su navaja y las llaves del coche, enciende el motor y las luces, acelera y atropella a Jesús mientras está meando. La botella rueda y se precipita desde el salpicadero. Eva sale aprisa. La punta de la navaja en la garganta de Jesús. Jesús está retorciéndose. Apretándose el costado. Quejumbroso. Gruñendo igual que un animal. Eva quiere hablar (más bien chillar), pero no puede. Solo jadea. Jesús, de improviso, parece consciente de la situación. Aguanta quieto, boquiabierto, y al principio coopera. Después se zafa y golpea a Eva, que en un acto reflejo incrusta la hoja de la navaja en el costillar de Jesús. Presiona (algo chasquea) y entierra con fuerza. Una ola de calor craso sobre la mano. Él lanza un alarido y se arroja sobre ella y la inmoviliza y comienza a machacarla a puñetazos. Rabioso. Un ser salvaje. Un demonio. Eva se cubre con los antebrazos. Está acordándose de los torneos de kickboxing. Deja que tu contrincante se queme rápido, como una supernova. Jesús siente que le falta el aliento. O que el aliento arde. No está seguro. Su respiración es errática. Tose. Se detiene. Piensa con rapidez. Busca a tientas una piedra de tamaño conveniente. Los dos están desnudos y a los dos los baña la luz blanca de los faros del coche de Jesús. Jesús aúlla, llama *Put*a a Eva. Una y otra vez. Lo repite y se agita mientras alarga los brazos y mira sin descanso a su alrededor y nota cómo se le extinguen las fuerzas. Apenas puede respirar. Eva se incorpora con la navaja lista. Esta se ha deslizado hacia su puño, la hoja ha seccionado la piel entre el pulgar y el índice. Eva se detiene frente a la comisaría. Permanece inmóvil de cara a la fachada casi diez minutos. Siente escalofríos. El cielo es gris. La gente que camina por detrás de Eva la escudriña sin disimulo. Cuando se decide a entrar, Eva se dirige a un agente en un mostrador. Venía a poner una denuncia. Es por maltrato. El agente alza la vista con una evidente sombra de sospecha en los ojos. Pregunta: ¿Es tu novio? Eva mira primero al suelo y luego a los lados. Dice: No. Ya no. El agente responde con otra pregunta: ¿Y tienes alguna prueba? Eva también se queda sin respiración. Jesús se gira y suelta un último rechazazo. Comprime la muñeca de Eva y le dobla el brazo. La levanta del suelo. Intenta un mataleón. Le cuesta. Pero sí consigue arrebatarse la navaja de la mano de Eva y apuñalarla varias veces en el vientre. Ensañándose. Antes de colapsar a su lado de la misma manera en que lo hacen los hombres cuando terminan de correrse. Su cuerpo se estremece entre las hojas. En posición fetal. La tierra y las hojas mojadas. Manchadas. Eva trata de mantenerse en pie y vomita sobre ellas. Un fluido oscuro. La oscuridad se lo traga.

No duele.

Tan solo sabe a metal.

Eva está sosteniéndose el vientre con la mano. Con la otra se apoya en un tronco. Tiene la mitad de la cara deshecha. No lo nota. No siente nada. Concentra su mirada en los árboles. La tumba del pequeño braco no queda lejos. Eva entorna el ojo. Está oscureciendo y está amaneciendo. Es una bonita imagen desde el lugar adonde ha podido llegar. Su rastro está compuesto de sangre y abarca unos metros desde el punto en el que ha estrellado el coche de Jesús Agüero, un tocón al otro lado del embalse, cerca del bosque. Un jardín bajo. Un lago manso y bruñido como el mercurio, que refleja la luz solar igual que el mercurio. Un lago salado. Escupe las caras marchitas que se ciernen sobre él. Ponchartán. Eva ha querido bañarse, pero no le han aguantado las fuerzas. La última vez fue hace ya mucho. Cuando sí era algo frágil. Vente pa'l agua. Cuando todavía casi era una niña. También iba desnuda. Como ahora. Eva no tiene frío aunque su ropa siga en el coche. Eva está cubierta de barro y de sangre, junto a un sendero. Sentada en la acera, sobre una tapia de piedra, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. El semblante de Eva es sereno. Está vacía. Ya no le duele el cuello. Un coche patrulla tiñe de azul los muros encalados de la calle Valle de las Rosas. Un agente de policía llama al timbre de la casa de la infancia de Eva. Nadie contestará. La casa de la infancia de Eva también está vacía.

BREVE NOTA Y AGRADECIMIENTOS

Esta novela es una obra de ficción basada en acontecimientos verdaderos. La empecé a escribir en Madrid en libretas, cuadernos y folios y en un ordenador que ya no existe y la terminé después de tres años en los que hubo momentos buenos y momentos malos, y supongo que eso acabó formando parte del proceso de escritura. No sé exactamente cómo. De lo que sí estoy seguro que afectó de manera positiva fueron las sucesivas lecturas y recomendaciones de personas a las que les agradezco profundamente su apoyo, paciencia, conocimiento y trabajo duro: Gregori Dolz, mi editor, Roger Clanchet, Ilya Pérdigo y todo el equipo de Alrevés, quienes a través de sus comentarios y consejos ayudaron a mejorar la calidad literaria del manuscrito original. Esta novela me hace feliz y a la vez me pone triste y está dedicada con todo el amor que puedo albergar a mis padres, Rosa Muñoz Aguilar y Manuel Barea Álvarez, y también, muy especialmente, a Gloria Jurado Andrades, sin la que no sería capaz de escribir ni una palabra.

MANUEL BAREA MUÑOZ
Sevilla, noviembre del 2019